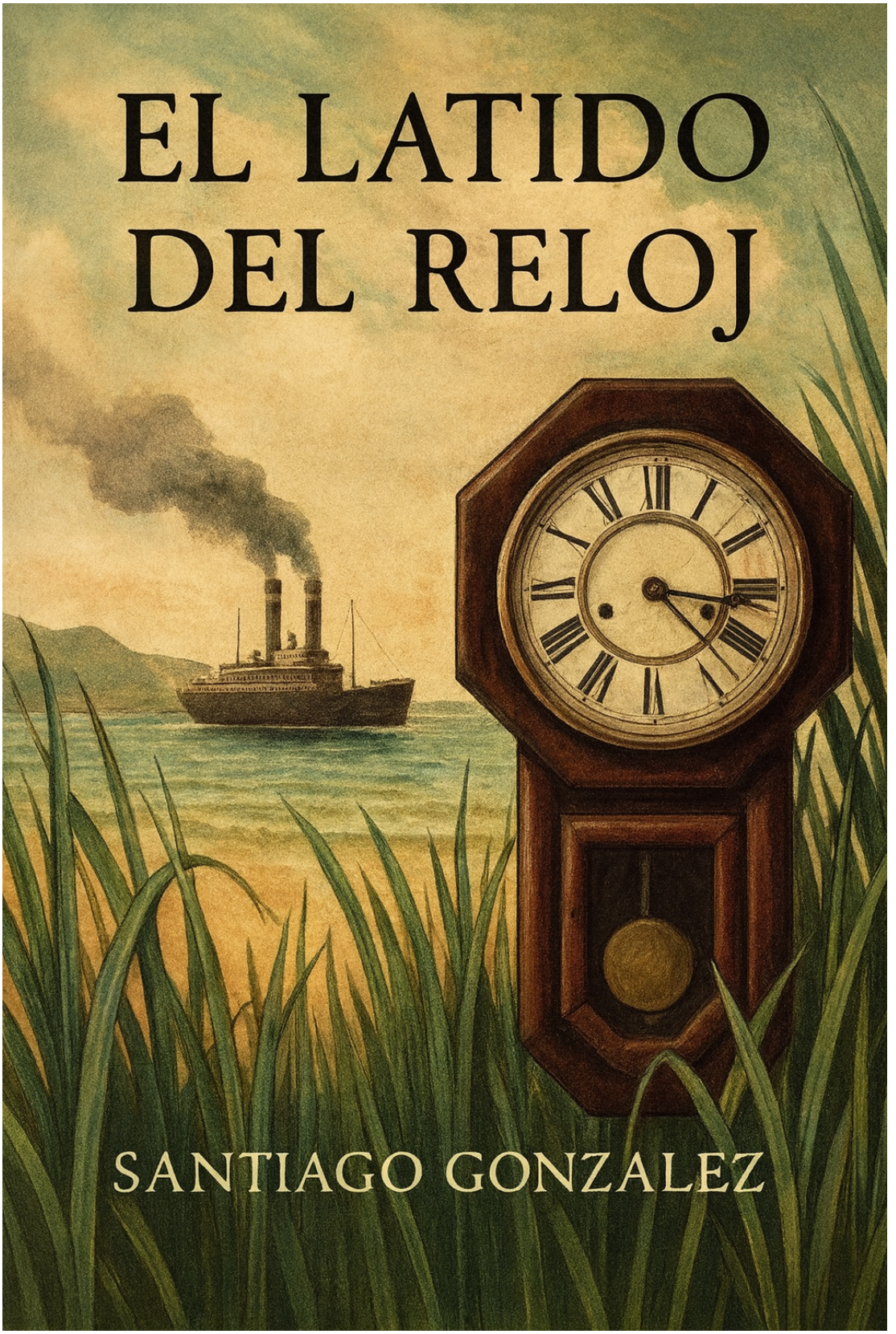
EL LATIDO DEL RELOJ



SANTIAGO GONZALEZ

EL LATIDO DEL RELOJ

EL LATIDO DEL RELOJ

O Batimento do Relógio

The Heartbeat of the Clock

por

SANTIAGO GONZÁLEZ LÓPEZ

Este libro no es una novela al uso, sino una crónica familiar hecha de cartas y memoria.
Este livro não é um romance convencional, mas sim uma crónica familiar feita de cartas e memória.
This book is not a conventional novel, but a family chronicle built from letters and memory.

Hecho en Bruselas, 2025, para la familia.
Feito em Bruxelas, 2025, para a família.
Made in Brussels, 2025, for the family.

© Santiago González López, 2025
Todos los derechos reservados

SGL

“Unha casa ténse con maos e con memoria”

— Flora

NOTA PARA EL LECTOR

Este libro recoge la historia de nuestra familia en tres idiomas:
español, portugués e inglés.
La primera parte corresponde a la versión en español, acompañada de ilustraciones.
A continuación, encontrarás la traducción completa al portugués y, finalmente, la traducción al inglés, en ambos casos solo con el texto. De esta manera, todos los miembros de la familia podrán leerlo en la lengua que prefieran. El lector encontrará al final de este volumen un apéndice común con fotografías familiares y notas sobre la investigación.

NOTA AO LEITOR

Este livro apresenta a história da nossa família em três idiomas:
espanhol, português e inglês.
A primeira parte corresponde à versão em espanhol, acompanhada de ilustrações.
Em seguida, encontrarás a tradução completa para o português e, por fim, a tradução para o inglês, em ambos os casos apenas com o texto. Assim, todos os membros da família poderão apreciá-lo no idioma que preferirem. No final deste volume, o leitor encontrará um apêndice comum com fotos de família e notas sobre a pesquisa.

Versão em português – pág. 77

NOTE TO THE READER

This book tells the story of our family in three languages:
Spanish, Portuguese, and English.
The first part is the Spanish version, which includes the illustrations.
After that comes the full translation into Portuguese, and finally the translation into English, both containing text only. This way, every member of the family can read it in the language of their choice. At the end of this volume, the reader will find a common appendix with family photographs and notes on the research.

English version – p. 141

EL HILO INVISIBLE

Este libro nació de cartas guardadas en un cajón, de voces que viajaron por mares y que aún hoy resuenan. Sara, Iracema, Arlete, Bete, Gilda, Lisa, Dominic, Florisa y Nadir fueron las manos que sostuvieron ese hilo invisible que une a la familia. Gracias a ellos, la memoria de Flora y de los suyos sigue latiendo, como el viejo reloj del tío Pedro que nunca dejó de marcar el tiempo.

O FIO INVISÍVEL

Este livro nasceu de cartas guardadas numa gaveta, de vozes que cruzaram mares e que ainda hoje ecoam. Sara, Iracema, Arlete, Bete, Gilda, Lisa, Dominic, Florisa e Nadir foram as mãos que sustentaram esse fio invisível que une a família. Graças a eles, a memória de Flora e dos seus continua a pulsar, como o velho relógio do tio Pedro que nunca deixou de marcar o tempo.

THE INVISIBLE THREAD

This book was born from letters kept in a drawer, from voices that crossed oceans and still resonate today. Sara, Iracema, Arlete, Bete, Gilda, Lisa, Dominic, Florisa and Nadir were the hands that held that invisible thread that binds the family together. Thanks to them, Flora's memory -and that of her loved ones- keeps beating, like Uncle Pedro's old clock that never stopped keeping time.

A mi yaya Flora.

A mis primos de América, que han abierto para mí las puertas de nuestra memoria compartida.

A Arlete, que con la foto del reloj del tío Pedro me mostró el símbolo que late en estas páginas, y a Bete, que junto a ella ha mantenido vivo el lazo con São Paulo.

A Sara, en paz descanse, cuya voz fue el primer hilo de esta historia, y a Florisa, que continuó ese mismo tejido de cartas y recuerdos desde Brasil.

A Iracema, con quien empezaron mis cartas, y a Gilda, a Nadir y a Lisa, que siguen tejiendo puentes a través de continentes.

A Dominic, que desde Washington me recordó que hasta la rama más humilde puede tocar el horizonte del mundo.

A mis hermanos, y en especial a mi hermana Carmen, por el lazo único que siempre la unió a nuestra yaya Flora.

A mi sobrina Judith y a mi amiga Laura, por su mirada atenta, sus ideas y su ayuda en dar forma y estilo a estas páginas.

Y a todos los gallegos que un día partieron, llevando en la maleta hambre y esperanza, y que dejaron tras de sí un bosque humano que aún crece.

Este libro es para ellos, y para todos los que siguen escuchando, en su memoria, el latido del reloj.

SINOPSIS

A principios del siglo XX, en Chandrexa de Queixa, dos hombres emprenden un viaje que marcará a toda la familia: Tomás y su tío Pedro. Juntos cruzan el océano hacia Cuba, donde descubren la dureza de los cañaverales, los incendios y los huracanes. Unidos por el trabajo y por la esperanza, deciden dar un paso más y partir a São Paulo, llevando consigo un viejo reloj que se convertirá en símbolo de la memoria familiar y en testigo del cruce de sangres que marcará a sus descendientes.

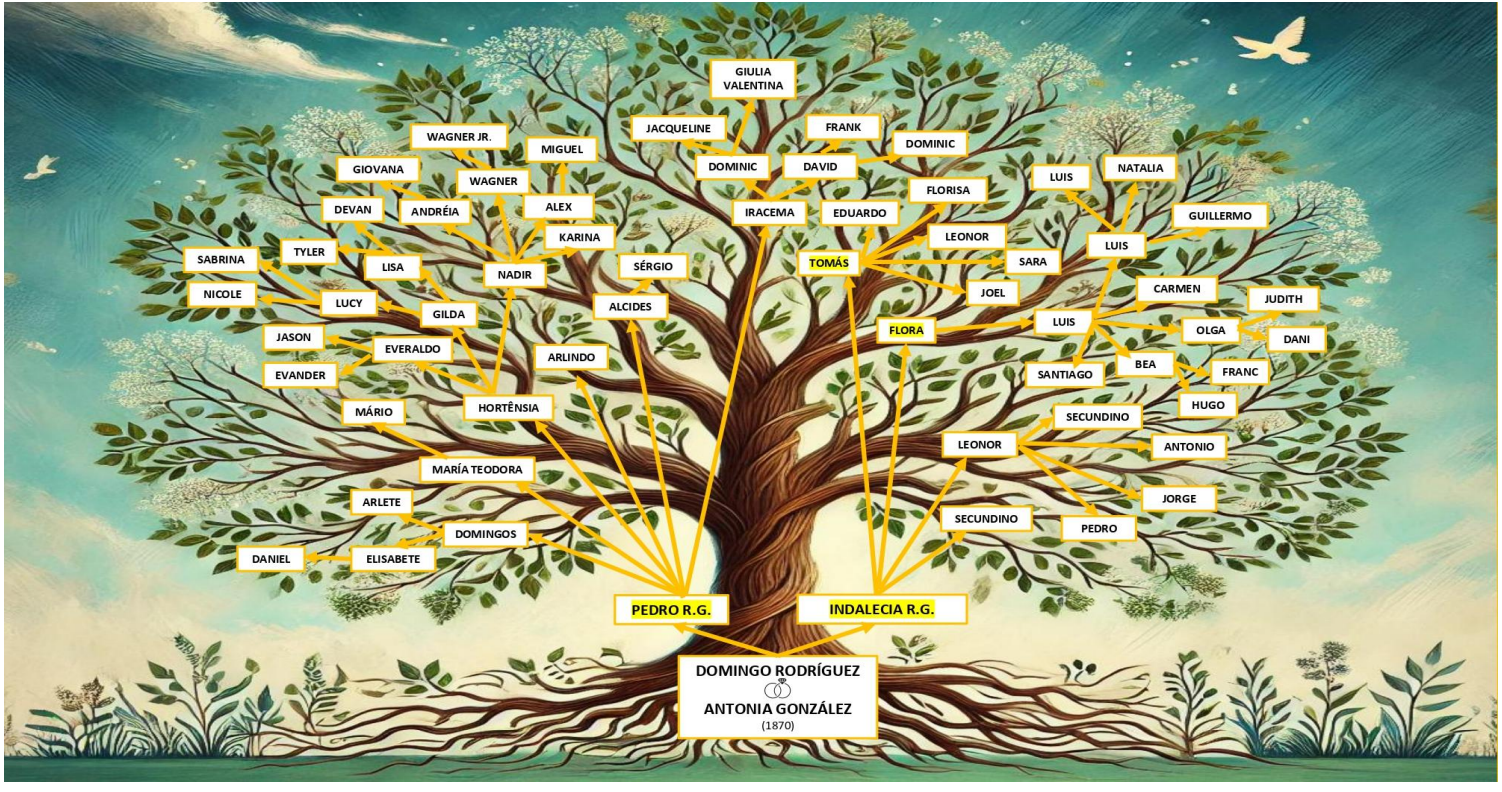
Mientras tanto, Flora, la hermana de Tomás, permanece en Galicia hasta que la vida la conduce a Barcelona, donde el estallido de la Guerra Civil la sorprende de lleno. Desde allí, entre cartas y silencios, se convierte en la guardiana de la memoria: la voz que ata el pasado gallego con la nueva vida americana.

El latido del reloj es la historia de una familia dividida por los océanos y la historia, pero unida por un mismo pulso. Una novela sobre emigración y supervivencia, sobre raíces y mezclas, donde el tiempo late en cada carta, en cada travesía y en cada recuerdo que se resiste a morir.

Indalecia con su hija Flora, en los primeros años del siglo XX.
Fotografía real del archivo familiar

ÍNDICE

1. Casteligo, las raíces	1
2. La Habana	11
3. La zafra	17
4. Motín en el barco	29
5. São Paulo, ciudad de hierro y sueños	37
6. Tomás y Esmeralda	45
7. La descendencia de Pedro	51
8. Flora en tiempos de guerra	59
9. El salto	65
10. La voz de Flora	71
Versão em português	77
English version	141
Apéndice	205


DOMINGO RODRÍGUEZ
ANTONIA GONZÁLEZ
(1870)
PEDRO R.G.
INDALECIA R.G.
GIULIA VALENTINA
JACQUELINE
FRANK
DOMINIC
DOMINIC
DAVID
IRACEMA
EDUARDO
FLORISA
TOMÁS
LEONOR
SARA
JOEL
FLORA
LUIS
NATALIA
GUILLERMO
LUIS
CARMEN
JUDITH
LUIS
OLGA
DANI
BEA
FRANC
SANTIAGO
HUGO
SECUNDINO
LEONOR
ANTONIO
JORGE
SECUNDINO
PEDRO
WAGNER JR.
MIGUEL
GIOVANA
WAGNER
DEVAN
ANDRÉIA
ALEX
KARINA
SABRINA
TYLER
LISA
NADIR
SÉRGIO
NICOLE
LUCY
GILDA
ALCIDES
JASON
EVERALDO
ARLINDO
EVANDER
MÁRIO
HORTÊNSIA
MARÍA TEODORA
ARLETE
DOMINGOS
DANIEL
ELISABETE

Capítulo 1 – Casteligo, las raíces

La cocina respiraba hondo antes del alba. El humo subía cansado por la boca de la lareira y se quedaba un rato en el techo, como si también dudara si marcharse o quedarse. En la pared, alto y serio, el reloj -un guardián de madera oscura con latido propio- medía el tiempo de la casa en Chandrexa de Queixa. Tic. Tac. Tic. Tac. A Flora, que aún era pequeña, ese sonido le parecía la voz de un animal antiguo que custodiaba secretos: la harina en la artesa, las manos de su madre, el olor a caldo, la risa apagada de su tío Pedro cuando llegaba de noche y hablaba en susurros.

Indalecia iba y venía con el delantal de lino ya sin blanco, moviendo cacharros para no llorar. Había amasado pan al amanecer, porque amasar calma, y la calma es una forma de valor. En la mesa dejó unas cuñas de queso duro y un jarro de leche tibia; sabía que los hombres que se van comen poco, como si el estómago, de pura pena, hiciera huelga.

Pedro, el hermano mayor de Indalecia, tenía los ojos de quien ya ha visto demasiado para su edad. No era solo la pobreza -esa sí que la conocían todos-, era algo más: la convicción de que el mundo se abombaba más allá de aquellas montañas y que quedarse era otra forma de perderse. Tomás, hijo de Indalecia y hermano de Flora, todavía mozo, intentaba cuadrar los hombros como un adulto; le salía regular. Mantenía la mirada baja, con esa mezcla de miedo y hambre de futuro que solo entienden los que están

a punto de cruzar un mar sin saber nadar.

-En Cuba hay trabajo -dijo Pedro-. Caña de azúcar. Sol que quema. Dinero que llega en carta.

Indalecia asintió a medias. “Dinero en carta” eran palabras que se aprendían de memoria en Chandrexa, como el Padrenuestro. Pero había otra oración que nadie decía en voz alta: “Vuelve.”

Flora observaba los gestos: la mano de su madre que alisa el mantel aunque no haya arrugas, la uña de Pedro con un pequeño arañazo, el temblor secreto en la pierna de Tomás bajo la mesa. Los secretos no están en las frases, pensó sin saber pensarlo, están en los cuerpos.

-Dicen -se atrevió Tomás- que los que vuelven, vuelven con zapatos de charol.

Pedro sonrió sin dientes, una sonrisa que no era burla ni ternura, solo la verdad despeinada:

-Zapatos no sé, rapaz. Pero si volvemos, volveremos otros.

El reloj marcó la hora con un golpe que pareció más grave de lo acostumbrado. A Flora le dio por imaginar que ese reloj sabía cosas. Que había visto fugas y regresos, emboscadas y bodas, y que ahora vigilaba la escena como un notario de madera.

En la taberna de al lado, la voz de los hombres había sido un rumor toda la semana. Unos decían que irse era traición a los muertos; otros, que quedarse era condena para los vivos. Chandrexa de Queixa era una costra de piedra en medio de la montaña, con casas que se inclinaban a favor del viento y gallinas que no sabían que el mundo continuaba más allá del valle.

En la misa del domingo, el cura dijo lo de siempre, con una puntada nueva: “Hijos, los caminos del Señor son inescrutables; guardad la fe y Él guardará vuestra vuelta.” Nadie miró a nadie, pero todo el mundo sabía a quiénes iba

dirigida la frase.

Indalecia, en cambio, guardó silencio. La fe de las mujeres de la aldea era otra cosa: no tenía discursos; se parecía más a encender brasas cuando la leña está mojada.

La casa se llenó esa tarde de visitas breves. Vecinas que traían huevos, un mendrugo, un pañuelo con una estampa cosida. Bendiciones bajas para que no las oyera el diablo. A Pedro le dieron palmadas en la espalda que sonaban a despedida; a Tomás le revolvieron el pelo como a un niño que se va al seminario.

Flora se quedó con unas palabras de Indalecia que no pudo olvidar nunca, aunque entonces no las entendió del todo. Se las dijo en voz tan pequeña que parecía un pensamiento:

-Cuando un hijo se va, la casa se queda con su olor.

Flora olió entonces la casa: pan, humo, lana mojada, sopa de berzas, manos de madre, miedo.

La mañana de la partida amaneció despejada, con un sol honrado que no hacía promesas. El camino de carros bailaba con sombras de eucalipto y polvo. Un burro cansado tiraba de un carro donde viajaban: cajones atados con sogas, una manta, una camisa de domingo, una navaja buena, una libreta, una estampa de la Virgen y la dirección de un hombre de Ourense que "conocía a uno" en La Habana. Las maletas venían después, en el barco; las de la aldea eran siempre más ligeras: apenas continente para el coraje.

Pedro, antes de cerrar el cajón, guardó envuelto en un trapo el corazón de un reloj de pared que había pertenecido a su padre: el péndulo, las pesas, las entrañas de hierro. No era el guardián grande de la cocina -ese quedaba en la pared, marcando la vida de la casa-, pero aquel mecanismo

latía con la misma obstinación. “Para no perder del todo la hora de la aldea”, murmuró. En ese latido se llevaba también un trozo de su hermana y de su sobrina. En Brasil, aquel corazón acabaría teniendo madera y campana nuevas, pero seguiría siendo el mismo reloj.

Los vecinos andaban a trozos, agrupados y sueltos, con los ojos húmedos. Se rezaban rosarios a trompicones. A ratos alguien cantaba por lo bajo una copla de ida; a ratos, el silencio era un bicho que caminaba delante y ninguno lo quería pisar.

Indalecia caminaba derecha. Llevaba a Flora de la mano como si la mano fuera un hilo que, si se soltaba, descosía el mundo. No lloraba. Le ardía la garganta, sí, pero la pena en Galicia sabe esperar a la noche para salir de puntillas.

En una curva donde el valle se abría como un cuenco, Pedro se detuvo. Miró hacia atrás. Allí estaban Chandrexa de Queixa, sus techos de pizarra, la cinta gris del río, los campos como libros abiertos que nadie terminaba de leer. Hizo la señal de la cruz y echó a andar de nuevo. Tomás lo imitó un segundo tarde, con torpeza de adolescente. Flora, muy seria, los imitó a los dos.

El reloj, desde la pared, siguió guardando la casa. Nadie lo oyó en el camino, pero si el tiempo tiene memoria, aquella mañana se le hizo un nudo en la garganta.

Vigo olía a sal y a carbón, una mezcla de mar viejo y máquina nueva. El puerto se movía como un animal gigantesco: grúas que chirriaban, marineros que gritaban órdenes en idiomas que no eran del pueblo, maletas chocando unas con otras, el llanto de un bebé y el graznido obstinado de una gaviota que no sabía de geografía.

Los barcos esperaban de frente, con esa arrogancia de vientres llenos que

saben que guardan la esperanza de muchos. En la Oficina del Consulado, un empleado con bigote de puntas interminables estampó un sello con desgana ceremoniosa. A veces la historia entra en el futuro por la puerta pequeña de un sello burocrático.

-Nombre -preguntó sin levantar la vista.

-Pedro Rodríguez.

-Tomás Fernández.

-Destino -continuó el empleado con desgana.

-La Habana primero. Brasil después.

Lo dijo como quien repite una fórmula sabida, un destino escrito en papeles más que en certezas. Brasil era todavía una palabra lejana, no un plan.

El empleado suspiró por costumbre, como si cargara con todos los destinos del mundo.

Indalecia esperó afuera con Flora. Vio salir a sus hombres con los papeles doblados por la mitad, guardados en el interior de la chaqueta como quien mete una carta de amor. No dijo nada. Puso una mano en el brazo de Pedro y luego en la mejilla de Tomás, con un gesto de madre que bendice sin permiso.

-Escribid -dijo-. Aunque sea solo para decir “estoy”.

Pedro inclinó la cabeza.

-La carta tarda -advirtió Tomás, como si pidiera una disculpa anticipada.

-La carta tarda -repitió Indalecia-, pero llega.

Se acercó el momento de subir la pasarela. El barco respiraba hondo, soltando nubes de humo negro. La madera se quejaba con un gemido viejo. Un marinero dijo “aprisa” sin maldad y con rutina. Los viajeros obedecieron; nadie discute con quien conoce los nudos del mar.

Pedro abrazó a su hermana con una fuerza medida para no romperla. Tomás se inclinó para besar a Indalecia en la frente. Ella olía a pan y a humo; él, a jabón de domingo. Flora abrió mucho los ojos y creyó ver, por un momento, que el barco era una bestia de lomo alto donde los hombres desaparecían y volvían cambiados, con otra piel.

-Tío -dijo-, ¿los barcos tienen memoria?

Pedro se detuvo un instante.

-La memoria la tienen las casas, rapaza -contestó, mirando hacia una pared invisible donde, muy lejos, un reloj marcaba las horas-. Y las mujeres.

La campana del barco repicó con un sonido que parecía atravesar la tarde como una aguja. La sirena lanzó un bramido que movió el pecho de los presentes. Hubo un temblor de pañuelos al aire, una lluvia de nombres, un catálogo de promesas dichas deprisa para que no se olvidaran. “Volveré.” “Te escribiré.” “Reza.” “Cuida la casa.” “Cuida a Flora.”

Las amarras cayeron como serpientes cansadas. El barco empezó a separarse del muelle con la parsimonia majestuosa de lo inevitable. La ciudad quedó atrás, preciosa de luces y de tejados, como un dibujo que uno no puede arrancar de la pared sin romperlo. Indalecia apretó la mano de Flora hasta que a la niña le dolió un poco. Nadie dijo nada durante un buen rato.

Cuando el barco fue ya tan pequeño que parecía un juguete, Indalecia alzó la vista y, por primera vez, dejó caer una lágrima grande, única, como una perla. No hubo llanto. Solo esa lágrima que le hizo una raya limpia en la mejilla. Luego se secó con el dorso de la mano, se cuadró por dentro y dijo:

-Vamos a casa.

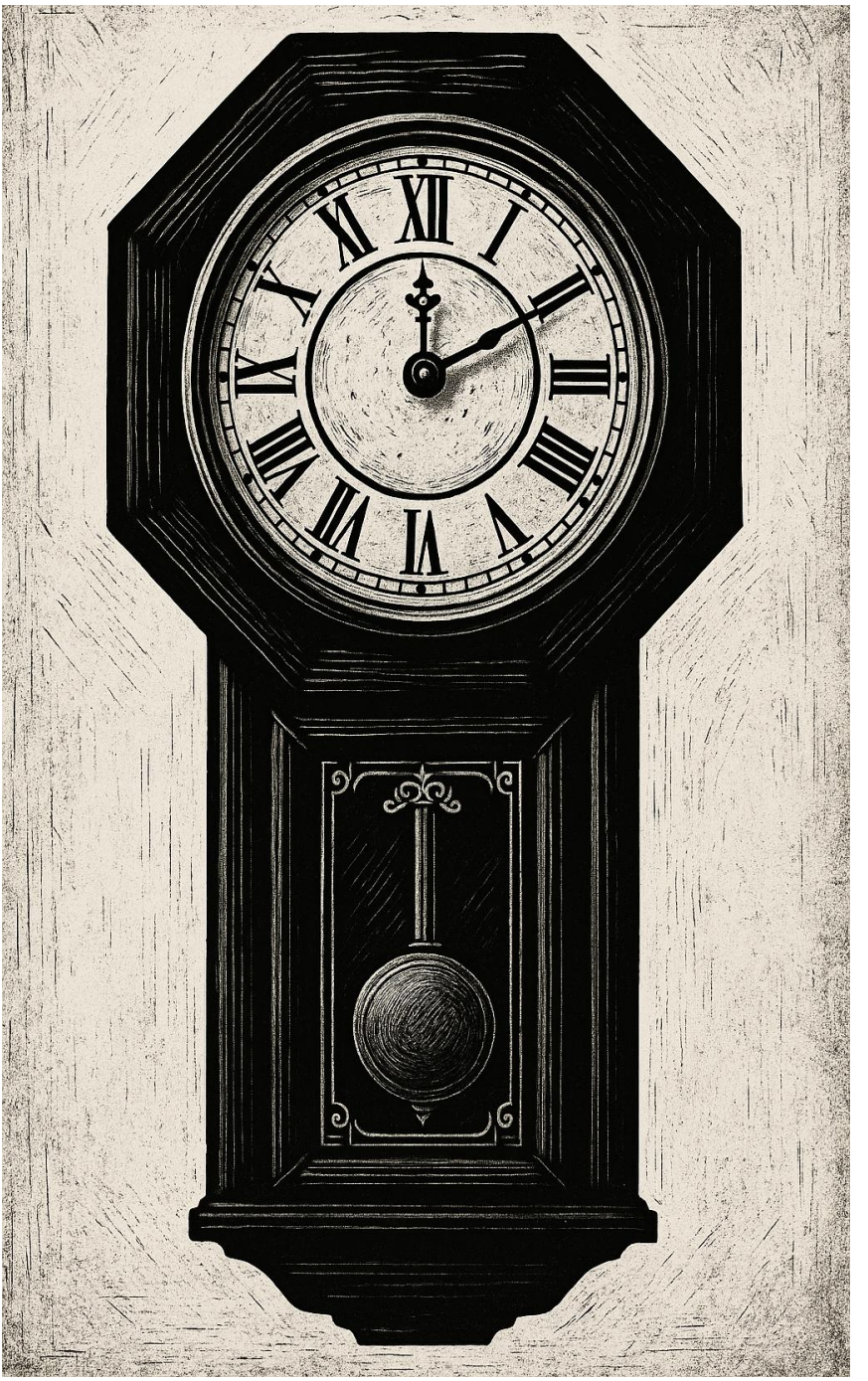
La vuelta fue más silenciosa. El camino parecía otro, como si se hubiera estirado un poco. Las gentes que bajaban al puerto se cruzaban con las que

subían, y el saludo era un gesto de cabeza que significaba: “Los míos se van, los tuyos vuelven, o al revés.” En el alto donde el valle se abre, Flora se giró por instinto: a lo lejos, el mar era una plata rectangular debajo del cielo. Le pareció oír -no se sabe si en el pecho o en la memoria- el tic-tac del reloj.

Cuando empujaron la puerta, la casa los recibió con el mismo olor de siempre. La madera crujió como una abuela que cambia de postura. El reloj seguía allí, en su sitio de pared antigua, con su cara redonda y sus agujas cansadas. Indalecia se acercó, apoyó los dedos en la caja y dijo muy despacio, como quien habla a un animal querido:

-Tú y yo, a guardar.

El reloj marcó la hora, obediente y solemne. En Chandrexa de Queixa, el tiempo se quedó con ellas. Al otro lado del mar, lo esperaban el sol de los cañaverales, el vapor de los ingenios y el latido nuevo de La Habana. Pero esa es otra música. Y empezaría a sonar en la primera carta.



El latido del tiempo

Capítulo 2 – La Habana

"Querida hermana,

Te escribo desde un café de la ciudad. Aquí hay hombres que prestan pluma y papel a los que, como yo, no sabemos dar forma a las letras. Las palabras son mías, pero otra mano las pone. Imagínate el calor, hermana: como si en la piel ardieran brasas, y el sudor no refresca, sino que quema más. Hemos llegado bien, aunque cansados. Tomás está a mi lado, y no me suelta: vamos juntos a todo. Aunque el trabajo es duro, dice que aguantará. Aquí nos tratan como a bestias, pero la tierra es fértil, y los que resisten dicen que ahorran. No llores por nosotros. Si Dios lo permite, pronto llegará dinero.

Tu hermano, Pedro."

El puerto de La Habana era un rugido de voces, un mar dentro de otro mar. Al descender de la escalerilla, Tomás se cubrió la cara con la manga: el aire tenía un peso desconocido, olor a ron, a tabaco, a sal, a cuerpos sudados. Pedro lo empujó suavemente por la espalda.

-Anda, rapaz, que ya hemos llegado.

La ciudad era un enjambre. Callejones estrechos, balcones con ropa tendida, mulatas con pañuelos de colores que reían con dientes de nácar. Coches viejos que rugían como bestias metálicas y carros de bueyes que parecían venir del mismo siglo que Chandrexa.

Los llevaron a un barracón de ingenio azucarero, a varias horas de la ciudad. Allí olía a melaza y a cansancio. Camas de madera, mantas ásperas, hombres de todas partes: gallegos, canarios, asturianos, negros, jamaicanos. Un mosaico de lenguas que se confundían en la penumbra.

El primer día en el cañaveral fue un bautismo. El sol caía como plomo líquido, las hojas de caña cortaban la piel como cuchillas, y el machete parecía pesar el doble con cada hora. Tomás se abrió un tajo en la palma; Pedro le ató un trapo con firmeza y siguió trabajando sin mirar atrás.

-Esto es lo que hay -dijo entre dientes-. Si te paras, te mueres de hambre.

Las jornadas empezaban antes del alba, con un silbido de capataz, y terminaban cuando el cielo se teñía de rojo. El azúcar se pegaba a la piel como una segunda costra. Por la noche, en el barracón, las voces buscaban consuelo en canciones. Un gallego de Lugo entonaba coplas de aldea; un negro viejo, un son que hablaba de mares y cadenas.

Tomás escuchaba con los ojos abiertos. A veces soñaba con Chandrexa y el río frío, con el reloj marcando las horas en la cocina. Otras veces soñaba con zapatos de charol que nunca llegaban. Pedro, en cambio, guardaba silencio y hacía cuentas en la cabeza: trabajar, ahorrar, mandar dinero a Indalecia y, cuando se pudiera, cruzar a Brasil. Pero todo, siempre, con Tomás al lado.

La primera carta fue un acto de fe. Pedro dictaba despacio, como quien reparte piedras en un camino. El escribiente, un mulato con bigote fino, escribía con pluma rápida en un papel amarillento. Tomás miraba fascinado cómo nacían las letras que él no sabía trazar; prometió aprender a descifrarlas, aunque fuera a golpes de paciencia.

-¿Seguro que llega hasta Galicia? -preguntó, incrédulo.

-Seguro -contestó el escribiente, sonriendo-. El mar lleva cartas como lleva

hombres. Tarda, pero llega.

Esa noche, mientras el candil apagaba sus últimos temblores, Pedro se tumbó en la litera con la tranquilidad de haber dejado una huella en el aire. Flora leería esas palabras algún día; si no, alguien se las leería. Indalecia pondría la carta junto al reloj. Y aunque estuvieran a miles de leguas, el tic-tac seguiría siendo el mismo.

El cañaveral se convirtió en costumbre, y la costumbre en rutina. Pero en el fondo de Pedro, la idea de Brasil crecía como una semilla. Lo que en Vigo había sonado a simple horizonte de consulado, en Cuba empezó a tomar cuerpo. Allí Brasil dejó de ser palabra y se volvió proyecto.

No era una fuga en solitario, sino un rumbo compartido: cuando llegara el momento, cruzarían juntos. Y Tomás, cada vez más curtido, empezaba a entender que la juventud se le estaba quedando corta: pronto sería un hombre hecho de caña, sudor y silencios.

Un día, al mirar al horizonte, vio cómo el sol caía sobre el mar como un charco de fuego. Y en el reflejo creyó adivinar un barco. No sabía si venía o se iba. Pero supo, sin decirlo, que su viaje aún no había terminado.

El sudor de la zafra, raíz de tantas vidas nuevas

Capítulo 3 – La zafra

El primer amanecer en Cuba le pareció a Tomás un cuchillo caliente. No era la luz de Chandrexa de Queixa, filtrada por castaños y nieblas, sino un sol que entraba a zancadas por cualquier rendija y lo llenaba todo de un olor dulzón, casi pegajoso, como si el aire hubiese sido cocido con azúcar y sal marina. En el barracón, los hombres despertaron al golpe seco de una tabla contra la puerta: "¡Arriba, gallegos! ¡A cortar!". Y el capataz, con sombrero de yarey y un látigo corto enrollado en la muñeca, repitió en voz más baja, a la oreja de quien se movía lento: "Aquí dormirás cuando te mueras".

Tomás palpó el suelo, buscando a tientas el machete que le habían dado la tarde anterior. Pesaba como una promesa y como una amenaza. Se lo llevó al hombro con torpeza, igual que había visto hacer a los veteranos, y salió al patio abierto donde el calor ya trabajaba como un animal con mucha hambre. En fila, los llevaron por un sendero de tierra roja hasta la orilla del cañaveral. El mar quedaba a espaldas, invisible pero presente, con su rumor delator, como si alguien arrugara sin descanso un papel gigante.

-Aquí no hace falta pensar -les dijo el capataz-. Hace falta cortar. Uno… dos… tres… ¡y al suelo!

El cañaveral era una pared viva que les cerró el mundo. Los tallos, más

altos que un hombre, crujían al mínimo roce, y las hojas les arañaban la piel con un filo terco, de papel armado. El sudor empezó a correrles por la nuca antes del primer tajo. Tomás levantó el machete y lo dejó caer; el acero entró rompiendo fibras que gritaban sin voz. Otra vez. Y otra. Al quinto golpe, la muñeca le ardía; al décimo, el hombro; al veinte, ya no sabía si el dolor era suyo o de la isla.

Trabajaban en parejas. A Tomás le tocó con un mulato silencioso apodado Candela, que había nacido en Matanzas y no desperdiciaba una sílaba. Candela marcaba el ritmo con una música que era su respiración: "ja… ja… ja…", y cada "ja" era un corte limpio. A ratos tarareaba un canto bajito, algo que parecía un lamento y un reto a la vez, y el machete obedecía a esa melodía. Tomás, jadeando, intentaba seguirlo.

-No te apures, galego -murmuró Candela, cuando le vio aflojar-. La caña es maestra. Primero te pega. Luego te enseña.

Tomás tragó saliva, tragó azúcar en el aire, tragó rabia y siguió. Recordó a Indalecia, su madre, poniendo la mano sobre su frente la noche antes de embarcar. "No te olvides de los tuyos, neno. No te olvides de ti". Pensó en Flora, su hermana, aún una niña entonces, corriendo detrás del tren que llevaba cartas a Ourense. Ese recuerdo le dio un golpe de fuerza; la caña cayó con un chasquido y al fin pudieron atar el primer haz. Tomás soltó un resoplido que pareció una risa: él también podía aprender el idioma de esa planta interminable.

El sol subió, y con él el zumbido de los insectos y la fiebre del aire. Al mediodía, los llamaron con un silbato y los hicieron sentar bajo una ceiba discreta, la única sombra generosa en leguas. Repartieron agua tibia y un guiso grasiento con arroz. Nadie se quejó. Candela sacó del bolsillo de su camisa un saquito de yute con granos tostados; los molió entre dos piedras

y vertió el polvo en un jarro con agua. Café bravo, sin azúcar.

-Para que no se te duerma el machete -dijo, y le pasó el jarro a Tomás. Aquí, si el machete se duerme, te despierta el látigo.

Tomás bebió. El amargor le espabiló recuerdos que volvieron como pájaros: el olor a leña húmeda en la cocina de Chandrexa, la voz de su abuelo contando lo del lobo en los montes, Indalecia rezando por él con los nudillos apretados, como si golpeara una puerta que Dios no abría. Detrás de esos recuerdos caminaba otro, necio y brillante: un reloj viejo, el reloj que Pedro -el tío que ya entonces soñaba con Brasil- había enseñado una tarde, prometiendo mundos. “Cada tic-tac es un pasaje”, había dicho. Tomás, con los labios manchados de café, sonrió a medias. Aquí, cada tic-tac era un tajo.

La tarde trajo la primera lección de peligro. El viento viró desde el mar y alguien, a dos lotes de distancia, prendió fuego a los restos secos para limpiar la franja cortada. Era práctica de zafra: fuego controlado, dicen. Pero el viento decidió otra cosa. La llama se estiró como si hubiera recordado que también podía correr. En segundos, el rumor del cañaveral cambió: dejó de ser susurro para convertirse en aullido.

El humo saltó las cabezas; las chispas empezaron a picar como avispones. El capataz gritó: “¡Atrás! ¡Atrás!”. Y entonces se oyó un grito distinto, un alarido que no sabía el camino del cuerpo.

-¡Ayuda! -era un chico, no podía tener más de diecisiete-. ¡Mi pie!

Se había metido en una zanja escondida y el tallo ardiente le había caído encima. Nadie se movió al principio. La llama crecía y devoraba. Candela soltó una blasfemia y echó a correr hacia el grito. Pedro fue detrás y Tomás detrás de Pedro, sin pensar. El calor les lamía los brazos con lengua de vidrio. Candela se echó al hombro al muchacho, Pedro le abrió paso,

Tomás levantó tallos encendidos con los antebrazos y se abrieron camino a golpes entre cañas encendidas que estallaban con un sonido como de huesos.

Salieron a la franja limpia dejando un reguero de humo y pelo chamuscado.

El capataz llegó resoplando, rabioso y aliviado. Miró a Candela, miró a Pedro, miró a Tomás, miró al chico.

-Vivos -dijo, como si diera una cifra, no una bendición-. Vivos.

Suficiente.

Esa noche, en el barracón, el chico dormía con un trapo empapado en ron sobre el tobillo. Algunos hombres hablaron más de la cuenta, con risas dislocadas por el susto. Tomás, tumbado, oyó la isla respirar. Afuera, la luna hacía un camino lechoso sobre el patio polvoriento. Candela, en la hamaca de al lado, sacó una armónica. Soplando bajito, dejó caer una melodía que olía a puerto y a despedida.

Alguien carraspeó, otro añadió un ritmo con los nudillos en la madera, y así, sin plan, apareció una canción, mitad pregón y mitad oración. Tomás murmuró el nombre de su madre y el de Flora, y prometió en silencio buscar a alguien que pusiera por escrito lo que él no sabía escribir.

Las cartas tardaban en cruzar el mar, pero llegaban. Dos semanas después, el capataz repartió tres sobres manchados de viaje. Uno llevaba torpemente escrito “Para Tomás Fernández – Ingenio San José”. La letra era de Flora, todavía temblona. Tomás fue descifrándola a trompicones, con Candela ayudándole en las palabras más rebeldes.

Tomás -decía-*, mamá reza por ti cada noche. Yo aprendo a coser mejor. El cura nos ha preguntado por ti. Dicen que en Cuba las noches son como brasas. No te quemes. Dicen que Pedro te cuida. Escribe.*

Tomás cerró los ojos apoyando la carta en el pecho. El barracón parecía un barco varado, y esas líneas eran brisa.

La rutina se clavó como una estaca: amanecer de cuchillo, caña, agua pardusca, sudor, y ampollas que se volvían cuero. Había días con tormentas breves que estallaban sin avisar y dejaban el aire lavado, y días con un sol inmisericorde que hacía creer que el mundo era un horno. Hubo una tarde de domingo en la que los dejaron bajar al batey. Los barriles de melaza esperaban como animales dormidos. Había risas, olor a fritanga y un tambor sordo que venía de los patios. Un grupo de mujeres bailaba un son que Tomás no conocía; una de ellas, con pañuelo rojo, le guiñó un ojo sin pudor y le tendió una mano.

-¿Bailas, galego?

Tomás, que en Galicia había bailado muiñeiras torpes en bodas con gaitas rotas, aceptó. Los pies aprendían rápido cuando el cuerpo quería olvidarse del dolor. Pedro reía apoyado en la jamba, con un vaso de ron que le daba brillo en los dientes.

-Mira que vas ligero, Tomás -gritó-. La isla te está adoptando.

-O yo la estoy adoptando a ella -contestó Tomás, sin saber de quién era aquella audacia.

Esa noche, la risa le duró hasta que volvió el silencio. En el catre, el techo de latas era un mapa de estrellas falsas. Pensó en Pedro y en su manía de convertir cualquier objeto en un signo. “Mira este reloj”, decía, y el péndulo parecía una lengua que dijera sí, no, sí, no, dando la razón a todos. Aún estaban los dos en Cuba; los planes de Brasil eran conversación de catre y de domingo. La idea se le metió a Tomás por el costado. No dolía. Picaba.

Hubo también discursos. Un administrador del ingenio, con acento

peninsular y chaleco demasiado apretado, reunió a los peones un jueves para hablarles de contratos y de avances y de “el progreso que entre todos construiremos”. Candela, desde el fondo, mascó un “eso dicen todos” que sonó como un comentario a la historia entera. Tomás no habló, pero sintió el latigazo de una verdad: en Cuba trabajaba por dos, pero el sueño que lo había traído era más grande que un papel firmado.

A veces, por la noche, un predicador pasaba por el barracón. Llevaba una Biblia en inglés con los bordes dorados y decía “hermano” con una cadencia que no era española. Hablaba de liberación, de cruzar mares interiores, de una luz que no enceguece. Algunos se reían; otros asentían con ojos cerrados. Tomás escuchó una vez, sin comprometerse, pero una frase se le quedó clavada: “Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón”. Y se preguntó, sin confesárselo, dónde estaba el suyo: si en la tierra roja que se pegaba a las botas, en el mar que prometía rutas, o en la aldea que le había prestado el nombre y los huesos.

La aventura -porque aquello lo era, a su brutal manera- tuvo su hito cuando el ingenio recibió la noticia de un huracán que venía girando desde el este. Los viejos del lugar le pusieron nombre antes que los periódicos. “Éste trae mala baba”, dijo un negro viejo con cicatrices en los antebrazos. Clavaron tablones, reforzaron techos, amarraron barriles. El cielo cambió de cara en una hora: se volvió verde, como agua a punto de pudrirse. El viento entró primero como ladrón, tanteando, y luego como ejército.

Los barracones crujieron. El cañaveral se dobló como si hiciera una reverencia irónica. Pedro y Tomás, con otros cinco, se amontonaron contra la puerta para que no la arrancara la ráfaga.

Cada tablón se volvió una pregunta. El techo voló en una esquina, entró agua en diagonal, las hamacas bailaron sin gracia. Alguien empezó a rezar.

Tomás apretó los dientes. Por un momento, le pareció oír el péndulo del reloj entre el aullido del viento, tozudo en mitad del caos.

Cuando pasó, la isla quedó como después de una mala fiesta. El mar había empujado su aliento hasta el batey. Había cañas tumbadas, charcos que querían ser lagunas, una barca de pescador en mitad del camino. Los hombres salieron a mirar el destrozo con esa mezcla de alivio y fatiga que deja la desgracia evitada por poco. El capataz, más humano por unos minutos, dijo "gracias" sin decidir a quién.

Aquella noche no hubo armónica. Hubo silencio. Un silencio grueso, de templo. Tomás dictó a Candela -que sabía juntar letra clara- una carta larga. Contó lo del fuego, lo del muchacho, lo del baile, lo del huracán. No lo adornó. No hacía falta. Al final puso: *Mamá, Flora, no temáis. Caigo y me levanto. No se me apaga el ánimo. Aprendo el ritmo de esta tierra, pero mi corazón no se olvida de dónde viene*. Doblando el papel, pensó que cada palabra era una cuerda tendida entre islas.

Las semanas siguientes, la zafra se aceleró como si quisieran ganarle una carrera al tiempo. Cortaron caña tumbada, rehicieron surcos, trabajaron a la luz de mecheros. Candela le enseñó a afilar el machete con una piedra que parecía haber sido río. "El filo es paciencia", decía. Y Tomás, que siempre había sido más músculo que cálculo, empezó a entender la geometría del golpe, el ángulo que ahorra tendones, la energía que viaja del hombro a la muñeca sin desperdicio. Esos aprendizajes le dieron un orgullo nuevo: no el del que presume, sino el del que ya no se arrodilla ante lo desconocido.

Un mediodía, en el muelle del ingenio, llegó un carguero con bandera extraña. Traía sacos, piezas de hierro, noticias mal dobladas. Traía también a un gallego viejo, con barba que parecía hecha de hilos de tabaco. Se

llamaba Bieito y venía de un aserradero en Cárdenas. Traía historias como quien trae pan. Habló de hombres que habían cruzado a Brasil en busca de fábricas y de suelos menos sangrados, de São Paulo y su hormiguero de gentes. No juraba nombres, pero decía que los tozudos -como Pedro- olían allí una segunda oportunidad.

Cuando oyó aquello, Tomás sintió algo parecido a un campanazo.

-¿De veras? -preguntó, casi interrumpiendo.

-De veras -dijo Bieito-. Pero el viaje no perdona a los que van divididos. Hay que ir juntos.

Tomás no supo si reír o llorar. Lo que sí supo fue que la aventura tenía otro capítulo escrito en la tinta que se le acababa de abrir en el pecho. Cuba los estaba templando; Brasil los esperaba. Juntos. Al amanecer, un trueno lejano fingió tormenta, pero fue un barco silbando al fondo. Candela se levantó, estiró la espalda y les lanzó una mirada que sabía más de lo que decía.

-Cuando se vayan, gallegos, avisen. No es de buen amigo desaparecer.

-Te avisaremos -dijo Pedro.

-Y volveremos si hace falta -añadió Tomás.

-No hace falta. Uno encuentra su camino -respondió Candela, volviendo al machete-. Pero dejen aquí una canción.

Tomás asintió. Alzó el machete una vez más y, al dejarlo caer, el golpe tuvo la cadencia de un adiós que todavía no es despedida. La zafra siguió su curso, pero en Pedro y en Tomás ya había empezado la travesía siguiente. Cuba, con su calor encendido, con su azúcar pegada a la lengua, con su huracán en los huesos, se quedaría en ellos como una marca. Y, sin embargo, el mundo era más grande que un cañaveral. Había cartas que aún no habían sido escritas, mares por cruzar, y el mismo reloj que Pedro

llevaba envuelto en una manta -cuando llegara el día- sonaría distinto si entraban por la puerta los dos.

Dulce y amarga, como la vida que allí se forjaba

Capítulo 4 - Motín en el barco

El embarque en el muelle fue como volver a pasar por un mismo sueño con otra piel. Donde antes hubo curiosidad, ahora había cansancio; donde hubo ganas de contarlo todo, ahora guardaban silencio. El mar respiraba hondo, y el barco contestaba con un quejido de madera que parecía viejo incluso cuando callaba. Pedro metió la mano en el fardo para palparlo: allí estaba, envuelto en una manta de lana, el reloj. Lo apretó un segundo, como quien toca una puerta antes de irse. Tomás lo miró sin preguntar; había aprendido que algunas cosas no se dicen en voz alta porque tienen su propio ruido.

Subieron al vientre de la nave por una pasarela que olía a sal y a hierro mojado. Los hombres entraban en fila, con bultos de tamaños imposibles, con cartas dobladas en los bolsillos y promesas guardadas entre los dientes. En el interior, la luz se volvía sucia, pegada al humo y al aliento. La bodega donde les acomodaron era un retablo de sombras: cuerdas tensas como venas, hamacas tristes y bancos de madera con astillas que parecían dientes.

El barco se echó a andar como quien acepta una sentencia.

Los primeros días fueron un aprendizaje nuevo del cuerpo: comer a la hora de otros, dormir a la espalda de otros, orinar con pudor prestado y aguantar el vaivén que borraba el suelo. El agua se repartía medida; el pan,

también. El aire se espesaba por la noche y quedaba en la lengua esa amargura del metal que uno no sabe de dónde viene.

Tomás, encajado en una hamaca que crujía, se dormía a golpes, pensando en el cañaveral que había dejado atrás y en un país que todavía era una palabra grande. Pedro, tumbado más abajo, contaba tiempos: cuántos días de mar, cuántas raciones, cuántas cuerdas sostienen una vela. Las cartas de Cuba iban con ellos. Pedro las guardaba en el mismo fardo donde dormía el reloj, envueltas en una tela limpia. Muchas noches, cuando el rumor del barco parecía el rezo de alguien cansado, Tomás pedía: "Léemelas, tío". Pedro las sacaba con cuidado y las iba descifrando a media voz: palabras de Indalecia de hace meses, palabras temblonas de Flora, bendiciones breves.

Tomás miraba la página como se mira un mapa que uno no sabe leer y, aun así, encuentra camino. A veces pedía repetir una línea como si fuera un estribillo. Y Pedro, obediente, la decía otra vez, y otra, hasta que el barco parecía asentir.

El mar tenía sus humores. Hubo días de azul casi tranquilo, con peces insistiendo en la piel del agua, y otros en los que el viento se metió dentro como un borracho: tropezando, empujando y hablando demasiado alto. El barco entonces se volvía malgeniado, golpeaba con la quilla como si quisiera regresar. Las sogas se tensaban; los hombres también.

Fue en una de esas tardes de viento desordenado cuando se rompió el hilo. La fila para el rancho se había hecho más lenta, el agua había llegado tibia y corta, y un hombre -sin nombre- dijo "basta" con una voz de hierro. Otro repitió la palabra desde el fondo, y luego otro; el murmullo saltó de cabeza en cabeza como una chispa busca paja. Alguien golpeó un balde con una cuchara y aquello sonó a campana. No había un líder; había

hambre y orgullo. “¡Más agua! ¡Más pan! ¡Malnacidos!” Las palabras rebotaron contra la madera como piedras contra la puerta de una casa cerrada. Pedro se puso en pie sin prisa y miró alrededor. Tomás ya estaba tenso, con los nudillos blancos. El barco se ladeó, como si se acercara a escuchar. De la escotilla apareció la sombra de los de arriba: botas, voces más entrenadas, manos que sabían del látigo y de la culata. “Atrás. A sus sitios.” Un brazo empujó a otro brazo y las gargantas se volvieron rocas. Tomás dio un paso adelante y Pedro le agarró el hombro con una fuerza que era cariño y era orden.

-No seas la mecha -murmuró.

Pero el fuego ya había encontrado sus maderas. Las manos buscaron palos, las miradas buscaron aliados. Alguien intentó arrebatar un cubo; otro tiró de una cuerda que no debía tocarse. El barco gritó con un crujido de costillas. Un empujón sacó a Tomás de su sitio y lo lanzó contra un barril; la espalda le ardió y el orgullo todavía más. La sangre, caliente, se abre paso sin permiso en esas horas.

Tomás saltó -no pensó- y se metió en el remolino de hombres que empujaban y eran empujados. Vio de cerca un puño ajeno, un codo, un diente que brilló un segundo, la sombra de un palo alzado.

Pedro se abrió paso como puede un hombre entre la maleza: sin pedir permiso al tallo. “¡Tomás!” La voz le salió honda. Alcanzó a su sobrino justo cuando un golpe bajaba como una rama. Se interpuso con los dos brazos, sintió el astillazo en la muñeca izquierda, el zumbido sordo que no es dolor sino anuncio. El palo rebotó en su antebrazo; una oleada de furia ajena quiso entrarle en los ojos, pero él la dejó fuera. Sujetó a Tomás por la pechera y tiró de él hacia la pared de la bodega, donde la madera tenía clavos viejos y la sombra sabía guardar.

-Respira -dijo-. Respira ahora, pega después.

Tomás jadeaba, los ojos abiertos como si vieran por primera vez el mundo oscuro. El barco siguió respirando pelea unos minutos que fueron horas. Arriba, la voz de mando cortó el aire en rodajas: "¡Atrás! ¡Silencio! ¡Quietos!" Bajaron unos cuantos con palos de verdad y con autoridad que no tiembla; el aire cambió de cara. La violencia, que había salido como una bestia sin collar, se dejó arrastrar de vuelta a su jaula a regañadientes. Quedaron en el suelo tres hombres con sangre en la ceja, otra mejilla hinchada como un pan mal horneado, y un silencio de iglesia después de una blasfemia.

Pedro soltó a Tomás sin soltarlo del todo. "¿Entero?" Tomás asintió, tragándose lo que iba a decir. La mirada le buscó las muñecas al tío. El brazo izquierdo de Pedro se estaba poniendo feo.

-No es nada -mintió, con la práctica de quien ha aprendido a bajar el volumen del dolor.

El castigo no tardó. Hicieron formar a todos en la cubierta, con el viento pegándoles la ropa al cuerpo. Un oficial habló como quien lee el salmo de la disciplina. "Quien levante mano al orden, conocerá el hierro." Escogieron a dos para el escarmiento y los ataron al mástil. Las cuerdas parecían manos pacientes; los golpes, frases que no admiten réplica.

Nadie miró de frente, porque hay cosas que no se deben aprender con los ojos. Tomás apretó la mandíbula hasta que le dolió; Pedro contó tacones sobre tabla, como si fueran cuentas del rosario. Cuando soltaron a los castigados, el barco siguió su camino con una dignidad distinta: la dignidad triste de las cosas que no pueden detenerse.

Esa noche, la bodega era una capilla sin santo. Nadie cantó. Se oían los cuerpos acomodándose, las toses, y el goteo de algún cubo. Tomás tocó el

fardo. “¿El reloj?” Pedro asintió. Lo sacó. Aun envuelto, parecía hacer luz. Lo apoyó un momento sobre el muslo y cerró los ojos. No lo colgaron -no había pared que lo mereciera-; bastaba con tenerlo cerca para oír su paciencia.

Tomás, con la respiración ya más mansa, dijo bajito:

-No me sueltes si me equivoco.

Los siguientes días trajeron una calma de posguerra. El reparto de agua volvió a su medida mezquina, pero sin provocación. El pan fue pan otra vez, aunque duro. En cubierta, el horizonte era una línea de tiza sobre el pizarrón del mundo; a veces un pez rompía la lección y todos miraban como niños. El brazo de Pedro curó con la lentitud del mar. Tomás le ayudaba a vendarse por las noches, y entre vuelta y vuelta de tela le pedía que le repitiera lo de Brasil:

-¿De verdad es para todos?

-Nada lo es -respondía Pedro-. Pero para los que se empeñan, hay mesa.

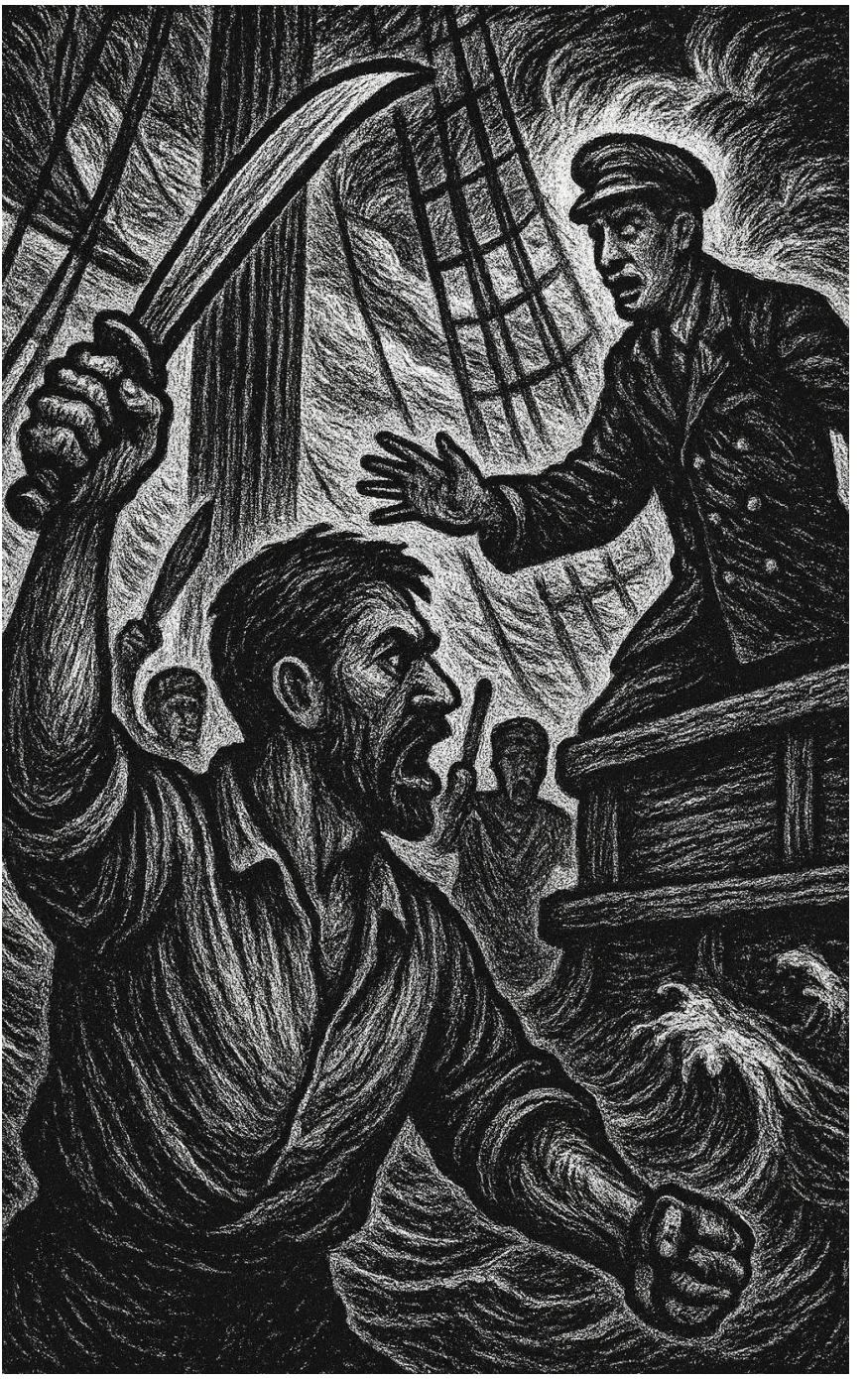
Cuando el barco anunció tierra con un bramido largo, nadie lo celebró con gritos. Hubo un suspiro general, como cuando termina una misa de duelo. El muelle no era bonito ni feo; era fin. Los hombres bajaron con prudencia: el suelo firme parece traición después de tanto vaivén. Pedro cargó el fardo con las cartas; Tomás echó al hombro el resto de su vida.

Antes de dar el primer paso en aquella tierra nueva, se miraron un segundo. Pedro le puso la mano buena en la nuca a Tomás, apretó lo justo y dijo:

-Que no se nos rompa lo que llevamos dentro.

Caminaron. El sol de Brasil era otro sol; no quemaba igual. La ciudad respiraba diferente, un animal más grande, con más bocas. En el rumor de la calle, el reloj -envuelto y quieto- marcaba su tic-tac como un corazón de

madera que no se cansa. Y aunque nadie lo oyera, los dos sabían que, en algún cuarto de São Paulo, algún día, ese mismo latido colgaría de una pared y haría compañía a sus sombras. Antes, había que vivir.



Motín en el barco hacia Brasil

Capítulo 5 - São Paulo, ciudad de hierro y sueños

El muelle de Brasil no era una promesa, sino un hecho. El barco los escupió a la calle como quien arroja semillas sobre piedra. Pedro cargaba el fardo con cartas y ropa gastada. Tomás respiró hondo: São Paulo empezaba allí, en un aire distinto, más denso, que olía a hierro y a humo. La ciudad se alzó ante ellos como un animal gigantesco. Nada tenía que ver con los barracones de Cuba ni con las aldeas de Galicia. São Paulo era un enjambre de ruidos: tranvías rechinando sobre raíles, campanas de iglesias que no callaban, y pregones en acentos que se mezclaban como si quisieran inventar un idioma nuevo.

Pedro y Tomás caminaron entre la marea de gente. Los vendedores ofrecían frutas que parecían arder por dentro, telas de colores insólitos, cuchillos brillantes como espejos. El aire tenía olor a carbón y a fritura, y un rumor metálico lo envolvía todo, como si cada piedra de la ciudad trabajara sin descanso.

No había silencio. Ni siquiera de noche. Desde su primera pensión -una habitación compartida con tres camas de hierro, un ventanuco que daba a un patio con gallinas y humo- descubrieron que la ciudad no dormía, solo cambiaba de voz.

Allí fue donde María entró en escena. Venía del sur de España, con un castellano distinto al de Galicia y una forma de andar que parecía llevar

siempre prisa. No era mujer de nostalgias, sino de resolver el día a día: sabía regatear en el mercado, coser un vestido con cuatro puntadas y poner orden en el desorden de la pensión. Pedro, hombre de silencios, encontraba en ella un contrapunto inesperado, casi una brújula. No hablaba mucho de su pasado, pero con su presencia fue tejiendo un futuro posible en medio de aquel enjambre de ruidos y acentos.

El trabajo llegó pronto, porque los brazos no necesitan traducción. Una fábrica de calderas los contrató como peones. Allí no había machete ni caña: había martillos, remaches al rojo, planchas que temblaban con cada golpe. Tomás al principio se deslumbró con la maquinaria, con el fuego que parecía domado en hornos enormes. Pero pronto entendió que aquello era otra forma de zafra: sudor, espalda doblada, un ritmo impuesto por silbatos y sirenas.

Pedro no hablaba mucho, pero observaba. Miraba a los capataces, a los encargados que sabían leer planos, a los hombres que manejaban cuentas y nóminas. Sabía que el esfuerzo físico daba pan, pero también cicatrices. Brasil ofrecía más que músculo, si uno era capaz de resistir y esperar.

En los ratos libres recorrían calles que subían y bajaban como si la ciudad entera estuviera hecha de lomas. Allí encontraron iglesias levantadas a toda prisa, cafés con espejos grandes donde los portugueses discutían de política, y pensiones donde se amontonaban españoles, italianos, sirios, japoneses. Cada grupo hablaba fuerte, como para no perder su lengua en medio del ruido ajeno.

Tomás escuchaba embobado, con esa mezcla de curiosidad y fatiga que da la juventud. Cada noche, antes de dormir, pedía a Pedro que le repitiera alguna palabra portuguesa nueva: “moço”, “saudade”. A su manera, iba aprendiendo a escribir su propio vocabulario de supervivencia, mientras

veía cómo a María esas palabras se le resistían más que a él.

Un domingo bajaron hasta la Praça da Sé. Allí la catedral aún estaba en obras, pero ya imponía. Había predicadores, mendigos y músicos.

Tomás se detuvo frente a un organillero que hacía bailar a un mono vestido de marinero. Sonrió con una tristeza que no supo explicar: la vida parecía un espectáculo donde algunos bailaban con traje y otros con cadenas invisibles.

Pedro lo empujó suavemente por la espalda, igual que en La Habana:

-Anda, rapaz. No te quedes mirando. São Paulo no espera.

La ciudad era dura, pero también fértil. Les ofrecía heridas y monedas, cansancio y promesas. El reloj no había llegado entero desde Galicia: Pedro había traído envuelto en un trapo el péndulo y las entrañas de hierro de aquel viejo guardián. En São Paulo, con ayuda de un carpintero del barrio, lo vistió de madera nueva y campana fresca. No era el mismo reloj de la cocina, pero latía con la misma memoria.

En las calles, los obreros hablaban de huelgas y derechos, los comerciantes de ganancias, los recién llegados de sueños. Tomás escuchaba, Pedro asentía poco. Brasil no era la meta todavía; era un puente. Pero en esa ciudad de hierro y humo, ambos empezaban a sentirse parte de algo más grande que sus cuerpos: una multitud que trabajaba, soñaba y se multiplicaba en un latido común.

Al caer la tarde, la ciudad olía a sudor y a pan recién horneado. Tomás levantó la vista hacia los cables que cruzaban el cielo como telarañas de hierro. Pensó en Galicia, pensó en Cuba, pensó en el barco que casi se los traga. Y murmuró, sin saber que Pedro lo oía:

-Que no se nos rompa lo que traemos.

Pedro sonrió apenas. El reloj marcó la hora, tímido. La vida en São Paulo

había empezado, y con ella también un hogar junto a María, del que nacería una familia que crecería hasta llenar generaciones enteras.

Y mientras tanto, la pensión era mucho más que un techo: era un hervidero. Cada cama tenía un acento y cada ventana guardaba un secreto. María vivía allí también, en la habitación contigua. Compartían el patio, la cocina de carbón y el olor a ropa mojada que colgaba en las cuerdas.

-¿Y ustedes de dónde son? -preguntó la primera noche en que coincidieron todos en la mesa larga.

-De Galicia -respondió Tomás, con la boca aún llena de arroz.

-Ah… gallegos -dijo un portugués bigotudo, soltando una risita que no gustó.

-¿Y qué pasa con los gallegos? -saltó María, sin apartar la vista de su plato.

El portugués se encogió de hombros, murmurando algo sobre “cabezas duras”.

Pedro, que rara vez se metía en discusiones, levantó la mirada:

-Cabeza dura… pero brazos firmes. Y aquí hace falta de los dos.

María lo observó de reojo, con una media sonrisa. No dijo nada más, pero desde aquel momento Pedro notó que sus ojos se detenían en él más de lo necesario.

Con el tiempo, esa mesa común se convirtió en escenario de aprendizajes. Los italianos traían pasta y cantaban canciones a gritos; los japoneses ofrecían té y observaban con curiosidad cómo Pedro no perdonaba un pedazo de pan comprado en el mercado, aunque fuese áspero y duro. Los portugueses discutían de política como si estuvieran en Lisboa, y en medio de aquel bullicio, cada cual encontraba un modo de agarrarse a su tierra sin soltar del todo la nueva.

En la fábrica, la adaptación fue más áspera. El calor de los hornos quemaba

la garganta y los golpes de martillo resonaban como un ejército de tambores. Un día, mientras ajustaban una plancha de hierro al rojo, un capataz portugués los apuró con gritos.

-*Mais depressa*! -vociferó, señalando a Tomás.

El joven, empapado en sudor, miró a Pedro sin entender del todo.

-¿Qué dice?

-Que más rápido -tradujo su tío, sujetando el hierro con calma.

El capataz chasqueó la lengua, impaciente.

-*Esses galegos, sempre lentos*…

Pedro dejó el martillo en el suelo y lo miró sin apartar la vista.

-Lentos, sí. Pero firmes. Si quiere que esto dure, tendrá que esperar a que se enfríe como debe.

Hubo un silencio tenso. El capataz masculló algo entre dientes y se alejó, dando órdenes a otro grupo. Tomás tragó saliva, aún con el martillo en la mano.

-Un día de estos nos manda a la calle.

-O nos respeta -respondió Pedro, volviendo al trabajo.

María escuchó la historia esa noche en la pensión mientras cosía. -Un portugués gritón, eso no es novedad -dijo, sin levantar la cabeza de la tela-. Pero cuidado, Pedro. No todos se callan tan fácil.

Él no contestó. Solo se acomodó en la silla, con la mandíbula apretada, y María lo observó un instante más de la cuenta antes de volver a sus puntadas.

Más tarde, cuando el bullicio de la pensión fue apagándose, los tres subieron a la azotea. La ciudad extendía sus luces amarillas como un río interminable. Los tranvías brillaban a lo lejos, y en el aire flotaba una mezcla de carbón, café y pan recién hecho.

Tomás se apoyó en la barandilla, con la cara iluminada por la luna.

-Mira, tío. Parece que no tiene fin.

-Ni lo tiene -respondió Pedro, serio, aunque con un brillo en los ojos.

María se sentó en un escalón, con las manos todavía oliendo a hilo y aguja.

-En mi pueblo, cuando se veía tanta luz, era porque había fiesta. Aquí debe de ser fiesta todos los días.

Tomás rió.

-Fiesta… o castigo.

Pedro se mantuvo en silencio. La ciudad lo desafiaba y lo atraía al mismo tiempo, como si cada farol fuese una promesa que había que pagar con sudor. María lo miró de reojo; en aquel gesto callado adivinaba la terquedad que la había defendido en la mesa común y la firmeza con que había plantado cara al capataz. El ruido del tranvía llegó hasta la azotea como un recordatorio de que São Paulo no dormía. Y, sin embargo, allí arriba, por un instante, el tiempo pareció detenerse. Tres recién llegados, unidos por la necesidad y por algo más que empezaba a germinar, contemplaban la ciudad como quien contempla un destino que aún no sabe nombrar.

Tomás suspiró, dejando escapar las palabras casi en un murmullo:

-Que no nos falte sitio en este mundo.

María lo oyó, pero no dijo nada. Pedro giró apenas la cabeza, lo suficiente para que su sobrino supiera que aquella frase había quedado guardada. Y después, sin añadir palabra, los tres se quedaron mirando hacia la marea de luces que los esperaba abajo, con la certeza de que allí empezaba la verdadera prueba.

Donde comenzó otra historia

Capítulo 6 - Tomás y Esmeralda

São Paulo era una ciudad que devoraba días. El trabajo no dejaba respiro: martillos, fuego, y el silbido de sirenas que partían la jornada en trozos iguales. Para Tomás, cada amanecer era una prueba de resistencia. Sin embargo, entre el ruido y el cansancio, algo distinto empezó a crecer: un deseo de quedarse, de enraizarse en aquella tierra que ya no era promesa, sino presente.

Esmeralda apareció en medio de ese torbellino. Era una mujer negra, de mirada firme y andar seguro, acostumbrada a no agachar la cabeza. No la rodeaban lujos ni favores, pero tenía en la voz una fuerza que llenaba el aire. Tomás la conoció en una fiesta de barrio, con música que subía de los patios y tambores que parecían hablar en lenguas antiguas. No fue un encuentro de novela, sino algo más simple y hondo: se miraron, y ninguno retiró los ojos.

El cortejo fue breve. La vida no les permitía esperas largas ni gestos solemnes. Tomás la buscaba después del trabajo; a veces bastaba con caminar juntos unas calles, otras con compartir un vaso de café fuerte. No tenían mucho, pero en esas horas la ciudad dejaba de ser enemiga. Pedro observaba en silencio: sabía que algo estaba cambiando, que el rapaz que había cruzado el mar con él ya no soñaba solo con Galicia, sino con futuro en Brasil.

El matrimonio se celebró sin adornos, en una iglesia sencilla del barrio obrero. No hubo coro ni grandes vestidos; apenas las palabras del cura, el sí de los novios y la mirada curiosa de algunos vecinos. Para Tomás y Esmeralda, bastó. Era un pacto de cuerpo y de vida, unirse para enfrentarse juntos a la ciudad.

No pasó mucho tiempo antes de que un llanto nuevo llenara la casa. Era el primer hijo de Tomás y Esmeralda, pequeño como una promesa, fuerte como la mezcla que lo había traído al mundo. No importaba si era niño o niña: lo que importaba era que, con él, la familia se anclaba definitivamente en Brasil. Ya no eran emigrantes de paso: eran raíz.

Los vecinos murmuraban. Algunos gallegos torcieron el gesto al ver a Tomás de la mano de una mujer negra. Pero él nunca se escondió. Caminaba con Esmeralda por las calles de São Paulo con la frente alta, como quien declara que el futuro no se pide prestado: se construye.

En ese gesto había algo más que amor; había una declaración de cruce de sangres, un acto de resistencia frente a prejuicios.

Pedro se quedaba a veces mirando esa pequeña familia con una mezcla de preocupación y orgullo. Sabía que el mundo no siempre sería clemente con ellos, pero también que la fuerza de Esmeralda era distinta: la de las mujeres que no se rinden.

En esa casa, con paredes pobres y sueños grandes, la saga gallega se mezcló con la sangre brasileña. Allí empezó una rama que ya no soñaba con volver, sino con crecer, con dejar hijos que hablarían portugués, que bailarían al ritmo de otros tambores, que serían parte de una tierra inmensa y dura. El mestizaje ya no era palabra, sino carne. Y la historia de la familia, a partir de entonces, tendría siempre un acento distinto, nacido del encuentro de Tomás y Esmeralda en São Paulo.

A partir de ahí, la vida fue hecha de escenas pequeñas: Tomás llegaba tarde del taller con las manos cubiertas de polvo y buscaba a Esmeralda en la penumbra, donde ella acunaba al bebé con canciones que él no entendía, pero que lo llenaban de calma. En los domingos de barrio, caminaban juntos sin rumbo, como si bastara compartir la calle para sentirse en casa.

Hubo también momentos de tensión. En una reunión de compatriotas, alguien soltó una frase mordaz sobre la elección de Tomás. Él apoyó el vaso sobre la mesa y respondió tranquilo:

-Si la vida se complica, que sea por algo que merezca la pena.

La frase quedó flotando, y nadie volvió a insistir.

Salieron aquella noche. La ciudad olía a carbón y a fritura, a mezcla de cansancio y fiesta. Se cruzaron con un grupo de gallegos que, al verlos, bajaron la voz.

-Ese rapaz se ha olvidado de dónde viene.

-No. Solo he aprendido dónde quiero quedarme -respondió Tomás.

Esmeralda apretó su mano. Caminó un poco más erguida, con esa firmeza que parecía desafiar al mundo entero.

Al llegar a casa, ella rompió el silencio:

-¿Te duele lo que dicen?

Tomás negó con la cabeza.

-Lo que me dolería sería no tener el valor de caminar contigo.

Ella sonrió, aunque en sus ojos quedó un destello serio.

-No será fácil. La gente habla, y a veces la lengua hiere más que el cuchillo.

-Entonces que hablen -contestó él-. Yo prefiero vivir en voz alta que esconderme en silencio.

El niño se removió en la cuna. Esmeralda lo tomó en brazos y comenzó a cantarle una melodía de su infancia. Tomás escuchaba sin entender las

palabras, pero en ese canto había una certeza: la mezcla ya no era un riesgo, era un futuro.

A los pocos días, Pedro vino a visitarlos. Se quedó en la puerta, observando cómo Esmeralda acunaba al pequeño mientras Tomás la miraba como si todo lo demás sobrara.

-Es duro este país -dijo al fin-. Pero si resistís juntos, nada os tumba.

No añadió más. Se marchó despacio, con el gesto serio, aunque en sus ojos había una chispa de orgullo.

Muy lejos, en Galicia, Flora aún escribía su nombre en las cartas con letra temblorosa. No sabía si llegarían, pero las escribía igual, como quien lanza una oración al viento. Tal vez, sin saberlo, sus palabras cruzaban el océano para posarse sobre esa casa humilde de São Paulo, donde la historia de los suyos seguía latiendo.

Dentro, la historia había cambiado para siempre. Y nadie, ni el ruido de la ciudad ni las voces de los otros, podría ya borrarla.

Dos mundos que se unieron sin pedir permiso

Capítulo 7 - La descendencia de Pedro

De Pedro no quedaron cartas ni diarios. No dejó páginas escritas con su mano, ni frases guardadas en papeles. Lo que quedó fueron hijos, y de esos hijos otros hijos, y de esos hijos ramas que se multiplicaron hasta parecer un bosque entero. Su herencia no fue un testamento de palabras, sino una descendencia que se abrió como un abanico inagotable.

Ese bosque tuvo dos raíces entrelazadas: Pedro y María. Ella venía del sur de España, con un acento distinto y una mirada práctica que supo convertir la pobreza en casa, el desorden en mesa compartida y el silencio en abrigo. Sin María, la semilla de Pedro habría sido frágil; con ella, la descendencia encontró tierra fértil para crecer sin descanso.

Las casas pobres de los primeros años se llenaron pronto de voces y de pasos. Había ruido de niños, olor a sopa, canciones improvisadas en patios donde apenas cabía el silencio. Cada generación añadía nuevas sillas alrededor de la mesa: más bocas que alimentar, más manos que trabajaban y más historias que se contaban a la luz de un candil.

-María, ¿queda pan? -preguntaba Pedro, después de un día largo.

-Queda poco, pero alcanza -respondía ella, partiendo el mendrugo en trozos iguales, que parecían multiplicarse entre las manos.

Y lo que comenzó con un gallego que apenas sabía trazar su nombre se convirtió con los años en un coro inmenso de nietos y bisnietos que ya

hablaban portugués como lengua de cuna, que soñaban en portugués, pero que no olvidaban que en el origen había un acento distinto, traído desde las montañas de Galicia y desde los llanos del sur de España.

Algunos se quedaron cerca del barrio donde Pedro había levantado sus primeras paredes, en esas calles polvorientas de São Paulo, donde el aire olía a carbón, a café tostado y a sudor obrero. Otros se desplazaron a la gran ciudad que se abría paso con tranvías, fábricas y torres en construcción.

Y con el tiempo, ciertas ramas se estiraron más allá de Brasil, cruzando fronteras y mares como si el viaje de Pedro no hubiera terminado nunca, como si cada hijo llevara en la sangre la necesidad de seguir caminando. Iracema y Gilda fueron las primeras en dar el salto: partieron hacia el norte, a Estados Unidos.

-Padre, ¿y si no volvemos? -preguntó Iracema antes de partir.

Pedro bajó la vista y dijo despacio:

-No importa. Lo que importa es que no olvidéis de dónde salisteis.

Cada rama llevaba consigo una memoria. Algunos guardaban una palabra en gallego, dicha en susurros, como un rezo heredado. Otros conservaban objetos sencillos: una fotografía gastada, un rosario, una carta doblada. En más de una casa colgaba un reloj, testigo obstinado de los días. Todos recordaban que el abuelo Pedro había cruzado el océano con las entrañas de uno envueltas en una manta, y que en São Paulo lo había hecho revivir con madera nueva. Aquel latido reconstruido fue el primero, y de él nacieron otros ecos en otras paredes.

En las sobremesas se repetía la misma historia: la de un gallego que trabajó en los cañaverales de Cuba antes de llegar a São Paulo, la de un hombre que se dejó la piel en los ingenios y que nunca se rindió. Y junto a él, la figura discreta de María, la mujer que sostuvo con sus manos la vida cotidiana

para que ese recuerdo pudiera transmitirse.

-¿De dónde vino el abuelo? -preguntaba un niño, aburrido del relato. -De lejos -contestaba la abuela con voz firme-. Tan lejos que cruzó un mar entero para que tú nacieras aquí.

Los nietos crecieron escuchando esas historias, aunque a veces no prestaran atención. Un niño podía correr por el patio y, sin embargo, grabarse sin saberlo la frase que repetía la abuela. Una muchacha podía doblar la ropa recién lavada y, sin darse cuenta, reconocer en sus manos el mismo gesto que tenía su bisabuela. Así la memoria no se transmitía solo en palabras, sino en gestos, en maneras de mirar, en la forma de trabajar la tierra o de llevar el pan a la mesa.

El árbol de Pedro y María no era uniforme. Tenía ramas gruesas que daban sombra y ramas finas que se doblaban al viento. Tenía hojas que brillaban bajo el sol y hojas que caían antes de tiempo. Pero todas estaban unidas por la misma savia: la sangre de dos emigrantes que cruzaron mares, que sobrevivieron a huracanes, que plantaron sus pies en tierra extraña y la volvieron propia. A veces parecía que la historia se dispersaba demasiado, que la familia se iba alejando en caminos distintos; pero bastaba una reunión, una carta o una visita inesperada para que todos recordaran que seguían siendo parte de un mismo tronco.

-¿Te acuerdas de Pedro? -preguntaba alguien en una sobremesa.

-Cómo no me voy a acordar… si todavía oigo su voz cuando partía la leña -contestaba otro.

Con el paso de las décadas, aquella descendencia se volvió incontable. Ya no cabía en una sola fotografía, ni en una sola mesa, ni en una sola casa. Era una familia que había dejado de ser familia pequeña para convertirse en constelación. Había quienes estudiaban y levantaban libros como

herramientas de futuro. Había quienes trabajaban en oficios nuevos, en fábricas y en comercios. Había quienes viajaban lejos y quienes cuidaban de la memoria en casa. Cada uno trazaba su camino, pero todos llevaban, en algún rincón del corazón, la marca de Pedro y de María.

En São Paulo, los barrios conocieron su apellido. En América del Norte, Iracema y Gilda llevaron esa memoria a ciudades de ríos anchos y de edificios altísimos. En cada lugar, la rama encontraba su manera de crecer, de adaptarse, de florecer. El eco de Galicia y del sur de España, aunque lejanos, se colaba en los acentos y en las sobremesas. Era un eco que se confundía con los nuevos idiomas, con las nuevas músicas, pero que seguía ahí, como un latido discreto.

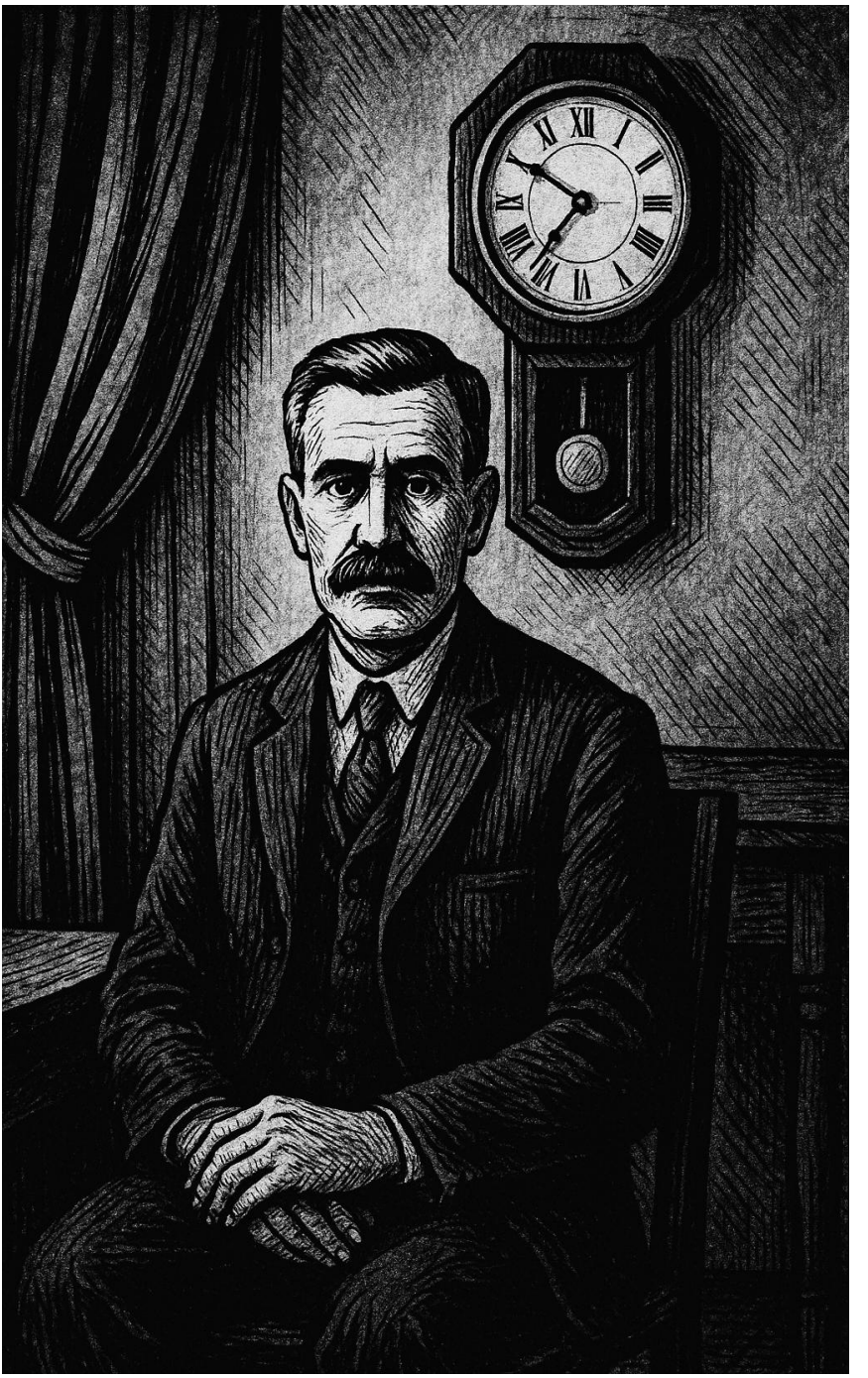
Pedro y María no dejaron libros escritos ni grandes discursos. Su herencia no fue un monumento de piedra ni una hacienda levantada con orgullo. Lo que dejaron fueron hijos, nietos y bisnietos. Dejaron la certeza de que la vida, por dura que sea, se multiplica cuando se resiste. Su descendencia, la más numerosa de todas, es la prueba viva de que un solo emigrante -y una mujer a su lado- pueden convertirse en la raíz de un bosque que nunca deja de crecer.

Y ese bosque sigue creciendo aún hoy. Las ramas se extienden, se entrelazan, se buscan a pesar de la distancia. No hay océano capaz de separar del todo a quienes comparten la misma savia. En cada generación, alguien pregunta de dónde venimos, y la respuesta se abre como abanico: de una aldea pequeña en Galicia, de un viaje a Cuba y de un barco hacia São Paulo. Y en medio de todo, siempre, la figura de Pedro y de María, los que sembraron sin saber que su semilla sería un bosque.

Y mientras la rama de Pedro y María se multiplicaba en São Paulo como un bosque inabarcable, al otro lado del océano quedaba la voz de Flora. En

Barcelona, en medio de sirenas, guardaba cartas y silencios. Mientras unos abrían camino en América, Flora tejía en Europa el hilo que no permitía que la familia se rompiera del todo.

Y ese hilo, tejido entre continentes, aún resuena hoy. Porque mientras haya alguien que pregunte, alguien que recuerde, la voz de Pedro y de María seguirá latiendo en cada rama, como un eco que se niega a morir.



Un hombre, un reloj y un destino marcado por el océano

Capítulo 8 - Flora en tiempos de guerra

La montaña parecía quedarse siempre, como si todo lo demás fuera gente de paso. Flora aprendió allí el idioma de las pendientes y del frío, el brillo de las heladas en los prados y la paciencia de los animales. De niña guardó secretos que no caben en ninguna libreta y, demasiado pronto, conoció la pérdida. Desde entonces entendió que a veces el destino de una mujer no es solo vivir, sino sostener.

En la aldea, los días tenían un orden antiguo. En invierno, las mañanas olían a humo y a caldo; en verano, a hierba segada y a ropa tendida que crujía de limpia. Flora bajaba al río con un cubo de zinc, enjuagaba la ropa en agua helada hasta que los dedos se le volvían rojos, y aprendió a torcer las sábanas con un giro seco de muñeca. Sabía dónde crecen las setas discretas, cuándo el cielo guarda nieve y cómo leer el vuelo de los pájaros para adivinar la lluvia. En los atardeceres de viento, el valle se llenaba de campanas y voces. En otoño, el magosto juntaba manos alrededor del fuego y, en las noches más largas, las mujeres hilaban y contaban historias para espantar el miedo. Flora escuchaba más que hablaba: iba haciendo un ovillo de nombres y costumbres que no quería que se perdieran.

Sostuvo nombres, fechas, caminos. No hablaba mucho: apuntaba. Empezó con una libreta barata, como quien enciende una lumbre pequeña. La letra, primero temblona, se volvió firme a fuerza de repetir direcciones y recados.

En la cocina, entre vapor y puchero, se oían nombres de lugares lejanos que nadie había visto, y noticias que llegaban por boca de un arriero o en una postal. El mundo, para Flora, empezó a medirse en papeles: notas de compra, listas de faena, alguna carta breve que encerraba un universo en dos líneas.

La aldea enseñaba oficio, pero el horizonte era corto. Con una maleta mínima y un pañuelo a la cabeza, emprendió su emigración interior. Primero, una ciudad de patios con sombra y corredores frescos, donde los suelos se fregaban a conciencia y la vajilla se contaba en voz baja para que no faltara ni un plato. Flora aprendió el idioma de las casas acomodadas en Cataluña: la cocina de carbón que tizna las manos, la plancha de brasas que deja un brillo tenso en los cuellos almidonados, las jarras de agua cambiadas a hora fija, las camas tendidas con un pliegue exacto. Descubrió la jerarquía silenciosa de la casa -ama, cocinera, moza- y el código no escrito: andar sin hacer ruido, hablar solo lo necesario, anunciarse con un toque leve en el marco de la puerta.

Aquel trabajo era exigente y preciso. Las mañanas empezaban antes que la luz con el café de la cocina; las noches terminaban cuando el último vaso quedaba alineado en la alacena. Flora aprendió a llevar la bandeja sin que tintinearan las cucharillas, a encerar los muebles hasta que el dedo resbalara, a remendar invisiblemente un dobladillo en el borde de una falda cara. Hubo inviernos de sabañones y veranos de calor encerrado en los patios altos. A cambio, una cama estrecha pero propia, un plato seguro y un salario contado en monedas y en fiabilidad: que no se rompa nada, que no falte nada, que todo esté listo antes de que lo pidan.

En los raros ratos libres, Flora salía a la calle con una compañera. Caminaban sin prisa, mirando escaparates que reflejaban otra vida. A veces se sentaban

en un lavadero público y hablaban de lo mismo de siempre: lo que costaba el pan y si el trabajo en esa casa era bueno. Otras veces, con la paga en el bolsillo, compraba una libreta nueva y un lápiz. Le bastaban para mantener su pequeño orden: cuentas y recados.

Con el tiempo, la ciudad la llamó más fuerte. Barcelona. Tranvías, humo, puerto. Barrios que olían a metal y a pan; charcos que devolvían una luz cansada. Flora llegó sin ruido, como llegan quienes no pueden permitirse el lujo de equivocarse. Encontró cuarto y trabajo. Se aprendió el mapa a pie: del mercado a la fuente, de la fuente a la tienda, de la tienda a una portería donde otra muchacha gallega le indicó la esquina de los encargos.

La ciudad grande colgaba del aire palabras solemnes, pero Flora prefería los hechos pequeños: alinear vasos, poner orden en una alacena, contar el cambio sin fallar. Sabía distinguir cuándo una voz nace del orgullo y cuándo del hambre; y que las palabras importan si se sostienen con pan y con manos. En una casa de techos altos y suelos de mosaico, el reloj del pasillo medía la mañana con una paciencia que le recordaba al valle. Nadie le hablaba de política en la cocina: le hablaban de manchas, de brillos, de horarios. Ella asentía y cumplía.

El calendario empezó a pesar. Las novedades llegaban a trompicones y cada barrio las entendía a su modo. Flora continuó con lo suyo: trabajo, fuente, mercado, libreta. En esas páginas reunía migas de mundo: un nombre mal oído, una dirección completa, el recado de la compra, el nacimiento de una prima apuntado a la carrera. No para contarlo luego, sino para que no se desmigara.

En tiempos fáciles, el servicio tenía un ritmo casi musical: el metal de los cubiertos, el golpe hueco del pan sobre la tabla, el susurro del plumero contra el marco de un cuadro. En tiempos torcidos, cambiaban los gestos.

Ventanas con cortinas más tupidas, farolas que se apagaban antes, conversaciones recortadas en la escalera. Flora preparó una caja de imprescindibles: aguja, hilo, un trozo de jabón, velas cortas, la libreta. No sabía qué haría falta, pero presentía que la ciudad iba a pedir cuidado.

A ratos le venía a la cabeza el monte de Casteligo: la línea de los castaños contra el cielo y la respiración de los animales al caer la tarde. Pensaba en las mujeres que sostienen casas y nombres sin salir en los relatos. A su modo silencioso, se preparaba para poner orden y mantener encendida la lumbre pequeña.

El puerto siguió oliendo a sal, pero el aire traía otra cosa. En las colas del pan, las miradas se entendían sin preguntas. La normalidad mínima se convirtió en un acto de voluntad: lavar a mano, fregar el suelo, rematar un dobladillo, fechar una nota para no perderse en los días iguales. Cuando la humedad se colaba por las rendijas, Flora calentaba agua en una olla vieja y, mientras el vapor subía, revisaba sus apuntes: quién debía recibir una carta, quién esperaba noticia, qué palabra nueva había aprendido esa semana.

No nombraba el miedo: lo colocaba. Como quien dobla una sábana y la guarda donde corresponde. En otro cajón -el de lo que no se pierde- dejó una palabra que le servía de brújula: familia. Con eso bastaba para no perder el norte. La casa donde servía tenía sus ritos; ella, los suyos: una vela guardada, un trozo de pan envuelto en un paño, la libreta con un lápiz gastado hasta la mitad. Pequeñas defensas contra lo que no se puede controlar.

Cuando los titulares se endurecieron, la ciudad cruzó un umbral. Flora no lo saltó; lo pasó a conciencia, sabiendo que a partir de ahí su tarea sería más necesaria que nunca. No levantaría barricadas ni daría discursos. Haría lo

que sabía: apuntalar, cuidar, recordar lo preciso. Afilar la rutina como se afila un cuchillo de cocina: para el pan, no para herir.

Una noche cualquiera, quizá con una vela encendida, oyó a lo lejos un estruendo y el silencio tenso de los edificios conteniendo la respiración. No escribió lo que sentía: anotó un nombre y una dirección. Al día siguiente, mercado, fuente, cuarto. De vuelta, cerró un papel que llevaba días esperando las palabras justas. Estoy. Sigo. Lo selló con firmeza.

Lo demás vendría después. Por ahora bastaba con la lumbre mínima aprendida en Galicia: un calor modesto que no se ve desde la calle, pero que impide que la casa se enfríe del todo. Fuera, la ciudad empezaba a hablar con golpes. Dentro, Flora afirmaba su oficio: hacer que nada importante se pierda cuando todo alrededor tiembla.

Flora, en su juventud.
Imagen auténtica del archivo familiar

Capítulo 9 - El salto

El árbol de Pedro, ya frondoso en São Paulo, no dejó de crecer. Las ramas, cargadas de hijos y nietos, buscaban cada vez más espacio, como si llevaran grabada en la savia la misma necesidad de movimiento que había empujado a su padre a cruzar mares. Al principio se expandieron por los barrios obreros de la ciudad, pero pronto algunas ramas se alargaron más allá de Brasil, hacia horizontes que parecían imposibles.

Fue entonces cuando una parte de la familia miró al norte. El viaje ya no era en barcos de emigrantes pobres, sino en trenes y aviones; pero la motivación seguía siendo la misma: abrir caminos. Desde São Paulo, algunas ramas cruzaron el continente hasta llegar a Estados Unidos. Allí, en ciudades de rascacielos y de puentes inmensos, encontraron nuevas raíces.

-¿No te asusta tanto ruido? -preguntó una hermana, viendo cómo Iracema preparaba la maleta.

-Claro que sí -respondió ella-. Pero más miedo me da quedarme sin horizonte.

En Nueva York, el salto se hizo real. Entre calles que nunca dormían y edificios que parecían rozar las nubes, la familia buscó su sitio. En apartamentos pequeños, con trabajos duros y jornadas interminables, empezaron de nuevo. Desde las ventanas se veía el Hudson como un espejo inmenso, recordando que todavía quedaban mares por cruzar.

-Mira esas luces -dijo alguien en una sobremesa-. Parecen no acabarse nunca.

-Por eso hay que encender las nuestras -contestó otro, levantando el vaso- Para que no se pierda lo que traemos de casa.

Mientras tanto, en São Paulo, otras ramas permanecieron cerca de la raíz. Siguieron estudiando, trabajando, construyendo futuro en la misma tierra donde Pedro había sembrado su linaje. Desde allí mantenían el contacto con los que estaban lejos, como raíces que alimentan a las ramas altas. Así, la familia de Pedro se volvió un entramado que unía dos Américas: la del sur y la del norte. Un árbol que crecía en direcciones distintas pero que nunca olvidaba el tronco común. Galicia quedaba lejos, pero seguía latiendo en la memoria; Cuba era un recuerdo compartido, y Brasil el suelo firme; Estados Unidos, el salto inesperado que confirmaba la fuerza de esa descendencia.

Hoy, cuando se mira hacia atrás, se comprende la magnitud de ese viaje: un hombre gallego que partió pobre y sin letras acabó sembrando un bosque humano que toca desde las favelas hasta los rascacielos, desde el rumor de los cañaverales hasta el murmullo de las avenidas norteamericanas.

Entre esas ramas que se atrevieron al salto, brilló con fuerza el nombre de Iracema, una de las hijas de Pedro. Fue de las primeras en mirar más allá de Brasil, abriendo camino hacia Estados Unidos, donde después otras voces de la familia encontrarían su lugar.

Al llegar a Nueva York, la ciudad los envolvió como un vendaval. El puerto era un hervidero de lenguas distintas, de maletas atadas con cuerdas, de rostros que miraban hacia arriba intentando abarcar rascacielos que parecían no terminar nunca.

-Parece que las casas se tocan con el cielo -murmuró alguien, con un

asombro que era mezcla de miedo y de esperanza.

-Entonces tendremos que aprender a vivir tan alto -respondió otro, intentando reír.

Los primeros días fueron un laberinto de direcciones, trámites, puertas que se abrían y otras que se cerraban. El inglés llegaba como un murmullo incomprensible en las oficinas y en las tiendas, pero la familia se entendía con gestos y con la voluntad de salir adelante.

-¿Entendiste algo? -preguntó uno, saliendo de una ventanilla.

-Nada -respondió el otro-. Pero sonreí y me señalaron otra sala. Supongo que es allí.

La primera casa era un apartamento estrecho, con ventanas que daban a un patio donde colgaba ropa de mil colores. Había ruido de radios, de niños que corrían, de vecinos que hablaban en italiano, en castellano, en polaco. Allí, entre paredes delgadas y cocina compartida, volvieron a empezar.

-No es São Paulo -dijo alguien, sirviendo café en tazas desparejadas.

-Ni falta que hace -contestó otro, acomodando una fotografía de Pedro sobre la repisa-. Aquí también se puede hacer hogar.

Los domingos buscaban lugares donde se hablara su lengua, donde una conversación sencilla con un compatriota les recordara que no estaban del todo solos. Era poco, pero bastaba para sentir que la distancia no era tan grande.

-Escucha -decía uno de los más jóvenes-. Hablan como en casa.

-No, no es igual -respondía la mayor, cerrando los ojos un instante-. Pero nos recuerda que venimos de allí.

Así, entre jornadas largas y noches cortas, entre cartas dobladas y sobremesas improvisadas, las ramas que habían saltado a Norteamérica empezaron a echar raíces. La ciudad no las recibió con suavidad, pero

tampoco las quebró. Cada gesto, cada palabra compartida, cada recuerdo que cruzaba el océano era un modo de resistir, de seguir creciendo.

Y mientras en América el árbol seguía expandiéndose, al otro lado del océano quedaba Flora. Ella no multiplicaba descendencia, pero multiplicaba memoria. En Barcelona, tras la guerra, se convirtió en la guardiana última de las cartas, de los recuerdos, de los silencios que sostenían a la familia. Su voz iba a cerrar el círculo que Pedro y Tomás habían abierto al partir.

Se atrevió a dar el salto hacia otro continente.

Capítulo 10 - La voz de Flora

Flora nació entre montañas que parecían eternas. En Casteligo, parroquia de Chandrexa de Queixa, antes de que la guerra y el hambre le llenaran los ojos, fue pastora de niña. El monte era su escuela: aprendió a reconocer las sombras de los lobos, a escuchar el río como si hablara, a distinguir el viento que anunciaba tormenta. Pero también conoció el miedo. Una tarde, en lo alto del monte, se vio rodeada por la soledad y el peligro, y comprendió de golpe que la infancia podía romperse de un tajo. Años después aún lo recordaba como si hubiera sido ayer: el frío en la piel, el silencio que pesa, el presentimiento de que la muerte anda cerca.

Su vida cambió para siempre cuando su madre, Indalecia, murió de parto. Demasiado joven para cargar con un duelo tan grande. El grito ahogado de su madre y el silencio posterior se le clavaron en el pecho como un hierro ardiente. Desde ese día, Flora entendió que su destino no sería solo vivir, sino guardar: guardar a los suyos, guardar la memoria, guardar lo que el tiempo se empeñara en borrar.

Antes de la guerra, Flora había dejado Galicia. Sirvió un tiempo en una casa en Lérida, donde aprendió que la emigración no siempre cruza mares: a veces basta con cambiar de tierra y de lengua para sentirse extranjera. Cuando terminó aquel servicio, se trasladó a Barcelona, buscando una vida propia en la ciudad que empezaba a crecer y rugir.

Y allí conoció al que sería su marido, un hombre delgado, apuesto, de manos ásperas y mirada clara, que hablaba de justicia como si fuera un pan repartido entre todos. No empuñó un fusil durante mucho tiempo: su lucha fue también la de las ideas, en aquellas calles donde el trabajo y la esperanza se mezclaban con los gritos de un tiempo convulso. La Guerra Civil los alcanzó allí, en la ciudad, con sus sirenas y sus apagones, con el hambre que no entendía de bandos. Flora lo acompañó con la misma entereza con la que su madre había sostenido a Pedro y a Tomás en su partida: sin lágrimas, porque las lágrimas son un lujo en tiempos de guerra. De aquel amor nació un hijo: Luis, mi padre, en enero de 1938. Apenas unas semanas después, Barcelona empezó a sacudirse con bombardeos aéreos. Las sirenas aullaban sobre una ciudad de sótanos y apagones, y Flora comprendió que un recién nacido no podía crecer así. Cuando en marzo de 1938 los ataques se hicieron insoportables, tomó una decisión que la marcaría para siempre: enviar a su hijo a Galicia, a la aldea que había dejado atrás, para protegerlo de la guerra. Luis creció a salvo entre montañas, mientras Flora resistía en Barcelona con su marido, compartiendo escasez, miedo y silencios.

Al terminar la guerra, él intentó huir a Francia, pero fue detenido en la frontera y pasó años encerrado en Melilla. Para Flora, aquella ausencia fue una viudez anticipada. Y cuando regresó, nada era igual: había vuelto, sí, pero con la mirada de quien ha visto demasiado. El miedo, la derrota y la dictadura habían levantado muros invisibles.

Cuando la posguerra empezó a dar un respiro, Luis volvió a reunirse con su madre en Barcelona. Adolescente ya, regresó a la ciudad que lo había visto nacer, y aquel regreso cerró el círculo: el niño refugiado volvía convertido en muchacho, y con él se reanudaba la vida interrumpida por las bombas.

Flora, envejecida por las pérdidas, recuperaba al hijo al que había protegido a costa de su propia soledad.

En esas noches, cuando arrullaba a Luis en la memoria y no en sus brazos, juraba en silencio que la memoria no se perdería. No solo la memoria de Galicia y de Pedro y Tomás, sino también la de aquel hombre que se había marchado y que había vuelto distinto.

Los años pasaron, y Flora fue testigo de cómo la familia crecía al otro lado del océano. Sabía de los cañaverales de Cuba, de las fábricas de São Paulo, de los hijos de su tío que incluso habían llegado a Nueva York. No lo veía con sus propios ojos, pero lo imaginaba con tal fuerza que era como si hubiera viajado con ellos.

Al envejecer, Flora no se convirtió en matriarca de multitudes, sino en guardiana de silencios. En su casa se guardaban cartas dobladas, fotografías, noticias sueltas. No tenía la voz de los discursos, pero sí la fuerza de quien ata los hilos dispersos. Cada palabra que recibía la repetía, la memorizaba, la hacía suya. Si alguien olvidaba, ella recordaba. Si alguien callaba, ella nombraba.

La voz de Flora no era estruendosa. Era un murmullo constante, como el de los pantanos y ríos que corren en Chandrexa. Pero gracias a ese murmullo la memoria familiar no se perdió. Ella supo que Pedro había levantado una gran familia en Brasil, que Tomás había mezclado su sangre con la de Esmeralda y que de esa unión había nacido una rama fuerte y mulata. Supo que en América del Norte algunos habían llegado muy lejos, y que en São Paulo otros habían hecho de la educación su bandera. Supo, sobre todo, que en cada rama seguía latiendo el mismo pulso.

Cuando miraba hacia atrás, Flora veía tres paisajes: el monte gallego, con la cicatriz de la muerte de su madre; la Barcelona en guerra, con sus sirenas y

sus cartas; y la memoria americana, hecha de relatos que viajaban en papel y en voz. Ella era el hilo que unía esos tres mundos.

En sus últimos años, se convirtió en la guardiana absoluta. No había reunión familiar sin que aparecieran sus recuerdos. No había carta sin que pasara por sus manos. No había silencio sin que ella lo llenara con memoria. El reloj de Chandrexa, aquel tic-tac antiguo, lo escuchaba aún dentro, como si el tiempo entero le hablara solo a ella. Flora sabía con certeza que no todo se pierde. Su voz, humilde y persistente, había atado Galicia, Cuba, Brasil y Estados Unidos en una misma trama. Y aunque la casa quedara en silencio, aunque las cartas amarillearan, la familia seguiría latiendo en cada generación.

Porque la voz de Flora, al final, era más que voz: era memoria, era raíz, era el pulso del reloj que nunca dejó de sonar.

La voz que mantuvo viva la historia para los que venimos detrás

Flora con su familia.

Archivo familiar / Arquivo da família / Family archive.

VERSÃO EM PORTUGUÊS

À minha vovó Flora.

Aos meus primos da América, que abriram para mim as portas da nossa memória compartilhada.

À Arlete, que com a foto do relógio do tio Pedro me mostrou o símbolo que pulsa nestas páginas, e à Bete, que junto com ela manteve vivo o laço com São Paulo.

À Sara, que descanse em paz, cuja voz foi o primeiro fio desta história, e à Florisa, que continuou esse mesmo tecido de cartas e lembranças desde o Brasil.

À Iracema, com quem começaram minhas cartas, e à Gilda, à Nadir e à Lisa, que continuam tecendo pontes através de continentes.

Ao Dominic, que desde Washington me lembrou que até o ramo mais humilde pode tocar o horizonte do mundo.

Aos meus irmãos, e em especial à minha irmã Carmen, pelo laço único que sempre a uniu à nossa vovó Flora.

À minha sobrinha Judith e à minha amiga Laura, pelo seu olhar atento, pelas suas ideias e pela ajuda em dar forma e estilo a estas páginas.

E a todos os galegos que um dia partiram, levando na mala fome e esperança, e que deixaram atrás de si uma floresta humana que ainda cresce.

Este livro é para eles, e para todos os que continuam ouvindo, em sua memória, a batida do relógio.

SINOPSE

No início do século XX, em Chandrexa de Queixa, dois homens iniciam uma viagem que marcaria toda a família: Tomás e seu tio Pedro. Juntos cruzam o oceano rumo a Cuba, onde descobrem a dureza dos canaviais, dos incêndios e dos furacões. Unidos pelo trabalho e pela esperança, decidem dar mais um passo e partir para São Paulo, levando consigo um velho relógio que se tornaria símbolo da memória familiar e testemunha do cruzamento de sangues que marcaria seus descendentes.

Enquanto isso, Flora, a irmã de Tomás, permanece na Galícia até que a vida a conduz a Barcelona, onde o estouro da Guerra Civil a surpreende de cheio. Dali, entre cartas e silêncios, ela se torna a guardiã da memória: a voz que ata o passado galego à nova vida americana.

O Pulsar do Relógio é a história de uma família dividida pelos oceanos e pela história, mas unida por um mesmo pulso. Um romance sobre emigração e sobrevivência, sobre raízes e misturas, onde o tempo pulsa em cada carta, em cada travessia e em cada lembrança que resiste a morrer.

Capítulo 1 – Casteligo, as raíces

A cozinha respirava fundo antes do amanhecer. A fumaça subia cansada pela boca da lareira e ficava um tempo no teto, como se também duvidasse se ia embora ou se ficava. Na parede, alto e sério, o relógio -um guardião de madeira escura com batida própria- media o tempo da casa em Chandrexa de Queixa. Tic. Tac. Tic. Tac. Para Flora, que ainda era pequena, aquele som parecia a voz de um animal antigo que guardava segredos: a farinha na masseira, as mãos da mãe, o cheiro do caldo, o riso abafado do tio Pedro quando chegava de noite e falava em sussurros.

Indalecia ia e vinha com o avental de linho já sem branco, mexendo panelas para não chorar. Havia amassado pão ao amanhecer, porque amassar acalma, e a calma é uma forma de coragem. Na mesa deixou uns pedaços de queijo duro e um jarro de leite morno; sabia que os homens que partem comem pouco, como se o estômago, de pura pena, fizesse greve.

Pedro, o mais velho, irmão de Indalecia, tinha os olhos de quem já viu demais para a idade. Não era só a pobreza -essa todos conheciam bem-, era algo mais: a convicção de que o mundo se encurvava além daquelas montanhas e que ficar era outra forma de se perder. Tomás, filho de Indalecia e irmão de Flora, ainda moço, tentava endireitar os ombros como um adulto; conseguia mais ou menos. Mantinha o olhar baixo, com

aquela mistura de medo e fome de futuro que só entendem os que estão prestes a cruzar um mar sem saber nadar.

-Em Cuba tem trabalho -disse Pedro, sem teatralidade-. Cana de açúcar. Sol que queima. Dinheiro que chega em carta.

Indalecia assentiu pela metade. “Dinheiro em carta” eram palavras aprendidas de cor em Chandrexa, como o Pai-Nosso. Mas havia outra oração que ninguém dizia em voz alta: “Volta.”

Flora observava os gestos: a mão da mãe que alisava a toalha mesmo sem dobras, a unha de Pedro com um pequeno arranhão, o tremor secreto na perna de Tomás debaixo da mesa. Os segredos não estão nas frases, pensou sem saber pensar, estão nos corpos.

-Dizem -ousou Tomás- que os que voltam, voltam com sapatos de verniz.

Pedro sorriu sem dentes, um sorriso que não era troça nem ternura, apenas a verdade despenteada:

-Sapatos eu não sei, rapaz. Mas se voltarmos, voltaremos outros.

O relógio marcou a hora com uma pancada que pareceu mais grave do que o costume. A Flora deu por imaginar que aquele relógio sabia coisas. Que já tinha visto fugas e regressos, emboscadas e casamentos, e que agora vigiava a cena como um notário de madeira.

Na taberna ao lado, a voz dos homens fora um rumor a semana inteira. Uns diziam que partir era traição aos mortos; outros, que ficar era condenação para os vivos. Chandrexa de Queixa era uma crosta de pedra no meio da serra, com casas que se inclinavam a favor do vento e galinhas que não sabiam que o mundo continuava além do vale. Na missa de domingo, o padre disse o de sempre, com um ponto novo: “Filhos, os caminhos do Senhor são insondáveis; guardai a fé e Ele guardará o vosso retorno.” Ninguém olhou para ninguém, mas todos sabiam a quem se

dirigia a frase.

Indalecia, porém, guardou silêncio. A fé das mulheres da aldeia era outra coisa: não tinha discursos; parecia-se mais em acender brasas quando a lenha está molhada.

A casa se encheu naquela tarde de visitas breves. Vizinhas que traziam ovos, um pedaço de pão, um lenço com uma estampa costurada. Bênçãos baixas para que o diabo não ouvisse. A Pedro deram tapas nas costas que soavam a despedida; a Tomás bagunçaram o cabelo como a um menino que vai para o seminário.

Flora ficou com umas palavras de Indalecia que nunca conseguiu esquecer, embora naquela hora não as entendesse por completo. Disse-as numa voz tão pequena que parecia um pensamento:

-Quando um filho parte, a casa fica com o cheiro dele.

Flora então cheirou a casa: pão, fumaça, lã molhada, sopa de couve, mãos de mãe, medo.

A manhã da partida amanheceu limpa, com um sol honrado que não fazia promessas. O caminho de carros dançava com sombras de eucalipto e pó. Um burro cansado puxava uma carroça onde viajavam duas malas que não eram malas: caixotes amarrados com cordas, um cobertor, uma camisa de domingo, um canivete bom, um caderno, uma estampa da Virgem e o endereço de um homem de Ourense que “conhecia um” em Havana. As malas de verdade vinham depois, no navio; as da aldeia eram sempre mais leves: apenas continente para a coragem.

Pedro, antes de fechar o caixote, guardou embrulhado num pano o coração de um relógio de parede que pertencera ao pai: o pêndulo, os pesos, as entranhas de ferro. Não era o guardião grande da cozinha -esse ficava na parede, marcando a vida da casa-, mas aquele mecanismo

pulsava com a mesma obstinação. “Para não perder de todo a hora da aldeia”, murmurou. Nesse pulsar levava também um pedaço da irmã e da sobrinha. No Brasil, aquele coração acabaria ganhando madeira e sino novos, mas seguiria sendo o mesmo relógio.

Os vizinhos andavam em pedaços, agrupados e soltos, com os olhos úmidos. Rezavam terços aos tropeços. Às vezes alguém cantava baixinho uma cantiga de partida; às vezes, o silêncio era um bicho que caminhava à frente e ninguém queria pisar.

Indalecia caminhava ereta. Levava Flora pela mão como se a mão fosse um fio que, se se soltasse, descosturava o mundo. Não chorava. Ardía-lhe a garganta, sim, mas a dor na Galícia sabe esperar a noite para sair de mansinho.

Numa curva onde o vale se abria como uma taça, Pedro parou. Olhou para trás. Lá estavam Chandrexa de Queixa, seus telhados de ardósia, a fita cinza do rio, os campos como livros abertos que ninguém terminava de ler. Fez o sinal da cruz sem teatralidade e pôs-se a andar de novo. Tomás o imitou um segundo depois, com a desajeitada pressa de adolescente. Flora, muito séria, imitou os dois.

O relógio, da parede, continuou guardando a casa. Ninguém o ouviu ali no caminho, mas se o tempo tem memória, naquela manhã lhe deu um nó na garganta.

Vigo cheirava a sal e a carvão, uma mistura de mar velho e máquina nova. O porto se movia como um animal gigantesco: guindastes que rangiam, marinheiros que gritavam ordens em idiomas que não eram da aldeia, malas batendo umas nas outras, o choro de um bebê, o grasnar obstinado de uma gaivota que não sabia de geografia.

Os navios esperavam de frente, com a arrogância de ventres cheios que

sabem que guardam a esperança de muitos. No Escritório do Consulado, um funcionário de bigode interminável carimbou um selo com desânimo cerimonioso. Às vezes a história entra no futuro pela porta pequena de um selo burocrático.

-Nome -perguntou sem levantar os olhos.

-Pedro Rodríguez.

-Tomás Fernández.

-Destino.

-Havana primeiro. Brasil depois.

Disse como quem repete uma fórmula sabida, um destino escrito em papéis mais do que em certezas. O Brasil ainda era uma palavra distante, não um plano.

O funcionário suspirou por costume, como se carregasse todos os destinos do mundo.

Indalecia esperou do lado de fora com Flora. Viu seus homens saírem com os papéis dobrados ao meio, guardados no interior do paletó como quem guarda uma carta de amor. Não disse nada. Pôs uma mão no braço de Pedro. Depois na face de Tomás, com um gesto de mãe que abençoa sem pedir licença.

-Escrevam -disse-. Nem que seja só para dizer “estou”. Pedro inclinou a cabeça.

-A carta demora -avisou Tomás, como se pedisse desculpa antecipada. -A carta demora -repetiu Indalecia-, mas chega.

Chegou a hora de subir a passarela. O navio respirava fundo, soltando nuvens de fumaça preta como pensamentos ruins que alguém decide não pensar. A madeira se queixava com um gemido velho. Um marinheiro disse “depressa” sem maldade e com rotina. Os viajantes obedeceram;

ninguém discute com quem conhece os nós do mar.

Pedro abraçou a irmã demoradamente, com uma força medida para não quebrá-la. Tomás se inclinou para beijar Indalecia na testa. Ela cheirava a pão e a fumaça; ele, a sabão de domingo. Flora arregalou os olhos e acreditou ver, por um momento, que o navio era uma fera de lombo alto onde os homens desapareciam e voltavam mudados, com outra pele.

-Tio -disse-, os navios têm memória?

Pedro parou um instante.

-A memória está nas casas, rapariga -respondeu, olhando para uma parede invisível onde, muito longe, um relógio marcava as horas-. E nas mulheres.

O sino do navio repicou com um som que parecia atravessar a tarde como uma agulha. A sirene lançou um bramido que mexeu no peito dos presentes. Houve um tremor de lenços no ar, uma chuva de nomes, um catálogo de promessas ditas depressa para que não se esquecessem. “Voltarei.” “Te escreverei.” “Reza.” “Cuida da casa.” “Cuida da Flora.”

As amarras caíram como cobras cansadas. O navio começou a se afastar do cais com a majestosa parcimônia do inevitável. A cidade ficou para trás, preciosa de luzes e telhados, como um desenho que não se pode arrancar da parede sem rasgá-lo. Indalecia apertou a mão de Flora até que a menina sentiu um pouco de dor. Ninguém disse nada por um bom tempo.

Quando o navio já era tão pequeno que parecia um brinquedo, Indalecia ergueu os olhos e, pela primeira vez, deixou cair uma lágrima grande, única, como uma pérola que se decide. Não houve choro. Apenas aquela lágrima que lhe fez uma risca limpa na face. Depois a enxugou com o dorso da mão, se recompôs por dentro e disse:

-Vamos para casa.

A volta foi mais silenciosa. O caminho parecia outro, como se tivesse se esticado um pouco. As gentes que desciam ao porto cruzavam-se com as que subiam, e o cumprimento era um gesto de cabeça que significava: “Os meus partem, os teus voltam, ou o contrário.” No alto onde o vale se abria, Flora virou-se por instinto: ao longe, o mar era uma prata retangular debaixo do céu. Parece-lhe ter ouvido -não se sabe se no peito ou na memória- o tic-tac do relógio.

Quando empurraram a porta, a casa os recebeu com o mesmo cheiro de sempre. A madeira rangeu como uma avó que muda de posição. O relógio seguia ali, em seu lugar de parede antiga, com sua cara redonda e seus ponteiros cansados. Indalecia se aproximou, apoiou os dedos na caixa e disse bem devagar, como quem fala a um animal querido:

-Você e eu, a guardar.

O relógio marcou a hora, obediente e solene. Em Chandrexa de Queixa, o tempo ficou com elas. Do outro lado do mar, esperavam o sol dos canaviais, o vapor dos engenhos e o pulsar novo de Havana. Mas essa é outra música. E começaria a soar na primeira carta.

Capítulo 2 – Havana

"Querida irmã,

Escrevo-te de um café da cidade. Aqui há homens que emprestam pena e papel aos que, como eu, não sabemos dar forma às letras. As palavras são minhas, mas outra mão as escreve. Imagina o calor, irmã: como se na pele ardessem brasas, e o suor não refrescasse, mas queimasse ainda mais. Chegamos bem, embora cansados. Tomás está ao meu lado e não me larga: vamos juntos a tudo. Embora o trabalho seja duro, diz que aguentará. Aqui nos tratam como a bestas, mas a terra é fértil, e os que resistem dizem que poupam. Não chores por nós. Se Deus permitir, logo chegará dinheiro.

Teu irmão, Pedro."

O porto de Havana era um rugido de vozes, um mar dentro de outro mar. Ao descer a escada, Tomás cobriu o rosto com a manga: o ar tinha um peso desconhecido, cheiro de rum, de tabaco, de sal, de corpos suados. Pedro o empurrou suavemente pelas costas.

-Anda, rapaz, já chegamos.

A cidade era um enxame. Ruelas estreitas, varandas com roupas estendidas, mulatas com lenços coloridos que riam com dentes de nácar. Carros velhos que rugiam como feras metálicas e carroças de bois que

pareciam vir do mesmo século que Chandrexa.

Levaram-nos a um barracão de engenho de açúcar, a várias horas da cidade. Ali cheirava a melaço e a cansaço. Camas de madeira, mantas ásperas, homens de todas as partes: galegos, canários, asturianos, negros, jamaicanos. Um mosaico de línguas que se confundiam na penumbra.

O primeiro dia no canavial foi um batismo. O sol caía como chumbo líquido, as folhas de cana cortavam a pele como lâminas, e o facão parecia pesar o dobro a cada hora. Tomás abriu um talho na palma; Pedro amarrou-lhe um trapo com firmeza e seguiu trabalhando sem olhar para trás.

-É o que há -disse entre dentes-. Se parares, morres de fome.

As jornadas começavam antes da alvorada, com um assobio do capataz, e terminavam quando o céu se tingia de vermelho. O açúcar grudava na pele como uma segunda crosta. À noite, no barracão, as vozes buscavam consolo em cantos. Um galego de Lugo entoava coplas de aldeia; um negro velho, um son que falava de mares e correntes.

Tomás escutava de olhos abertos. Às vezes sonhava com Chandrexa e o rio frio, com o relógio marcando as horas na cozinha. Outras vezes sonhava com sapatos de verniz que nunca chegavam. Pedro, em troca, guardava silêncio e fazia contas na cabeça: trabalhar, poupar, mandar dinheiro a Indalecia e, quando fosse possível, atravessar para o Brasil. Mas tudo, sempre, com Tomás ao lado.

A primeira carta foi um ato de fé. Pedro ditava devagar, como quem reparte pedras num caminho. O escriba, um mulato de bigode fino, escrevia com pena rápida num papel amarelado. Tomás olhava fascinado como nasciam as letras que ele não sabia traçar; prometeu aprender a decifrá-las, nem que fosse à força de paciência.

-Tem certeza que chega até a Galícia? -perguntou, incrédulo.

-Certeza -respondeu o escriba, sorrindo-. O mar leva cartas como leva homens. Demora, mas chega.

Nessa noite, enquanto o candeeiro apagava seus últimos tremores, Pedro se deitou na enxerga com a tranquilidade de ter deixado uma marca no ar. Flora leria aquelas palavras algum dia; se não, alguém as leria para ela. Indalecia poria a carta junto ao relógio. E embora estivessem a milhares de léguas, o tic-tac seria o mesmo.

O canavial virou costume, e o costume virou rotina. Mas no fundo de Pedro, a ideia do Brasil crescia como semente. O que em Vigo soara a simples horizonte de consulado, em Cuba começou a tomar corpo. Ali o Brasil deixou de ser palavra e virou projeto.

Não era uma fuga solitária, mas um rumo partilhado: quando chegasse o momento, atravessariam juntos. E Tomás, cada vez mais curtido, começava a entender que a juventude lhe estava ficando curta: logo seria um homem feito de cana, suor e silêncios.

Um dia, ao olhar para o horizonte, viu o sol cair sobre o mar como uma poça de fogo. E no reflexo acreditou adivinhar um navio. Não sabia se vinha ou se ia. Mas soube, sem dizer, que a sua viagem ainda não tinha terminado.

Capítulo 3 – A safra

O primeiro amanhecer em Cuba pareceu a Tomás uma faca quente. Não era a luz de Chandrexa de Queixa, filtrada por castanheiros e névoas, mas sim um sol que entrava a passos largos por qualquer fresta e enchia tudo de um cheiro adocicado, quase pegajoso, como se o ar tivesse sido cozido com açúcar e sal marinho. No barracão, os homens despertaram com o golpe seco de uma tábua contra a porta: “¡Arriba, galegos! ¡A cortar!”. E o capataz, com chapéu de yarey e um chicote curto enrolado no pulso, repetiu em voz mais baixa, ao ouvido de quem se movia devagar: “Aqui você vai dormir quando morrer”.

Tomás apalpou o chão, procurando às cegas o facão que lhe haviam dado na tarde anterior. Pesava como uma promessa e como uma ameaça. Levou-o ao ombro com desajeito, igual tinha visto os veteranos fazerem, e saiu ao pátio aberto, onde o calor já trabalhava como um animal faminto. Em fila, os levaram por um caminho de terra vermelha até a beira do canavial. O mar ficava às costas, invisível mas presente, com seu rumor delator, como se alguém amassasse sem descanso um papel gigante.

-Aqui não é preciso pensar -disse o capataz-. É preciso cortar. Um… dois… três… ¡e no chão!

O canavial era uma parede viva que lhes fechava o mundo. Os talos, mais altos que um homem, estalavam ao menor roce, e as folhas arranhavam a

pele com um fio teimoso, de papel armado. O suor começou a escorrer pela nuca antes do primeiro golpe. Tomás ergueu o facão e o deixou cair; o aço entrou rompendo fibras que gritavam sem voz. Outra vez. E outra. Ao quinto golpe, o pulso ardia; ao décimo, o ombro; ao vigésimo, já não sabia se a dor era dele ou da ilha.

Trabalhavam em pares. A Tomás coube um mulato silencioso apelidado Candela, nascido em Matanzas, que não desperdiçava uma sílaba. Candela marcava o ritmo com uma música que era sua respiração: “há… há… há…”, e cada “há” era um corte limpo. Às vezes cantarolava um canto baixinho, algo que parecia lamento e desafio ao mesmo tempo, e o facão obedecia a essa melodia. Tomás, ofegante, tentava acompanhá-lo.

-Não se apresse, galego -murmurou Candela, quando o viu afrouxar-. A cana é mestra. Primeiro bate. Depois ensina.

Tomás engoliu saliva, engoliu açúcar no ar, engoliu raiva e seguiu. Lembrou-se de Indalecia, sua mãe, pondo a mão em sua testa na noite antes do embarque. “Não esqueça os teus, neno. Não esqueça de ti.” Pensou em Flora, sua irmã, ainda menina então, correndo atrás do trem que levava cartas a Ourense. Essa lembrança lhe deu um golpe de força; a cana caiu com um estalo e enfim puderam amarrar o primeiro feixe. Tomás soltou um resfolego que pareceu um riso: ele também podia aprender o idioma daquela planta interminável.

O sol subiu, e com ele o zumbido dos insetos e a febre do ar. Ao meio-dia, chamaram-nos com um apito e os fizeram sentar sob uma ceiba discreta, única sombra generosa em léguas. Repartiram água morna e um guisado gorduroso com arroz. Ninguém se queixou. Candela tirou do bolso da camisa um saquinho de juta com grãos torrados; moeu-os entre duas pedras e verteu o pó num jarro com água. Café bravo, sem açúcar.

-Para o facão não dormir -disse, passando o jarro a Tomás-. Aqui, se o facão dorme, o chicote acorda.

Tomás bebeu. O amargor lhe acordou lembranças que voltaram como pássaros: o cheiro da lenha úmida na cozinha de Chandrexa, a voz do avô contando do lobo nos montes, Indalecia rezando por ele com os punhos cerrados, como se batesse a uma porta que Deus não abria. Atrás dessas lembranças caminhava outra, teimosa e brilhante: um relógio velho, o relógio que Pedro -o tio que já então sonhava com o Brasil- tinha mostrado numa tarde, prometendo mundos. "Cada tic-tac é uma passagem", dissera. Tomás, com os lábios manchados de café, sorriu de leve. Ali, cada tic-tac era um golpe.

A tarde trouxe a primeira lição de perigo. O vento virou do mar e alguém, a dois lotes de distância, ateou fogo aos restos secos para limpar a faixa cortada. Era prática da safra: fogo controlado, diziam. Mas o vento decidiu outra coisa. A chama se esticou como se lembrasse que também podia correr. Em segundos, o rumor do canavial mudou: deixou de ser sussurro para virar uivo.

A fumaça saltou as cabeças; as fagulhas começaram a picar como vespas. O capataz gritou: "¡Atrás! ¡Atrás!". E então se ouviu um grito distinto, um alarido que não sabia o caminho do corpo.

-¡Socorro! -era um rapaz, não devia ter mais de dezessete anos-. ¡Meu pé! Caíra numa vala escondida e o talo ardente lhe caíra em cima. Ninguém se mexeu a princípio. A chama crescia e devorava. Candela soltou uma blasfêmia e correu em direção ao grito. Pedro foi atrás, e Tomás atrás de Pedro, sem pensar. O calor lhes lambia os braços com língua de vidro. Candela pôs o rapaz no ombro, Pedro abriu caminho, Tomás ergueu talos em chamas com os antebraços e abriram passagem a golpes entre canas

acesas que estouravam com um som de ossos.

Saíram para a faixa limpa deixando um rastro de fumaça e cabelo chamuscado.

O capataz chegou ofegante, furioso e aliviado. Olhou para Candela, olhou para Pedro, olhou para Tomás, olhou para o rapaz.

-Vivos -disse, como quem dá uma cifra, não uma bênção-. Vivos.

Suficiente.

Naquela noite, no barracão, o rapaz dormia com um trapo embebido em rum sobre o tornozelo. Alguns homens falaram demais, com risadas tortas pelo susto. Tomás, deitado, ouviu a ilha respirar. Lá fora, a lua fazia um caminho leitoso sobre o pátio empoeirado. Candela, na rede ao lado, tirou uma gaita de boca. Soprou baixinho, deixando cair uma melodia que cheirava a porto e a despedida.

Alguém pigarreou, outro bateu ritmo com os nós dos dedos na madeira, e assim, sem plano, apareceu uma canção, metade pregão e metade oração. Tomás murmurou o nome da mãe e o de Flora e prometeu em silêncio encontrar alguém que pusesse por escrito o que ele não sabia escrever.

As cartas demoravam a cruzar o mar, mas chegavam. Duas semanas depois, o capataz distribuiu três envelopes manchados de viagem. Um trazia escrito com mão trêmula: “Para Tomás Fernández – Engenho São José”. A letra era de Flora, ainda insegura. Tomás foi decifrando aos trancos, com Candela ajudando nas palavras mais rebeldes.

“Tomás -dizia-, mamãe reza por você todas as noites. Eu aprendo a costurar melhor. O padre perguntou por você. Dizem que em Cuba as noites são como brasas. Não se queime. Dizem que Pedro cuida de você. Escreva.”

Tomás fechou os olhos apoiando a carta no peito. O barracão parecia um

navio encalhado, e aquelas linhas eram brisa.

A rotina se cravou como uma estaca: amanhecer de faca, cana, água turva, suor, bolhas que viravam couro. Houve dias de tormentas breves que estouravam sem aviso e deixavam o ar lavado, e dias de sol implacável que fazia acreditar que o mundo era um forno. Houve um domingo à tarde em que os deixaram descer ao povoado. Os barris de melaço esperavam como animais adormecidos. Havia risos, cheiro de fritura e um tambor surdo que vinha dos pátios. Um grupo de mulheres dançava um son que Tomás não conhecia; uma delas, de lenço vermelho, piscou-lhe um olho sem pudor e lhe estendeu a mão.

-Dança, galego?

Tomás, que na Galícia tinha dançado muiñeiras desajeitadas em casamentos com gaitas quebradas, aceitou. Os pés aprendiam rápido quando o corpo queria esquecer a dor. Pedro ria encostado ao batente, com um copo de rum que lhe dava brilho nos dentes.

-Olha como vai ligeiro, Tomás -gritou-. A ilha está te adotando.

-Ou eu é que estou adotando ela -respondeu Tomás, sem saber de quem era aquela ousadia.

Nessa noite, o riso durou até voltar o silêncio. No catre, o teto de latas era um mapa de estrelas falsas. Pensou em Pedro e em sua mania de transformar qualquer objeto em sinal. “Olha este relógio”, dizia, e o pêndulo parecia uma língua que dissesse sim, não, sim, não, dando razão a todos. Ainda estavam os dois em Cuba; os planos do Brasil eram conversa de catre e de domingo. A ideia entrou em Tomás pelo lado. Não doía. Coçava.

Houve também discursos. Um administrador do engenho, com sotaque peninsular e colete apertado demais, reuniu os peões numa quinta-feira

para falar de contratos e de avanços e do “progresso que entre todos construiremos”. Candela, do fundo, mascou um “isso dizem todos” que soou como comentário à história inteira. Tomás não falou, mas sentiu o estalo de uma verdade: em Cuba trabalhava por dois, mas o sonho que o trouxera era maior do que um papel assinado.

Às vezes, à noite, um pregador passava pelo barracão. Levava uma Bíblia em inglês com bordas douradas e dizia “irmão” com uma cadência que não era espanhola. Falava de libertação, de atravessar mares interiores, de uma luz que não cega. Alguns riam; outros assentiam de olhos fechados. Tomás ouviu uma vez, sem se comprometer, mas uma frase lhe ficou cravada: “Onde está o teu tesouro, aí estará o teu coração”. E se perguntou, sem confessar, onde estava o seu: se na terra vermelha que grudava nas botas, no mar que prometia rotas, ou na aldeia que lhe emprestara o nome e os ossos.

A aventura -porque aquilo era, à sua maneira brutal- teve seu marco quando o engenho recebeu a notícia de um furacão que vinha girando do leste. Os velhos do lugar deram nome antes que os jornais. “Esse traz veneno”, disse um negro velho com cicatrizes nos antebraços. Pregaram tábuas, reforçaram telhados, amarraram barris. O céu mudou de cara em uma hora: ficou verde, como água prestes a apodrecer. O vento entrou primeiro como ladrão, tateando, e depois como exército.

Os barracões estalaram. O canavial se dobrou como se fizesse reverência irônica. Pedro e Tomás, com outros cinco, se amontoaram contra a porta para que a rajada não a arrancasse. Cada tábua virou uma pergunta. O teto voou num canto, entrou água em diagonal, as redes dançaram sem graça. Alguém começou a rezar. Tomás apertou os dentes. Por um momento, pareceu-lhe ouvir o pêndulo do relógio entre o uivo do vento, teimoso no

meio do caos.

Quando passou, a ilha ficou como depois de uma má festa. O mar empurrara seu hálito até o povoado. Havia canas tombadas, poças que queriam ser lagoas, uma barca de pescador no meio do caminho. Os homens saíram a ver o estrago com aquela mistura de alívio e cansaço que deixa a desgraça evitada por pouco. O capataz, mais humano por alguns minutos, disse “obrigado” sem decidir a quem.

Naquela noite não houve gaita. Houve silêncio. Um silêncio grosso, de templo. Tomás ditou a Candela -que sabia juntar letra clara- uma carta longa. Contou do fogo, do rapaz, da dança, do furacão. Não enfeitou. Não era preciso. Ao final pôs: “Mamãe, Flora, não temam. Caio e me levanto. Não me apaga o ânimo. Aprendo o ritmo desta terra, mas meu coração não esquece de onde vem”. Dobrando o papel, pensou que cada palavra era uma corda estendida entre ilhas.

Nas semanas seguintes, a safra se acelerou como se quisessem vencer uma corrida contra o tempo. Cortaram cana tombada, refizeram sulcos, trabalharam à luz de lampiões. Candela lhe ensinou a afiar o facão com uma pedra que parecia ter sido rio. “O fio é paciência”, dizia. E Tomás, que sempre fora mais músculo que cálculo, começou a entender a geometria do golpe, o ângulo que poupa tendões, a energia que viaja do ombro ao pulso sem desperdício. Esses aprendizados lhe deram um orgulho novo: não o de quem se gaba, mas o de quem já não se ajoelha diante do desconhecido.

Um meio-dia, no cais do engenho, chegou um cargueiro com bandeira estranha. Trazia sacos, peças de ferro, notícias mal dobradas. Trazia também um galego velho, de barba que parecia feita de fios de tabaco. Chamava-se Bieito e vinha de uma serraria em Cárdenas. Trazia histórias

como quem traz pão. Falou de homens que tinham cruzado ao Brasil em busca de fábricas e de solos menos sangrados, de São Paulo e seu formigueiro de gente. Não jurava nomes, mas dizia que os teimosos -como Pedro- sentiam ali uma segunda oportunidade.

Ao ouvir aquilo, Tomás sentiu algo parecido a uma badalada.

-De verdade? -perguntou, quase interrompendo.

-De verdade -disse Bieito-. Mas a viagem não perdoa os que vão divididos. É preciso ir juntos.

Tomás não soube se rir ou chorar. O que soube foi que a aventura tinha outro capítulo escrito na tinta que acabava de se abrir no peito. Cuba estava os temperando; o Brasil os esperava. Juntos.

Ao amanhecer, um trovão distante fingiu tempestade, mas era um navio apitando ao fundo. Candela se levantou, esticou as costas e lhes lançou um olhar que sabia mais do que dizia.

-Quando forem embora, galegos, avisem. Não é de bom amigo desaparecer.

-Avisaremos -disse Pedro.

-E voltaremos se for preciso -acrescentou Tomás.

-Não é preciso. Cada um encontra seu caminho -respondeu Candela, voltando ao facão-. Mas deixem aqui uma canção.

Tomás assentiu. Ergueu o facão mais uma vez e, ao deixá-lo cair, o golpe teve a cadência de um adeus que ainda não é despedida. A safra seguiu seu curso, mas em Pedro e Tomás já começara a travessia seguinte.

Cuba, com seu calor aceso, com seu açúcar grudado na língua, com seu furacão nos ossos, ficaria neles como marca. E, no entanto, o mundo era maior que um canavial. Havia cartas ainda não escritas, mares por cruzar, e o mesmo relógio que Pedro levava embrulhado numa manta -quando

chegasse o dia- soaria diferente se entrassem pela porta os dois.

Capítulo 4 – Motim no navío

O embarque no cais foi como voltar a passar por um mesmo sonho com outra pele. Onde antes houve curiosidade, agora havia cansaço; onde houve vontade de contar tudo, agora guardavam silêncio. O mar respirava fundo, e o navio respondia com um gemido de madeira que parecia velho mesmo quando calava. Pedro enfiou a mão no fardo para apalpá-lo: ali estava, envolto em uma manta de lã, o relógio. Apertou-o por um segundo, como quem toca uma porta antes de partir. Tomás o olhou sem perguntar; aprendera que certas coisas não se dizem em voz alta porque têm seu próprio ruído.

Subiram ao ventre da nave por uma passarela que cheirava a sal e a ferro molhado. Os homens entravam em fila, com trouxas de tamanhos impossíveis, com cartas dobradas nos bolsos e promessas guardadas entre os dentes. No interior, a luz se tornava suja, grudada na fumaça e no bafo. O porão onde os acomodaram era um retábulo de sombras: cordas tensas como veias, redes tristes, bancos de madeira com farpas que pareciam dentes. O navio se pôs em marcha como quem aceita uma sentença.

Os primeiros dias foram um novo aprendizado do corpo: comer na hora dos outros, dormir às costas dos outros, urinar com pudor emprestado, aguentar o balanço que apagava o chão. A água se repartia medida; o pão, também. O ar se adensava à noite e ficava na língua aquele amargor de

metal que ninguém sabia de onde vinha.

Tomás, encaixado numa rede que rangia, adormecia aos trancos, pensando no canavial que deixara para trás e num país que ainda era uma palavra grande. Pedro, deitado mais abaixo, contava tempos: quantos dias de mar, quantas rações, quantas cordas sustentam uma vela. As cartas de Cuba iam com eles. Pedro as guardava no mesmo fardo onde dormia o relógio, embrulhadas em um pano limpo. Muitas noites, quando o rumor do navio parecia a reza de alguém cansado, Tomás pedia: “Leia, tio”. Pedro as tirava com cuidado e ia decifrando em meia voz: palavras de Indalecia de meses atrás, palavras trêmulas de Flora, bênçãos breves.

Tomás olhava a página como se olha um mapa que não se sabe ler e, mesmo assim, encontra caminho. Às vezes pedia repetir uma linha como se fosse um refrão. E Pedro, obediente, dizia de novo, e de novo, até que o navio parecia concordar.

O mar tinha seus humores. Houve dias de azul quase tranquilo, com peixes insistindo na pele da água, e outros em que o vento entrou como bêbado: tropeçando, empurrando, falando alto demais. O navio então se tornava mal-humorado, batia com a quilha como se quisesse voltar atrás. As cordas se tensionavam; os homens também.

Foi numa dessas tardes de vento desordenado que o fio se rompeu. A fila para a comida estava mais lenta, a água chegara morna e curta, e um homem -sem nome- disse “basta” com voz de ferro. Outro repetiu a palavra do fundo, e depois outro; o murmúrio saltou de cabeça em cabeça como faísca busca palha. Alguém bateu um balde com uma colher e aquilo soou a sino. Não havia líder; havia fome e orgulho. “Mais água! Mais pão! Malditos!” As palavras ricochetearam contra a madeira como pedras contra a porta de uma casa fechada.

Pedro se levantou sem pressa e olhou em volta. Tomás já estava tenso, os nós dos dedos brancos. O navio se inclinou, como se chegasse mais perto para escutar. Da escotilha surgiu a sombra dos de cima: botas, vozes treinadas, mãos que conheciam do chicote e da coronha. “Atrás. Aos seus lugares.” Um braço empurrou outro braço e as gargantas viraram rochas. Tomás deu um passo à frente, e Pedro lhe agarrou o ombro com uma força que era carinho e era ordem.

-Não seja o estopim -murmurou.

Mas o fogo já tinha encontrado sua madeira. As mãos buscaram paus, os olhares buscaram aliados. Alguém tentou arrancar um balde; outro puxou uma corda que não devia ser tocada. O navio gritou com um estalo de costelas. Um empurrão tirou Tomás do lugar e o lançou contra um barril; as costas arderam, e o orgulho ainda mais. O sangue, quente, abre caminho sem permissão nessas horas.

Tomás saltou -não pensou-, entrou no redemoinho de homens que empurravam e eram empurrados. Viu de perto um punho alheio, um cotovelo, um dente que brilhou por um segundo, a sombra de um pau erguido.

Pedro abriu passagem como pode um homem no mato fechado: sem pedir licença ao talo. “¡Tomás!” A voz lhe saiu funda. Alcançou o sobrinho justo quando um golpe descia como um galho. Interpôs-se com os dois braços, sentiu a lasca na munheca esquerda, o zumbido surdo que não é dor, é aviso. O pau ricocheteou em seu antebraço; uma onda de fúria alheia quis entrar-lhe nos olhos, mas ele a deixou fora. Segurou Tomás pelo peito e o puxou para a parede do porão, onde a madeira tinha pregos velhos e a sombra sabia guardar.

-Respira -disse-. Respira agora, bate depois.

Tomás arfava, os olhos abertos como se vissem pela primeira vez o mundo escuro. O navio seguiu latejando briga por uns minutos que foram horas. Em cima, a voz de comando cortou o ar em fatias: “¡Atrás! ¡Silêncio! ¡Quietos!” Desceram alguns com paus de verdade e com autoridade que não treme; o ar mudou de cara. A violência, que saíra como besta sem coleira, deixou-se arrastar de volta à jaula a contragosto. Ficaram no chão três homens com sangue na sobrancelha, outra face inchada como pão mal assado, e um silêncio de igreja depois de blasfêmia.

Pedro soltou Tomás sem soltá-lo de todo. “Inteiro?” Tomás assentiu, mordendo o que ia dizer. O olhar buscou os pulsos do tio. O braço esquerdo de Pedro já inchava feio.

-Não é nada -mentiu, com a prática de quem aprendeu a baixar o volume da dor.

O castigo não demorou. Fizeram todos formar no convés, com o vento colando-lhes a roupa ao corpo. Um oficial falou como quem lê salmo de disciplina. “Quem levantar mão contra a ordem conhecerá o ferro.” Escolheram dois para o exemplo e os amarraram ao mastro. As cordas pareciam mãos pacientes; os golpes, frases que não admitem réplica.

Ninguém olhou de frente, porque há coisas que não se devem aprender com os olhos. Tomás apertou a mandíbula até doer; Pedro contou tacões sobre tábua, como se fossem contas do rosário. Quando soltaram os castigados, o navio seguiu viagem com uma dignidade diferente: a dignidade triste das coisas que não podem parar.

Nessa noite, o porão era uma capela sem santo. Ninguém cantou. Ouvia-se os corpos se ajeitando, as tosses, o gotejo de algum balde. Tomás tocou o fardo. “O relógio?” Pedro assentiu. Tirou-o. Mesmo embrulhado, parecia fazer luz. Apoio-o um instante sobre a coxa e fechou os olhos. Não o

penduraram -não havia parede que o merecesse-; bastava tê-lo perto para ouvir sua paciência.

Tomás, já com a respiração mais mansa, disse baixinho:

-Não me solte se eu errar.

Os dias seguintes trouxeram calma de pós-guerra. A distribuição de água voltou à medida mesquinha, mas sem provocação. O pão voltou a ser pão, embora duro. No convés, o horizonte era uma linha de giz sobre o quadro-negro do mundo; às vezes um peixe rompia a lição e todos olhavam como crianças. O braço de Pedro sarou com a lentidão do mar. Tomás o ajudava a enfaixar à noite, e entre volta e volta de pano pedia que repetisse o de Brasil:

-É mesmo para todos?

-Nada é -respondia Pedro-. Mas para os que se empenham, há mesa.

Quando o navio anunciou terra com um bramido longo, ninguém comemorou com gritos. Houve um suspiro geral, como quando termina uma missa de defunto. O cais não era bonito nem feio; era fim. Os homens desceram com cautela: o chão firme parece traição depois de tanto balanço. Pedro carregou o fardo com as cartas; Tomás levou ao ombro o resto da vida.

Antes de dar o primeiro passo naquela terra nova, se olharam por um segundo que será sempre. Pedro pôs a mão boa na nuca de Tomás, apertou o justo e disse:

-Que não se quebre o que levamos dentro.

Caminharam. O sol do Brasil era outro sol; não queimava igual. A cidade respirava diferente, um animal maior, com mais bocas. No rumor da rua, o relógio -embrulhado e quieto- marcava seu tic-tac como um coração de madeira que não se cansa. E embora ninguém o ouvisse, os dois sabiam

que, em algum quarto de São Paulo, algum dia, esse mesmo pulsar penduraria numa parede e faria companhia a suas sombras. Antes, era preciso viver.

Capítulo 5 – São Paulo, cidade de ferro e sonhos

O cais do Brasil não era promessa, era fato. O navio os cuspiu na rua como quem lança sementes sobre pedra. Pedro carregava o fardo com cartas e roupas gastas. Tomás respirou fundo: São Paulo começava ali, num ar diferente, mais denso, que cheirava a ferro e a fumaça. A cidade se erguia diante deles como um animal gigantesco. Nada tinha a ver com os barracões de Cuba nem com as aldeias da Galícia. São Paulo era um enxame de ruídos: bondes rangendo nos trilhos, sinos de igrejas que não se calavam, pregões em sotaques que se misturavam como se quisessem inventar um idioma novo.

Pedro e Tomás caminharam entre a maré de gente. Os vendedores ofereciam frutas que pareciam arder por dentro, tecidos de cores insólitas, facas brilhantes como espelhos. O ar tinha cheiro de carvão e fritura, e um rumor metálico envolvia tudo, como se cada pedra da cidade trabalhasse sem descanso.

Não havia silêncio. Nem mesmo de noite. Desde a primeira pensão -um quarto compartilhado com três camas de ferro, uma janelinha que dava para um pátio com galinhas e fumaça- descobriram que a cidade não dormia, apenas mudava de voz.

Foi ali que Maria entrou em cena. Vinha do sul da Espanha, com um castelhano diferente do da Galícia e um jeito de andar que parecia estar

sempre apressado. Não era mulher de nostalgias, mas de resolver o dia a dia: sabia pechinchar no mercado, costurar um vestido com quatro pontos e pôr ordem no desordenado da pensão. Pedro, homem de silêncios, encontrava nela um contraponto inesperado, quase uma bússola. Não falava muito do passado, mas com sua presença ia tecendo um futuro possível no meio daquele enxame de ruídos e sotaques.

O trabalho chegou cedo, porque braços não precisam de tradução. Uma fábrica de caldeiras os contratou como peões. Ali não havia facão nem cana: havia martelos, rebites em brasa, chapas que tremiam a cada golpe. Tomás, a princípio, se deslumbrou com a maquinaria, com o fogo domado em fornos imensos. Mas logo entendeu que aquilo era outra forma de safra: suor, espinha dobrada, um ritmo imposto por apitos e sirenes.

Pedro não falava muito, mas observava. Olhava os capatazes, os encarregados que sabiam ler plantas, os homens que mexiam com contas e folhas de pagamento. Sabia que o esforço físico dava pão, mas também cicatrizes. O Brasil oferecia mais que músculo, se alguém fosse capaz de resistir e esperar.

Nos intervalos percorriam ruas que subiam e desciam como se a cidade inteira fosse feita de lombas. Ali encontraram igrejas levantadas às pressas, cafés com espelhos grandes onde os portugueses discutiam política, e pensões onde se amontoavam espanhóis, italianos, sírios, japoneses. Cada grupo falava alto, como para não perder sua língua no meio do barulho alheio.

Tomás ouvia maravilhado, com aquela mistura de curiosidade e cansaço que a juventude conhece bem. A cada noite, antes de dormir, pedia a Pedro que lhe repetisse alguma palavra portuguesa nova: “moço”, “saudade”. À sua maneira, ia aprendendo a escrever seu próprio

vocabulário de sobrevivência, enquanto via como para Maria aquelas palavras se resistiam mais do que para ele.

Num domingo desceram até a Praça da Sé. A catedral ainda estava em obras, mas já impunha respeito. Havia pregadores, mendigos, músicos. Tomás parou diante de um realejo que fazia um macaco vestido de marinheiro dançar. Sorriu com uma tristeza que não soube explicar: a vida parecia um espetáculo em que alguns dançavam de terno e outros com correntes invisíveis.

Pedro o empurrou de leve pelas costas, igual em Havana:

-Anda, rapaz. Não fique parado olhando. São Paulo não espera.

A cidade era dura, mas também fértil. Oferecia feridas e moedas, cansaço e promessas. O relógio não chegara inteiro da Galícia: Pedro trouxera embrulhados num trapo o pêndulo e as entranhas de ferro daquele velho guardião. Em São Paulo, com a ajuda de um carpinteiro do bairro, vestiu-o de madeira nova e sino fresco. Não era o mesmo relógio da cozinha, mas pulsava com a mesma memória.

Nas ruas, os operários falavam de greves e direitos, os comerciantes de lucros, os recém-chegados de sonhos. Tomás escutava, Pedro assentia pouco. O Brasil ainda não era a meta; era uma ponte. Mas naquela cidade de ferro e fumaça, ambos começavam a se sentir parte de algo maior que seus corpos: uma multidão que trabalhava, sonhava e se multiplicava num latido comum.

Ao cair da tarde, a cidade cheirava a suor e pão recém-assado. Tomás ergueu o olhar para os fios que cruzavam o céu como teias de ferro. Pensou na Galícia, pensou em Cuba, pensou no navio que quase os engolira. E murmurou, sem saber que Pedro o ouvia:

-Que não se quebre o que trazemos.

Pedro sorriu de leve. O relógio marcou a hora, tímido. A vida em São Paulo começara, e com ela também um lar ao lado de Maria, do qual nasceria uma família que cresceria até encher gerações inteiras.

E enquanto isso, a pensão era muito mais que um teto: era um caldeirão. Cada cama tinha um sotaque e cada janela guardava um segredo. Maria morava ali também, no quarto ao lado. Vinha do sul da Espanha, com um castelhano diferente e um jeito de andar sempre apressado. Dividiam o pátio, a cozinha de carvão e o cheiro de roupa molhada pendurada nos varais.

-E vocês, de onde são? -perguntou na primeira noite em que todos coincidiram na mesa comprida.

-Da Galícia -respondeu Tomás, com a boca ainda cheia de arroz. -Ah… galegos -disse um português bigodudo, soltando uma risadinha que não agradou.

-E o que tem os galegos? -saltou Maria, sem tirar os olhos do prato.

O português encolheu os ombros, murmurando algo sobre "cabeças-duras".

Pedro, que raramente se metia em discussões, ergueu o olhar:

-Cabeça-dura… mas braço firme. E aqui precisa dos dois.

Maria o observou de lado, com um meio sorriso. Não disse mais nada, mas desde então Pedro notou que seus olhos se demoravam nele mais do que o necessário.

Com o tempo, aquela mesa comum virou cenário de aprendizados. Os italianos traziam macarrão e cantavam alto; os japoneses ofereciam chá e observavam com curiosidade como Pedro não deixava passar um pedaço de pão comprado no mercado, mesmo que fosse áspero e duro. Os portugueses discutiam política como se ainda estivessem em Lisboa, e no

meio daquela balbúrdia, cada um encontrava uma forma de segurar sua terra sem largar a nova.

Na fábrica, a adaptação foi mais áspera. O calor dos fornos queimava a garganta e as marteladas soavam como um exército de tambores. Um dia, enquanto ajustavam uma chapa de ferro em brasa, um capataz português os apressou aos gritos.

-Mais depressa! -vociferou, apontando para Tomás.

O rapaz, ensopado de suor, olhou para Pedro sem entender direito. -O que ele diz?

-Que mais rápido -traduziu o tio, segurando o ferro com calma.

O capataz estalou a língua, impaciente.

-Esses galegos, sempre lentos…

Pedro largou o martelo no chão e o encarou sem desviar os olhos. -Lentos, sim. Mas firmes. Se quer que isso dure, terá de esperar que esfrie como deve.

Houve um silêncio tenso. O capataz resmungou algo entre dentes e se afastou, dando ordens a outro grupo. Tomás engoliu seco, ainda com o martelo na mão.

-Um dia desses ele nos põe na rua.

-Ou nos respeita -respondeu Pedro, voltando ao trabalho.

Maria ouviu a história naquela noite na pensão enquanto costurava. -Um português gritão, isso não é novidade -disse, sem levantar os olhos da agulha-. Mas cuidado, Pedro. Nem todos se calam tão fácil.

Ele não respondeu. Apenas se ajeitou na cadeira, com o maxilar tenso, e Maria o observou um instante além da conta antes de voltar às costuras.

Mais tarde, quando o burburinho da pensão foi se apagando, os três subiram ao terraço. A cidade estendia suas luzes amarelas como um rio

sem fim. Os bondes brilhavam ao longe, e no ar flutuava uma mistura de carvão, café e pão recém-saído do forno.

Tomás se apoiou no parapeito, com o rosto iluminado pela lua. -Olha, tio. Parece que não tem fim.

-E não tem -respondeu Pedro, sério, mas com um brilho nos olhos.

Maria sentou num degrau, com as mãos ainda cheirando a linha e agulha. -Na minha terra, quando se via tanta luz, era porque havia festa. Aqui deve ser festa todos os dias.

Tomás riu.

-Festa… ou castigo.

Pedro permaneceu em silêncio. A cidade o desafiava e o atraía ao mesmo tempo, como se cada lampião fosse uma promessa a ser paga com suor. Maria o olhou de lado; naquele gesto calado adivinhava a teimosia que o defendera na mesa comum e a firmeza com que encarara o capataz.

O ruído do bonde chegou até o terraço como lembrança de que São Paulo não dormia. E, no entanto, ali em cima, por um instante, o tempo pareceu parar. Três recém-chegados, unidos pela necessidade e por algo mais que começava a germinar, contemplavam a cidade como quem contempla um destino que ainda não sabe nomear.

Tomás suspirou, deixando escapar as palavras quase num murmúrio: -Que não nos falte lugar neste mundo.

Maria ouviu, mas não disse nada. Pedro virou apenas um pouco a cabeça, o suficiente para que o sobrinho soubesse que aquela frase ficara guardada. E depois, sem acrescentar palavra, os três ficaram olhando para o mar de luzes que os esperava embaixo, com a certeza de que ali começava a verdadeira prova.

Capítulo 6 – Tomás e Esmeralda

São Paulo era uma cidade que devorava dias. O trabalho não deixava respiro: martelos, fogo, o apito das sirenes que partiam a jornada em pedaços iguais. Para Tomás, cada amanhecer era uma prova de resistência. No entanto, entre o ruído e o cansaço, algo diferente começou a crescer: um desejo de ficar, de criar raízes naquela terra que já não era promessa, mas presente.

Esmeralda apareceu em meio a esse turbilhão. Era uma mulher negra, de olhar firme e passo seguro, acostumada a não baixar a cabeça. Não a cercavam luxos nem favores, mas tinha na voz uma força que enchia o ar. Tomás a conheceu numa festa de bairro, com música que subia dos pátios e tambores que pareciam falar em línguas antigas. Não foi um encontro de romance, mas algo mais simples e profundo: se olharam, e nenhum dos dois desviou os olhos.

O namoro foi breve. A vida não permitia longas esperas nem gestos solenes. Tomás a procurava depois do trabalho; às vezes bastava caminhar juntos algumas ruas, outras vezes dividir um copo de café forte. Não tinham muito, mas nessas horas a cidade deixava de ser inimiga. Pedro observava em silêncio: sabia que algo estava mudando, que o rapaz que atravessara o mar com ele já não sonhava apenas com a Galícia, mas com futuro no Brasil.

O casamento celebrou-se sem adornos, numa igreja simples do bairro operário. Não houve coro nem grandes vestidos; apenas as palavras do padre, o “sim” dos noivos e o olhar curioso de alguns vizinhos. Para Tomás e Esmeralda, bastou. Era um pacto de corpo e de vida, unir-se para enfrentar juntos a cidade.

Não demorou até que um novo choro enchesse a casa. Era o primeiro filho de Tomás e Esmeralda, pequeno como uma promessa, forte como a mistura que o trouxera ao mundo. Não importava se menino ou menina: o que importava era que, com ele, a família se ancorava definitivamente no Brasil. Já não eram emigrantes de passagem: eram raiz.

Os vizinhos murmuravam. Alguns galegos torceram o gesto ao ver Tomás de mãos dadas com uma mulher negra. Mas ele nunca se escondeu. Caminhava com Esmeralda pelas ruas de São Paulo de cabeça erguida, como quem declara que o futuro não se pede emprestado: constrói-se.

Nesse gesto havia mais que amor; havia uma declaração de cruzamento de sangues, um ato de resistência diante do preconceito.

Pedro ficava às vezes olhando aquela pequena família com uma mistura de preocupação e orgulho. Sabia que o mundo nem sempre seria clemente com eles, mas também que a força de Esmeralda era distinta: a das mulheres que não se rendem.

Nessa casa, de paredes pobres e sonhos grandes, a saga galega se misturou ao sangue brasileiro. Ali começou um ramo que já não sonhava em voltar, mas em crescer, em deixar filhos que falariam português, que dançariam ao ritmo de outros tambores, que seriam parte de uma terra imensa e dura.

O mestiçagem já não era palavra, era carne. E a história da família, a partir de então, teria sempre um sotaque distinto, nascido do encontro de

Tomás e Esmeralda em São Paulo.

Daí em diante, a vida foi feita de cenas pequenas: Tomás chegava tarde da oficina com as mãos cobertas de pó e procurava Esmeralda na penumbra, onde ela embalava o bebê com cantigas que ele não entendia, mas que o enchiam de calma. Nos domingos de bairro, caminhavam juntos sem rumo, como se bastasse compartilhar a rua para se sentir em casa.

Houve também momentos de tensão. Numa reunião de compatriotas, alguém soltou uma frase mordaz sobre a escolha de Tomás. Ele pousou o copo sobre a mesa e respondeu tranquilo:

-Se a vida se complica, que seja por algo que valha a pena.

A frase ficou suspensa, e ninguém insistiu.

Saíram naquela noite. A cidade cheirava a carvão e fritura, a mistura de cansaço e festa. Cruzaram-se com um grupo de galegos que, ao vê-los, baixaram a voz.

-Esse rapaz esqueceu de onde veio.

-Não. Só aprendi onde quero ficar.

Esmeralda apertou sua mão. Caminhou um pouco mais ereta, com aquela firmeza que parecia desafiar o mundo inteiro.

Ao chegar em casa, ela rompeu o silêncio:

-Te dói o que dizem?

Tomás negou com a cabeça.

-O que me doeria seria não ter a coragem de caminhar contigo.

Ela sorriu, embora nos olhos ficasse um brilho sério.

-Não será fácil. As pessoas falam, e às vezes a língua fere mais que a faca.

-Então que falem -respondeu ele-. Prefiro viver em voz alta do que me esconder em silêncio.

O menino se mexeu no berço. Esmeralda o tomou nos braços e começou

a cantar-lhe uma melodia de sua infância. Tomás escutava sem entender as palavras, mas naquele canto havia uma certeza: a mistura já não era risco, era futuro.

Poucos dias depois, Pedro veio visitá-los. Ficou na porta, observando Esmeralda embalar o pequeno enquanto Tomás a olhava como se todo o resto sobrasse.

-Este país é duro -disse enfim-. Mas se resistirem juntos, nada os derruba.

Não acrescentou mais nada. Partiu devagar, com o gesto sério, embora nos olhos houvesse uma centelha de orgulho.

Dentro, a história já havia mudado para sempre. E ninguém, nem o ruído da cidade nem as vozes alheias, poderia apagá-la.

Capítulo 7 – A descendencia de Pedro

De Pedro não ficaram cartas nem diários. Não deixou páginas escritas com sua mão, nem frases guardadas em papéis. O que ficou foram filhos, e desses filhos outros filhos, e desses filhos ramos que se multiplicaram até parecer uma floresta inteira. Sua herança não foi um testamento de palavras, mas uma descendência que se abriu como um leque inesgotável. Essa floresta teve duas raízes entrelaçadas: Pedro e Maria. Ela vinha do sul da Espanha, com um sotaque diferente e um olhar prático que soube transformar a pobreza em lar, o desordenado em mesa partilhada, o silêncio em abrigo. Sem Maria, a semente de Pedro teria sido frágil; com ela, a descendência encontrou terra fértil para crescer sem descanso.

As casas pobres dos primeiros anos logo se encheram de vozes e passos. Havia barulho de crianças, cheiro de sopa, cantigas improvisadas em pátios onde mal cabia o silêncio. Cada geração acrescentava novas cadeiras ao redor da mesa: mais bocas para alimentar, mais mãos que trabalhavam, mais histórias contadas à luz de um candeeiro.

-Maria, ainda tem pão? -perguntava Pedro, depois de um dia longo.

-Tem pouco, mas dá -respondia ela, repartindo o naco em pedaços iguais, que pareciam se multiplicar nas mãos.

E o que começou com um galego que mal sabia traçar o próprio nome se converteu, com os anos, num imenso coro de netos e bisnetos que já

falavam português como língua de berço, que sonhavam em português, mas que não esqueciam que na origem havia um sotaque distinto, trazido das montanhas da Galícia e das planícies do sul da Espanha.

Alguns ficaram perto do bairro onde Pedro havia erguido suas primeiras paredes, naquelas ruas empoeiradas de São Paulo onde o ar cheirava a carvão, a café torrado e a suor operário. Outros se espalharam pela grande cidade que se abria com bondes, fábricas e torres em construção.

E com o tempo, certos ramos se estenderam para além do Brasil, cruzando fronteiras e mares como se a viagem de Pedro nunca tivesse terminado, como se cada filho carregasse no sangue a necessidade de continuar caminhando. Iracema e Gilda foram as primeiras a dar o salto: partiram rumo ao norte, aos Estados Unidos.

-Pai, e se não voltarmos? -perguntou Iracema antes de partir.

Pedro baixou os olhos e disse devagar:

-Não importa. O que importa é que não esqueçam de onde saíram.

Cada ramo levava consigo uma memória. Alguns guardavam uma palavra em galego, dita em sussurros, como uma reza herdada. Outros conservavam objetos simples: uma fotografia gasta, um rosário, uma carta dobrada. Em mais de uma casa pendia um relógio, testemunha obstinada dos dias. Todos lembravam que o avô Pedro havia atravessado o oceano com as entranhas de um embrulhadas numa manta, e que em São Paulo o fizera reviver com madeira nova. Aquele pulsar reconstruído foi o primeiro, e dele nasceram outros ecos em outras paredes.

Nas sobremesas repetia-se a mesma história: a de um galego que trabalhou nos canaviais de Cuba antes de chegar a São Paulo, a de um homem que deixou a pele nos engenhos e que nunca se rendeu. E junto dele, a figura discreta de Maria, a mulher que sustentou com suas mãos a

vida cotidiana para que essa lembrança pudesse ser transmitida. -De onde veio o avô? -perguntava uma criança, já cansada da história.

-De longe -respondia a avó com voz firme-. Tão longe que atravessou um mar inteiro para que você nascesse aqui.

Os netos cresceram ouvindo essas histórias, ainda que às vezes não prestassem atenção. Uma criança podia correr pelo pátio e, sem saber, gravar para sempre a frase repetida pela avó. Uma moça podia dobrar a roupa recém-lavada e, sem perceber, reconhecer nas próprias mãos o mesmo gesto que tivera a bisavó. Assim a memória não se transmitia apenas em palavras, mas em gestos, em modos de olhar, na forma de trabalhar a terra ou de levar o pão à mesa.

A árvore de Pedro e Maria não era uniforme. Tinha ramos grossos que davam sombra e ramos finos que se dobravam ao vento. Tinha folhas que brilhavam sob o sol e folhas que caíam antes do tempo. Mas todos estavam unidos pela mesma seiva: o sangue de dois emigrantes que cruzaram mares, que sobreviveram a furacões, que fincaram os pés em terra estranha e a tornaram própria. Às vezes parecia que a história se dispersava demais, que a família se afastava em caminhos distintos; mas bastava uma reunião, uma carta ou uma visita inesperada para que todos recordassem que continuavam parte do mesmo tronco.

-Você se lembra de Pedro? -perguntava alguém numa sobremesa. -Como não… se ainda ouço sua voz quando rachava a lenha -respondia outro.

Com o passar das décadas, aquela descendência se tornou incontável. Já não cabia numa só fotografia, nem numa só mesa, nem numa só casa. Era uma família que deixara de ser pequena para converter-se em constelação. Havia quem estudasse e erguesse livros como ferramentas

de futuro, havia quem trabalhasse em ofícios novos, em fábricas e comércios; havia quem viajasse longe e quem cuidasse da memória em casa. Cada um traçava seu caminho, mas todos carregavam, em algum canto do coração, a marca de Pedro e de Maria.

Em São Paulo, os bairros conheceram seu sobrenome. Na América do Norte, Iracema e Gilda levaram essa memória para cidades de rios largos e prédios altíssimos. Em cada lugar, o ramo encontrava sua forma de crescer, de se adaptar, de florescer. O eco da Galícia e do sul da Espanha, embora distantes, se infiltrava nos sotaques e nas sobremesas. Era um eco que se confundia com os novos idiomas, com as novas músicas, mas que continuava ali, como um pulsar discreto.

Pedro e Maria não deixaram livros escritos nem grandes discursos. Sua herança não foi um monumento de pedra nem uma fazenda erguida com orgulho. O que deixaram foram filhos, netos e bisnetos. Deixaram a certeza de que a vida, por dura que seja, se multiplica quando se resiste. Sua descendência, a mais numerosa de todas, é a prova viva de que um só emigrante -e uma mulher a seu lado- podem se converter na raiz de uma floresta que nunca para de crescer.

E essa floresta continua crescendo ainda hoje. Os ramos se estendem, se entrelaçam, se procuram apesar da distância. Não há oceano capaz de separar de todo aqueles que compartilham a mesma seiva. Em cada geração, alguém pergunta de onde viemos, e a resposta se abre como um leque: de uma aldeia pequena na Galícia, de uma viagem a Cuba, de um navio rumo a São Paulo. E no meio de tudo, sempre, a figura de Pedro e de Maria, os que semearam sem saber que sua semente seria uma floresta.

E enquanto o ramo de Pedro e Maria se multiplicava em São Paulo como

uma floresta sem fim, do outro lado do oceano permanecia a voz de Flora. Em Barcelona, em meio a sirenes, guardava cartas e silêncios. Enquanto uns abriam caminho na América, Flora tecia na Europa o fio que não permitia que a família se rompesse de todo.

E esse fio, tecido entre continentes, ainda ressoa hoje. Porque enquanto houver alguém que pergunte, alguém que recorde, a voz de Pedro e de Maria continuará pulsando em cada ramo, como um eco que se recusa a morrer.

Capítulo 8 – Flora em tempos de guerra

A montanha parecia ficar sempre, como se tudo o resto fosse gente de passagem.

Flora aprendeu ali a língua das ladeiras e do frio, o brilho das geadas nos prados e a paciência dos animais. Em menina, guardou segredos que não cabem em nenhum caderno e, cedo demais, conheceu a perda. Desde então, entendeu que às vezes o destino de uma mulher não é apenas viver, mas sustentar.

Na aldeia, os dias tinham uma ordem antiga. No inverno, as manhãs cheiravam a fumo e a caldo; no verão, a erva cortada e a roupa estendida estalavam de limpa. Flora descia ao rio com um balde de zinco, lavava a roupa em água gelada até que os dedos se tornassem vermelhos, e aprendeu a torcer os lençóis com um giro seco do pulso. Sabia onde crescem os cogumelos discretos, quando o céu guarda neve e como ler o voo dos pássaros para adivinhar a chuva. Ao entardecer, quando soprava o vento, o vale enchia-se de sinos e vozes. No outono, o *magosto* juntava mãos em volta do fogo e, nas noites mais longas, as mulheres fiavam e contavam histórias para afastar o medo. Flora escutava mais do que falava: ia fazendo um novelo de nomes e costumes que não queria que se perdessem.

Sustentou nomes, datas, caminhos. Não falava muito: anotava. Começou

com um caderno barato, como quem acende uma pequena chama. A letra, primeiro trêmula, firmou-se à força de repetir endereços e recados. Na cozinha, entre o vapor e a panela, ouviam-se nomes de lugares distantes que ninguém tinha visto e notícias trazidas por um almocreve ou num postal. O mundo, para Flora, começou a medir-se em papéis: listas de compras, tarefas do dia, uma ou outra carta breve que continha um universo em duas linhas.

A aldeia ensinava ofício, mas o horizonte era curto. Com uma mala mínima e um lenço na cabeça, iniciou sua emigração interior. Primeiro, uma cidade de pátios sombreados e corredores frescos, onde o chão se esfregava com afinco e a loiça se contava em voz baixa para que não faltasse nem um prato. Flora aprendeu a língua das casas abastadas da Catalunha: o fogão a carvão que suja as mãos, o ferro de brasas que deixa um brilho tenso nos colarinhos engomados, as jarras de água trocadas à hora certa, as camas esticadas com uma dobra perfeita. Descobriu a hierarquia silenciosa da casa -senhora, cozinheira, criada- e o código não escrito: andar sem fazer barulho, falar só o necessário, anunciar-se com um leve toque no batente da porta.

Aquele trabalho era exigente e preciso. As manhãs começavam antes da luz, com o café da cozinha; as noites terminavam quando o último copo estava alinhado na cristaleira. Flora aprendeu a levar a bandeja sem que as colheres tilintassem, a encerar os móveis até o dedo escorregar, a remendar invisivelmente a bainha de uma saia cara. Houve invernos de frieiras e verões de calor preso nos pátios altos. Em troca, uma cama estreita mas própria, um prato certo e um salário contado em moedas e confiança: que nada se parta, que nada falte, que tudo esteja pronto antes de ser pedido.

Nos raros momentos livres, Flora saía à rua com uma companheira. Caminhavam sem pressa, olhando vitrinas que refletiam outra vida. Às vezes sentavam-se num lavadouro público e falavam do costume: quanto custava o pão e se o trabalho naquela casa era bom. Outras vezes, com o pagamento no bolso, comprava um novo caderno e um lápis. Bastavam-lhe para manter a sua pequena ordem: contas e recados.

Com o tempo, a cidade chamou-a com mais força. Barcelona**.** Elétricos, fumo, porto. Bairros que cheiravam a metal e a pão; poças que devolviam uma luz cansada. Flora chegou sem alarde, como chegam aqueles que não podem dar-se ao luxo de errar. Encontrou quarto e trabalho. Aprendeu o mapa a pé: do mercado à fonte, da fonte à loja, da loja a uma portaria onde outra rapariga galega lhe indicou a esquina dos recados.

A grande cidade pendia no ar palavras solenes, mas Flora preferia os gestos pequenos: alinhar copos, pôr ordem na cristaleira, contar o troco sem falhar. Sabia distinguir quando uma voz nasce do orgulho e quando da fome; e que as palavras só importam se se sustentam com pão e com mãos. Numa casa de tetos altos e chão de mosaico, o relógio do corredor media a manhã com uma paciência que lhe lembrava o vale. Ninguém lhe falava de política na cozinha: falavam-lhe de manchas, de brilhos, de horários. Ela assentia e cumpria.

O calendário começou a pesar. As novidades chegavam aos solavancos e cada bairro as entendia à sua maneira. Flora continuava com o seu: trabalho, fonte, mercado, caderno. Nessas páginas reunia migalhas do mundo: um nome mal ouvido, um endereço completo, a lista da compra, o nascimento de uma prima anotado à pressa. Não para contar depois, mas para que não se desfizesse.

Em tempos fáceis, o serviço tinha um ritmo quase musical: o metal dos

talheres, o golpe seco do pão sobre a tábua, o sussurro do espanador contra a moldura de um quadro. Em tempos difíceis, mudavam os gestos. Janelas com cortinas mais cerradas, candeeiros que se apagavam cedo, conversas cortadas na escada. Flora preparou uma caixa de essenciais: agulha, linha, um pedaço de sabão, velas curtas, o caderno. Não sabia o que seria preciso, mas pressentia que a cidade ia exigir cuidado.

Por vezes, vinha-lhe à cabeça o monte de Casteligo: a linha dos castanheiros contra o céu e a respiração dos animais ao cair da tarde. Pensava nas mulheres que sustentam casas e nomes sem aparecer nos relatos. À sua maneira silenciosa, preparava-se para pôr ordem e manter acesa a pequena chama.

O porto continuava a cheirar a sal, mas o ar trazia outra coisa. Nas filas do pão, os olhares entendiam-se sem perguntas. A normalidade mínima tornou-se um ato de vontade: lavar à mão, esfregar o chão, rematar uma bainha, datar uma nota para não se perder nos dias iguais. Quando a humidade entrava pelas frestas, Flora aquecia água numa panela velha e, enquanto o vapor subia, revia as suas anotações: quem devia receber uma carta, quem esperava notícias, que palavra nova tinha aprendido naquela semana.

Não nomeava o medo: arrumava-o. Como quem dobra um lençol e o guarda no lugar certo. Noutro gavetão -o do que não se perde- deixou uma palavra que lhe servia de bússola: família**.** Com isso bastava para não perder o norte. A casa onde servia tinha os seus ritos; ela, os seus: uma vela guardada, um pedaço de pão envolto num pano, o caderno com um lápis gasto até à metade. Pequenas defesas contra o que não se pode controlar.

Quando as manchetes endureceram, a cidade cruzou um limiar. Flora não

o saltou: atravessou-o com consciência, sabendo que dali em diante a sua tarefa seria mais necessária que nunca. Não levantaria barricadas nem faria discursos. Faria o que sabia: sustentar, cuidar, lembrar o essencial. Afiar a rotina como se afia uma faca de cozinha: para o pão, não para ferir. Numa noite qualquer, talvez com uma vela acesa, ouviu ao longe um estrondo e o silêncio tenso dos prédios a conter a respiração. Não escreveu o que sentia: anotou um nome e um endereço. No dia seguinte, mercado, fonte, quarto. De regresso, fechou um papel que há dias esperava as palavras certas. Estou. Sigo. Selou-o com firmeza.

O resto viria depois. Por agora, bastava-lhe a pequena chama aprendida na Galiza: um calor modesto que não se vê da rua, mas impede que a casa arrefeça por completo. Lá fora, a cidade começava a falar em golpes. Dentro, Flora reafirmava o seu ofício: fazer com que nada essencial se perca quando tudo à volta treme.

Capítulo 9 – O salto

A árvore de Pedro, já frondosa em São Paulo, não deixou de crescer. Os ramos, carregados de filhos e netos, buscavam cada vez mais espaço, como se trouxessem gravada na seiva a mesma necessidade de movimento que havia empurrado o pai a cruzar mares. No começo se espalharam pelos bairros operários da cidade, mas logo alguns ramos se estenderam para além do Brasil, rumo a horizontes que pareciam impossíveis.

Foi então que uma parte da família olhou para o norte. A viagem já não era em navios de imigrantes pobres, mas em trens e aviões; porém, a motivação seguia a mesma: abrir caminhos. De São Paulo, alguns ramos cruzaram o continente até chegar aos Estados Unidos. Ali, em cidades de arranha-céus e pontes imensas, encontraram novas raízes.

-Não te assusta tanto barulho? -perguntou uma irmã, vendo Iracema preparar a mala.

-Claro que sim -respondeu ela-. Mas mais medo me dá ficar sem horizonte.

Em Nova Iorque, o salto tornou-se real. Entre ruas que nunca dormiam e prédios que pareciam tocar as nuvens, a família buscou seu lugar. Em apartamentos pequenos, com trabalhos duros e jornadas intermináveis, começaram de novo. Das janelas se via o Hudson como um espelho imenso, lembrando que ainda restavam mares por atravessar.

-Olha essas luzes -disse alguém numa sobremesa-. Parecem não acabar nunca.

-Por isso temos de acender as nossas -respondeu outro, erguendo o copo-. Para que não se perca o que trouxemos de casa.

Enquanto isso, em São Paulo, outros ramos permaneceram perto da raiz. Continuaram estudando, trabalhando, construindo futuro na mesma terra onde Pedro havia semeado seu sangue. De lá mantinham contato com os que estavam longe, como raízes que alimentam os ramos altos. Assim, a família de Pedro transformou-se numa trama que unia duas Américas: a do sul e a do norte. Uma árvore que crescia em direções distintas, mas que nunca esquecia o tronco comum. A Galícia ficava distante, mas seguia pulsando na memória; Cuba era lembrança partilhada, e o Brasil o chão firme; os Estados Unidos, o salto inesperado que confirmava a força dessa descendência.

Hoje, ao olhar para trás, compreende-se a magnitude dessa viagem: um homem galego que partiu pobre e sem letras acabou por semear uma floresta humana que toca das favelas aos arranha-céus, do rumor dos canaviais ao murmúrio das avenidas norte-americanas.

Entre esses ramos que ousaram o salto, brilhou com força o nome de Iracema, uma das filhas de Pedro. Foi das primeiras a olhar para além do Brasil, abrindo caminho rumo aos Estados Unidos, onde depois outras vozes da família encontrariam seu lugar.

Ao chegar a Nova Iorque, a cidade os envolveu como um vendaval. O porto era um formigueiro de línguas diferentes, de malas amarradas com cordas, de rostos que olhavam para cima tentando abarcar arranha-céus que pareciam não ter fim.

-Parece que as casas tocam o céu -murmurou alguém, com um assombro

que era mistura de medo e esperança.

-Então teremos de aprender a viver tão alto -respondeu outro, tentando rir.

Os primeiros dias foram um labirinto de endereços, trâmites, portas que se abriam e outras que se fechavam. O inglês chegava como um murmúrio incompreensível nos escritórios e nas lojas, mas a família se entendia com gestos e com a vontade de seguir em frente.

-Entendeu alguma coisa? -perguntou um, saindo de um guichê.

-Nada. Mas sorri e me apontaram outra sala. Suponho que é ali.

A primeira casa era um apartamento estreito, com janelas que davam para um pátio onde pendia roupa de mil cores. Havia barulho de rádios, de crianças correndo, de vizinhos que falavam em italiano, em castelhano, em polonês. Ali, entre paredes finas e cozinha partilhada, recomeçaram.

-Não é São Paulo -disse alguém, servindo café em xícaras desparelhadas.

-Nem precisa. Aqui também dá para fazer lar -respondeu outro, acomodando uma fotografia de Pedro sobre a prateleira.

Nos domingos procuravam lugares onde se falasse sua língua, onde uma conversa simples com um compatriota lhes lembrasse que não estavam de todo sozinhos. Era pouco, mas bastava para sentir que a distância não era tão grande.

-Escuta -dizia um dos mais jovens-. Falam como em casa.

-Não, filho, não é igual. Mas nos lembra que viemos de lá -respondia a mais velha, fechando os olhos por um instante.

Assim, entre jornadas longas e noites curtas, entre cartas dobradas e sobremesas improvisadas, os ramos que haviam saltado para a América do Norte começaram a criar raízes. A cidade não os recebeu com suavidade, mas também não os quebrou. Cada gesto, cada palavra

partilhada, cada lembrança que atravessava o oceano era uma forma de resistir, de continuar crescendo.

E enquanto na América a árvore seguia se expandindo, do outro lado do oceano permanecia Flora. Ela não multiplicava descendência, mas multiplicava memória. Em Barcelona, após a guerra, tornou-se a guardiã última das cartas, das lembranças, dos silêncios que sustentavam a família. Sua voz haveria de fechar o círculo que Pedro e Tomás haviam aberto ao partir.

Capítulo 10 – A voz de Flora

Flora nasceu entre montanhas que pareciam eternas. Em Casteligo, freguesia de Chandrexa de Queixa, antes que a guerra e a fome lhe enchessem os olhos, foi pastora na infância. O monte era sua escola: aprendeu a reconhecer as sombras dos lobos, a escutar o rio como se falasse, a distinguir o vento que anunciava a tormenta. Mas também conheceu o medo. Numa tarde, no alto do monte, viu-se cercada pela solidão e pelo perigo, e compreendeu de súbito que a infância podia se romper de um só golpe. Anos depois ainda lembrava como se tivesse sido ontem: o frio na pele, o silêncio que pesa, a sensação de que a morte anda por perto.

Sua vida mudou para sempre quando sua mãe, Indalecia, morreu de parto. Jovem demais para carregar um luto tão grande. O grito abafado da mãe e o silêncio posterior ficaram cravados em seu peito como ferro em brasa. Desde aquele dia, Flora entendeu que seu destino não seria apenas viver, mas guardar: guardar os seus, guardar a memória, guardar o que o tempo insistisse em apagar.

Antes da guerra, Flora havia deixado a Galícia. Serviu por um tempo numa casa em Lérida, onde aprendeu que a emigração nem sempre cruza mares: às vezes basta mudar de terra e de língua para sentir-se estrangeira. Quando terminou aquele serviço, mudou-se para Barcelona, em busca de

uma vida própria na cidade que começava a crescer e rugir.

E ali conheceu quem seria seu marido: um homem magro, de mãos ásperas e olhar claro, que falava de justiça como se fosse pão repartido entre todos. Não empunhou um fuzil no front: lutou de outra maneira, como sindicalista. A Guerra Civil os alcançou ali, na cidade, com suas sirenes e apagões, com a fome que não entendia de lados. Flora o acompanhou com a mesma firmeza com que sua mãe havia sustentado Pedro e Tomás na partida: sem lágrimas, porque as lágrimas são um luxo em tempos de guerra.

Daquele amor nasceu um filho: Luis, meu pai, em janeiro de 1938. Apenas algumas semanas depois, Barcelona começou a estremecer com bombardeios aéreos. As sirenes uivavam sobre uma cidade de porões e apagões, e Flora compreendeu que um recém-nascido não podia crescer assim. Quando, em março de 1938, os ataques se tornaram insuportáveis, tomou uma decisão que a marcaria para sempre: enviar o filho à Galícia, à aldeia que havia deixado para trás, para protegê-lo da guerra. Luis cresceu a salvo entre montanhas, enquanto Flora resistia em Barcelona com o marido, compartilhando escassez, medo e silêncios.

Ao terminar a guerra, ele tentou fugir para a França, mas foi preso na fronteira e encarcerado em Melilla. Para Flora, aquela ausência foi uma viuvez antecipada. E quando voltou, nada já era igual: o medo, a derrota e a ditadura haviam erguido muros invisíveis.

Quando a pós-guerra começou a dar algum respiro, Luis voltou a reunir-se com a mãe em Barcelona. Já adolescente, regressou à cidade onde nascera, e aquele retorno fechou o círculo: o menino refugiado voltava convertido em rapaz, e com ele se reatava a vida interrompida pelas bombas. Flora, envelhecida pelas perdas, recuperava o filho que havia

protegido à custa de sua própria solidão.

Nessas noites, quando embalava Luis na memória e não nos braços, jurava em silêncio que a memória não se perderia. Não apenas a memória da Galícia e de Pedro e Tomás, mas também a daquele homem que partira e voltara diferente.

Os anos passaram, e Flora foi testemunha de como a família crescia do outro lado do oceano. Sabia dos canaviais de Cuba, das fábricas de São Paulo, dos filhos de seu tio que até haviam chegado a Nova Iorque. Não via com seus próprios olhos, mas imaginava com tanta força que era como se tivesse viajado com eles.

Ao envelhecer, Flora não se converteu em matriarca de multidões, mas em guardiã de silêncios. Em sua casa guardavam-se cartas dobradas, fotografias, notícias soltas. Não tinha a voz dos discursos, mas sim a força de quem ata fios dispersos. Cada palavra que recebia, repetia, memorizava, fazia sua. Se alguém esquecia, ela lembrava. Se alguém calava, ela nomeava.

A voz de Flora não era estrondosa. Era um murmúrio constante, como o dos pântanos e rios que correm em Chandrexa. Mas graças a esse murmúrio a memória familiar não se perdeu. Ela soube que Pedro havia levantado uma grande família no Brasil, que Tomás havia misturado seu sangue com o de Esmeralda e que dessa união nascera um ramo forte e mestiço. Soube que na América do Norte alguns haviam chegado muito longe, e que em São Paulo outros haviam feito da educação sua bandeira. Soube, sobretudo, que em cada ramo continuava pulsando o mesmo compasso.

Quando olhava para trás, Flora via três paisagens: o monte galego, com a cicatriz da morte da mãe; a Barcelona em guerra, com suas sirenes e suas

cartas; e a memória americana, feita de relatos que viajavam em papel e em voz. Ela era o fio que unia esses três mundos.

Em seus últimos anos, converteu-se na guardiã absoluta. Não havia reunião familiar sem que surgissem suas lembranças. Não havia carta sem que passasse por suas mãos. Não havia silêncio sem que ela o preenchesse com memória. O relógio de Chandrexa, aquele tic-tac antigo, ela ainda o ouvia dentro, como se o tempo inteiro falasse só a ela. Flora sabia com certeza que nem tudo se perde. Sua voz, humilde e persistente, havia atado Galícia, Cuba, Brasil e Estados Unidos numa mesma trama. E embora a casa ficasse em silêncio, embora as cartas amarelecessem, a família seguiria pulsando em cada geração.

Porque a voz de Flora, no fim, era mais que voz: era memória, era raiz, era o pulsar do relógio que nunca deixou de soar.

ENGLISH VERSION

To my Grandma Flora.

To my cousins in America, who opened for me the doors of our shared memory.

To Arlete, who with the photo of Uncle Pedro's clock showed me the symbol that beats within these pages, and to Bete, who together with her has kept alive the bond with São Paulo.

To Sara, may she rest in peace, whose voice was the first thread of this story, and to Florisa, who continued that same weaving of letters and memories from Brazil.

To Iracema, with whom my letters began, and to Gilda, to Nadir, and to Lisa, who keep building bridges across continents.

To Dominic, who from Washington reminded me that even the humblest branch can touch the horizon of the world.

To my siblings, and especially to my sister Carmen, for the unique bond that always tied her to our Grandma Flora.

To my niece Judith and my friend Laura, for their attentive gaze, their ideas, and their help in shaping and styling these pages.

And to all the Galicians who once departed, carrying hunger and hope in their suitcases, leaving behind a human forest that still grows.

This book is for them, and for all those who still listen, in their memory, to the heartbeat of the clock.

SYNOPSIS

In the early 20th century, in Chandrexa de Queixa, two men set out on a journey that would mark the destiny of the whole family: Tomás and his uncle Pedro. Together they crossed the ocean to Cuba, where they discovered the harshness of the sugarcane fields, the fires and the hurricanes. Bound by work and hope, they decided to go one step further and leave for São Paulo, carrying with them an old clock that would become a symbol of family memory and a witness to the mingling of bloodlines that would shape their descendants.

Meanwhile, Flora, Tomás's sister, remained in Galicia until life led her to Barcelona, where the outbreak of the Spanish Civil War caught her head-on. From there, through letters and silences, she became the guardian of memory: the voice tying the Galician past to the new American life.

The Heartbeat of the Clock is the story of a family divided by oceans and by history, yet united by a single pulse. A novel about migration and survival, about roots and blends, where time beats in every letter, every crossing, and every memory that refuses to die.

Chapter 1 – Casteligo, the Roots

The kitchen breathed deeply before dawn. The smoke rose wearily through the mouth of the *lareira* and lingered for a while on the ceiling, as if it too doubted whether to leave or stay. On the wall, tall and stern, the clock -a guardian of dark wood with a heartbeat of its own- measured the time of the house in Chandrexa de Queixa. Tick. Tock. Tick. Tock. To little Flora, that sound felt like the voice of some ancient animal guarding secrets: the flour in the kneading trough, her mother's hands, the smell of broth, the muffled laughter of her uncle Pedro when he came at night and spoke in whispers.

Indalecia moved back and forth with her linen apron, white no more, clattering pots and pans so as not to cry. She had kneaded bread at dawn, because kneading brings calm, and calm is a form of courage. On the table she placed wedges of hard cheese and a jug of warm milk; she knew that men who are about to depart eat little, as if the stomach itself, out of sheer grief, had gone on strike.

Pedro, the eldest, Indalecia's brother, had the eyes of one who had already seen too much for his age. It was not only poverty -they all knew that one well- it was something more: the conviction that the world swelled beyond those mountains and that staying was another way of getting lost. Tomás, Indalecia's son and Flora's brother, still a youth, tried to square his

shoulders like a grown man; it didn't quite work. He kept his eyes lowered, with that blend of fear and hunger for the future known only to those about to cross a sea without knowing how to swim.

"In Cuba there is work," Pedro said, without drama. "Sugarcane. Burning sun. Money arriving in letters."

Indalecia nodded halfway. "Money in letters" were words memorized in Chandrexa like the Lord's Prayer. But there was another prayer no one ever spoke aloud: "Come back."

Flora watched the gestures: her mother's hand smoothing the cloth though there were no creases, the small scratch on Pedro's fingernail, the secret tremor in Tomás's leg under the table. Secrets are not in words, she thought without knowing she thought it, they are in the bodies.

"They say," Tomás dared, "that those who return come back with patent-leather shoes."

Pedro smiled toothlessly, a smile that was neither mockery nor tenderness, only tousled truth:

"Shoes, I don't know, boy. But if we return, we will not be the same."

The clock struck the hour with a tone that sounded heavier than usual. Flora felt like that clock knew things. That it had seen escapes and homecomings, ambushes and weddings, and that now it watched the scene like a wooden notary.

In the tavern next door, men's voices had been a murmur all week. Some said leaving was betrayal of the dead; others that staying was a sentence for the living. Chandrexa de Queixa was a crust of stone in the middle of the mountain, with houses leaning with the wind and hens unaware that the world continued beyond the valley. At Sunday mass, the priest said the usual, with one new stitch: "Children, the ways of the Lord are inscrutable;

keep the faith and He will guard your return." No one looked at anyone, but everyone knew who the words were for.

Indalecia, instead, remained silent. The faith of the village women was something else: it had no speeches; it resembled more the act of lighting embers when the wood is wet.

That afternoon the house filled with brief visits. Neighbors bringing eggs, a crust, a kerchief with a holy picture sewn in. Quiet blessings so the devil would not hear. Pedro received backslaps that sounded like farewells; Tomás had his hair ruffled like a boy bound for seminary.

Flora held on to a few words from Indalecia she never forgot, though at the time she didn't fully understand. She whispered them so softly they sounded like a thought:

"When a son leaves, the house keeps his scent."

Flora then smelled the house: bread, smoke, wet wool, cabbage soup, mother's hands, fear.

The morning of departure dawned clear, with an honest sun that made no promises. The cart road danced with eucalyptus shadows and dust. A tired donkey pulled a cart with two suitcases that were not suitcases at all: crates tied with ropes, a blanket, a Sunday shirt, a good knife, a notebook, a holy card, and the address of a man from Ourense who "knew someone" in Havana. The real luggage would come later, on the ship; the village's luggage was always lighter: barely a container for courage.

Before closing the crate, Pedro wrapped in a rag the heart of a wall clock that had belonged to their father: the pendulum, the weights, the iron entrails. It was not the great guardian in the kitchen -that one remained on the wall, measuring the life of the house- but this mechanism beat with the same obstinacy. "So as not to lose the village's hour entirely," he

murmured. In that heartbeat he also carried a piece of his sister and his niece. In Brazil, that heart would eventually be given new wood and a new bell, but it would remain the same clock.

The neighbors walked in clumps and apart, eyes wet. Rosaries were prayed in fits and starts. At times someone softly sang a farewell tune; at times silence crawled ahead like a creature none wished to step on.

Indalecia walked upright. She held Flora by the hand as if that hand were a thread that, if let go, would unravel the world. She did not cry. Her throat burned, yes, but in Galicia sorrow waits for night to come out on tiptoe.

At a curve where the valley opened like a bowl, Pedro stopped. He looked back. There lay Chandrexa de Queixa, its slate roofs, the gray ribbon of the river, the fields like open books no one finished reading. He made the sign of the cross without theatrics and walked on. Tomás imitated him a second too late, with the awkwardness of adolescence. Flora, very solemn, copied them both.

The clock, from its wall, went on keeping the house. No one heard it there on the road, but if time has memory, that morning it felt a knot in its throat.

Vigo smelled of salt and coal, a mixture of old sea and new machine. The port moved like a giant animal: cranes screeching, sailors shouting orders in languages not from the village, suitcases bumping against one another, a baby crying, the stubborn squawk of a seagull that knew nothing of geography.

The ships waited head-on, with the arrogance of full bellies knowing they carried the hope of many. At the Consulate Office, an employee with a mustache of endless tips stamped a seal with ceremonious weariness. Sometimes history enters the future through the small door of a

bureaucratic seal.

“Name,” he asked without looking up.

“Pedro Rodríguez.”

“Tomás Fernández.”

“Destination.”

“Havana first. Brazil after.”

He said it like reciting a learned formula, a fate written in papers more than in certainties. Brazil was still a faraway word, not yet a plan.

The employee sighed out of habit, as if burdened with all the world’s destinies.

Indalecia waited outside with Flora. She saw her men come out with papers folded in half, tucked inside their jackets like love letters. She said nothing. She placed a hand on Pedro’s arm. Then on Tomás’s cheek, a mother’s blessing without asking leave.

“Write,” she said. “Even if it is only to say ‘I’m here.’”

Pedro inclined his head.

“Letters take time,” Tomás warned, as if apologizing in advance.

“Letters take time,” Indalecia repeated, “but they arrive.”

The moment came to climb the gangway. The ship breathed deeply, releasing clouds of black smoke like bad thoughts one decides not to think. The wood groaned with an old moan. A sailor said “quickly” without malice, with routine. The travelers obeyed; no one argues with those who know the sea’s knots.

Pedro embraced his sister long, with a strength measured not to break her. Tomás bent to kiss Indalecia on the forehead. She smelled of bread and smoke; he of Sunday soap. Flora opened her eyes wide and thought, for a moment, that the ship was a high-backed beast where men disappeared

and returned changed, in another skin.

“Uncle,” she asked, “do ships have memory?”

Pedro paused for an instant.

“Houses have memory, girl,” he answered, looking toward an invisible wall where, far away, a clock marked the hours. “And women.”

The ship’s bell tolled with a sound that pierced the afternoon like a needle. The siren bellowed, shaking everyone’s chest. A tremor of handkerchiefs in the air, a rain of names, a catalogue of promises hurriedly spoken so they would not be forgotten. “I’ll be back.” “I’ll write.” “Pray.” “Keep the house.” “Take care of Flora.”

The moorings fell like tired snakes. The ship began to pull away from the dock with the majestic slowness of the inevitable. The city stayed behind, beautiful with its lights and rooftops, like a drawing one cannot tear off the wall without ripping it. Indalecia squeezed Flora’s hand until it hurt a little. No one said anything for a long while.

When the ship was already so small it looked like a toy, Indalecia raised her eyes and, for the first time, let fall a single large tear, unique, like a pearl deciding itself. There was no weeping. Only that tear tracing a clean line down her cheek. Then she wiped it with the back of her hand, straightened herself inwardly, and said:

“Let’s go home.”

The return was quieter. The road seemed different, as if stretched a bit longer. Those going down to the port crossed those coming up, and the greeting was a nod that meant: “Mine are leaving, yours are coming back, or the other way around.” At the rise where the valley opened, Flora turned instinctively: in the distance, the sea was a rectangle of silver beneath the sky. She thought she heard -whether in her chest or in her

memory- the tick-tock of the clock.

When they pushed the door open, the house received them with the same smell as always. The wood creaked like a grandmother shifting position. The clock was still there, in its old wall place, with its round face and tired hands. Indalecia approached, placed her fingers on the case, and spoke slowly, like one addressing a beloved animal:

“You and I, we’ll keep watch.”

The clock struck the hour, obedient and solemn. In Chandrexa de Queixa, time stayed with them. Across the sea awaited the sun of the cane fields, the steam of the mills, and the new heartbeat of Havana. But that is another music. And it would begin to sound in the first letter.

Chapter 2 – Havana

"Dear sister,

I write to you from a café in the city. Here there are men who lend pen and paper to those of us who, like me, cannot shape the letters. The words are mine, but another hand sets them down. Imagine the heat, sister: as if embers burned on the skin, and sweat did not refresh but scorched even more. We have arrived safely, though tired. Tomás is by my side and won't let go: we go through everything together. The work is hard, yet he says he will endure. Here they treat us like beasts, but the land is fertile, and those who resist say they manage to save. Do not weep for us. God willing, money will soon come.

Your brother, Pedro."

The port of Havana was a roar of voices, a sea within another sea. As they stepped down the gangway, Tomás covered his face with his sleeve: the air carried an unfamiliar weight, the smell of rum, tobacco, salt, and sweaty bodies. Pedro gave him a gentle push on the back.

-"Come on, rapaz, we've arrived."

The city was a hive. Narrow alleys, balconies strung with laundry, mulatto women in bright kerchiefs laughing with pearl-white teeth. Old cars roaring like metal beasts and ox carts that seemed to belong to the same

century as Chandrexa.

They were taken to a sugar mill barracks, several hours from the city. There it smelled of molasses and weariness. Wooden beds, rough blankets, men from everywhere: Galicians, Canarians, Asturians, Blacks, Jamaicans. A mosaic of tongues tangled in the shadows.

The first day in the cane field was a baptism. The sun fell like molten lead, the cane leaves cut the skin like blades, and the machete seemed to double its weight with every hour. Tomás split his palm open; Pedro tied it firmly with a rag and kept working without looking back.

-"This is what there is," he muttered. "If you stop, you starve."

The days began before dawn with the foreman's whistle and ended when the sky turned red. Sugar clung to the skin like a second crust. At night, in the barracks, voices searched for solace in songs. A Galician from Lugo sang village couplets; an old Black man, a *son* that spoke of seas and chains.

Tomás listened with eyes wide open. Sometimes he dreamed of Chandrexa and its cold river, of the clock marking the hours in the kitchen. Other times he dreamed of patent leather shoes that never came. Pedro, instead, kept silent and counted in his head: work, save, send money to Indalecia and, when possible, cross to Brazil. But always, always, with Tomás at his side.

The first letter was an act of faith. Pedro dictated slowly, as if laying stones along a path. The scribe, a mulatto with a thin mustache, wrote swiftly with his pen on yellowed paper. Tomás watched in fascination as letters were born that he himself could not trace; he promised to learn to read them, even if it took blows of patience.

-"Are you sure it reaches Galicia?" he asked, doubtful.

-“Sure,” replied the scribe with a smile. “The sea carries letters as it carries men. It takes time, but it arrives.”

That night, while the oil lamp flickered out its last tremors, Pedro lay on his cot with the calm of having left a trace in the air. Flora would one day read those words; if not, someone would read them to her. Indalecia would place the letter beside the clock. And though they were thousands of leagues away, the ticking would still be the same.

The cane field turned into habit, and habit into routine. But deep inside Pedro, the idea of Brazil grew like a seed. What in Vigo had sounded like a distant horizon at the consulate began in Cuba to take shape. There Brazil ceased to be a word and became a project.

It was not an escape alone, but a shared course: when the time came, they would cross together. And Tomás, tougher with each day, began to understand that youth was slipping from him: soon he would be a man made of cane, sweat, and silences.

One day, as he looked toward the horizon, he saw the sun sinking into the sea like a pool of fire. And in its reflection he thought he glimpsed a ship. He could not tell whether it was coming or going. But he knew, without saying it, that his journey was not yet over.

Chapter 3 – The Zafra

The first dawn in Cuba felt to Tomás like a hot knife. It was not the light of Chandrexa de Queixa, filtered through chestnut trees and mists, but a sun that strode in through every crack, filling everything with a sweet, almost sticky smell, as if the air itself had been boiled with sugar and sea salt. In the barracks, the men awoke to the sharp bang of a board against the door: “Up, Gallegos! Time to cut!” And the overseer, with a *yarey* hat and a short whip coiled around his wrist, repeated in a lower voice, into the ear of anyone moving slowly: “You’ll sleep here when you’re dead.”

Tomás groped the floor, searching blindly for the machete he had been given the night before. It weighed like both a promise and a threat. He slung it over his shoulder clumsily, as he had seen the veterans do, and stepped out into the open yard where the heat was already working like a ravenous animal. In line, they were led along a path of red earth to the edge of the cane field. The sea was at their backs, invisible but present, with its betraying murmur, as if someone were endlessly crumpling a giant sheet of paper.

“There’s no need to think here,” said the overseer. “You just cut. One… two… three… and down it goes!”

The cane field was a living wall that shut out the world. The stalks, taller than a man, cracked at the slightest touch, and the leaves scratched their

skin with a stubborn edge, like armed paper. Sweat ran down their necks before the first stroke. Tomás raised the machete and let it fall; the steel tore through fibers that screamed without a voice. Again. And again. By the fifth blow, his wrist burned; by the tenth, his shoulder; by the twentieth, he no longer knew whether the pain belonged to him or to the island.

They worked in pairs. Tomás was teamed with a silent mulatto nicknamed Candela, born in Matanzas, who wasted no syllable. Candela set the rhythm with a music that was his breath: "ha… ha… ha…," and each "ha" was a clean cut. At times he hummed a low song, something that sounded like a lament and a challenge at once, and the machete obeyed that melody. Tomás, gasping, tried to follow.

"Don't rush, *galego*," murmured Candela, when he saw him falter. "The cane is a teacher. First it hits you. Then it teaches you."

Tomás swallowed saliva, swallowed sugar in the air, swallowed rage, and carried on. He remembered Indalecia, his mother, placing her hand on his forehead the night before he embarked. "Don't forget your own, boy. Don't forget yourself." He thought of Flora, his sister, still a child then, running after the train that carried letters to Ourense. That memory gave him a jolt of strength; the cane fell with a crack, and at last they tied the first bundle. Tomás let out a snort that sounded almost like a laugh: he too could learn the language of that endless plant.

The sun rose higher, and with it the buzz of insects and the fever of the air. At midday, a whistle called them, and they sat beneath a discreet ceiba tree, the only generous shade for leagues. They were given lukewarm water and greasy stew with rice. No one complained. Candela pulled from his shirt pocket a small jute sack of roasted beans; he ground them

between two stones and poured the powder into a jar with water. Fierce coffee, without sugar.

“So your machete doesn’t fall asleep,” he said, handing the jar to Tomás. “Here, if the machete sleeps, the whip wakes you.”

Tomás drank. The bitterness jolted awake memories that came back like birds: the smell of damp firewood in the kitchen of Chandrexa, his grandfather’s voice telling of the wolf in the mountains, Indalecia praying for him with clenched knuckles, as if knocking on a door God would not open. Behind those memories walked another, stubborn and bright: an old clock, the clock that Pedro -the uncle already dreaming of Brazil- had once shown him, promising worlds. “Each tick-tock is a passage,” he had said. Tomás, lips stained with coffee, half-smiled. Here, each tick-tock was a stroke.

The afternoon brought the first lesson in danger. The wind shifted from the sea and someone, two plots away, set fire to the dry remains to clear the cut strip. It was harvest practice: controlled fire, they said. But the wind chose otherwise. The flame stretched out as if it had remembered it could also run. In seconds, the cane’s murmur changed: it ceased to be a whisper and became a howl.

Smoke leapt over their heads; sparks began to sting like wasps. The overseer shouted: “Back! Back!” And then came a different cry, a scream that had lost the way back to the body.

“Help!” -it was a boy, no more than seventeen-. “My foot!”

He had stumbled into a hidden ditch and a burning stalk had fallen on him. At first, no one moved. The flame grew and devoured. Candela cursed and ran toward the cry. Pedro followed, and Tomás after Pedro, without thinking. The heat licked their arms with a tongue of glass. Candela hoisted

the boy onto his shoulder, Pedro cleared the way, Tomás lifted burning stalks with his forearms, and together they fought their way out through blazing cane that burst with a sound like bones breaking.

They emerged into the cleared strip, leaving behind a trail of smoke and singed hair.

The overseer arrived, panting, furious and relieved. He looked at Candela, at Pedro, at Tomás, at the boy.

"Alive," he said, as if giving a number, not a blessing. "Alive." That was enough.

That night, in the barracks, the boy slept with a rag soaked in rum over his ankle. Some men talked more than usual, laughter broken by the fright. Tomás lay down and listened to the island breathe. Outside, the moon drew a milky path across the dusty yard. Candela, in the hammock beside him, pulled out a harmonica. Blowing softly, he let fall a melody that smelled of port and farewell. Someone cleared his throat, another tapped a rhythm on the wood with his knuckles, and so, without plan, a song emerged, half chant and half prayer. Tomás whispered his mother's name and Flora's, and promised in silence to find someone who could put into writing what he did not yet know how to write.

Letters took time to cross the sea, but they arrived. Two weeks later, the overseer handed out three envelopes stained by the journey. One was clumsily addressed: "For Tomás Fernández – Ingenio San José." The handwriting was Flora's, still shaky. Tomás deciphered it haltingly, with Candela helping on the more stubborn words.

"Tomás -it read-, Mama prays for you every night. I'm learning to sew better. The priest asked after you. They say the nights in Cuba are like embers. Don't get burned. They say Pedro looks after you. Write."

Tomás closed his eyes, pressing the letter to his chest. The barracks felt like a stranded ship, and those lines were a breeze.

Routine drove in like a stake: knife-edged dawns, cane, muddy water, sweat, blisters turning to leather. There were days of sudden storms that burst without warning and left the air washed, and days of merciless sun that made the world feel like an oven. One Sunday afternoon they were allowed down to the *batey*. Barrels of molasses waited like sleeping beasts. There was laughter, the smell of fried food, and a muffled drum from the yards. A group of women danced a *son* Tomás didn't know; one of them, with a red scarf, winked boldly at him and held out a hand.

"Dance, *galego*?"

Tomás, who in Galicia had stumbled through clumsy *muiñeiras* at weddings with broken bagpipes, accepted. Feet learn fast when the body wants to forget its pain. Pedro laughed from the doorway, holding a glass of rum that gave his teeth a shine.

"Look at you, Tomás," he shouted. "The island is adopting you."

"Or I'm adopting it," Tomás answered, not knowing whose audacity that was.

That night, his laughter lasted until silence returned. On his cot, the tin roof was a map of false stars. He thought of Pedro and his habit of turning every object into a sign. "Look at this clock," he would say, and the pendulum seemed a tongue saying yes, no, yes, no, agreeing with everyone. They were both still in Cuba; the plans for Brazil were talk for hammocks and Sundays. The idea slipped into Tomás's side. It didn't hurt. It itched.

There were speeches too. An estate administrator, with a peninsular accent and a waistcoat too tight, gathered the laborers one Thursday to

speak of contracts and progress and “the future we will build together.” From the back, Candela chewed out a “that’s what they all say,” which sounded like a comment on all of history. Tomás said nothing, but felt the lash of a truth: in Cuba he worked for two, but the dream that had brought him was larger than any signed paper.

Sometimes, at night, a preacher came through the barracks. He carried an English Bible with gilded edges and said “brother” with a cadence not Spanish. He spoke of liberation, of crossing inner seas, of a light that does not blind. Some laughed; others nodded with closed eyes. Tomás listened once, without committing, but one phrase stuck in him: “Where your treasure is, there will your heart be also.” And he wondered, without confessing it, where his was: in the red earth that clung to his boots, in the sea that promised routes, or in the village that had lent him his name and his bones.

The adventure -for that’s what it was, in its brutal way- reached a turning point when the mill received word of a hurricane spinning in from the east. The old locals gave it a name before the newspapers did. “This one carries bad blood,” said an old black man with scarred forearms. They nailed boards, reinforced roofs, tied down barrels. The sky changed face in an hour: it turned green, like water about to rot. The wind entered first like a thief, probing, and then like an army.

The barracks creaked. The cane bent as if making an ironic bow. Pedro and Tomás, with five others, pressed against the door so the gusts would not rip it off. Each plank became a question. The roof lifted at a corner, water slashed in sideways, hammocks swung gracelessly. Someone began to pray. Tomás clenched his teeth. For a moment, he thought he heard the clock’s pendulum among the howling wind, stubborn in the midst of chaos.

When it passed, the island looked like after a bad party. The sea had pushed its breath into the *batey*. Canes lay flat, puddles aspired to be lagoons, a fisherman's boat sat in the middle of the road. The men stepped out to see the wreckage with that mix of relief and fatigue left by disaster narrowly avoided. The overseer, more human for a few minutes, said "thank you" without deciding to whom.

That night there was no harmonica. Only silence. A thick silence, temple-like. Tomás dictated a long letter to Candela -who could write in a clear hand. He told of the fire, of the boy, of the dance, of the hurricane. He did not embellish. He didn't need to. At the end he added: "Mama, Flora, do not fear. I fall and I rise. My spirit does not go out. I am learning the rhythm of this land, but my heart does not forget where it comes from." Folding the paper, he thought that every word was a rope stretched between islands.

In the weeks that followed, the harvest sped up as if to outrun time itself. They cut down fallen cane, redrew furrows, worked by lantern light. Candela taught him to sharpen the machete with a stone that seemed once to have been a river. "The edge is patience," he said. And Tomás, who had always been more muscle than measure, began to understand the geometry of the stroke, the angle that saves tendons, the energy that travels from shoulder to wrist without waste. Those lessons gave him a new pride: not the pride of boasting, but the pride of no longer kneeling before the unknown.

One midday, at the mill's pier, a freighter arrived under a strange flag. It brought sacks, pieces of iron, poorly folded news. It also brought an old Galician, with a beard that looked like tobacco threads. His name was Bieito and he came from a sawmill in Cárdenas. He carried stories as one

carries bread. He spoke of men who had crossed to Brazil in search of factories and less bled soils, of São Paulo and its anthill of people. He swore no names, but said that the stubborn ones -like Pedro- could smell a second chance there.

When he heard this, Tomás felt something like a bell strike.

“Truly?” he asked, almost interrupting.

“Truly,” said Bieito. “But the journey spares no one divided. You must go together.”

Tomás did not know whether to laugh or cry. What he did know was that the adventure had another chapter written in the ink just opened in his chest. Cuba was tempering them; Brazil was waiting. Together.

At dawn, a distant thunder pretended storm, but it was a ship whistling in the distance. Candela rose, stretched his back, and gave them a look that knew more than it said.

“When you leave, Gallegos, tell me. It’s no friend’s way to vanish.”

“We’ll tell you,” said Pedro.

“And we’ll come back if need be,” added Tomás.

“No need. A man finds his path,” answered Candela, returning to his machete. “But leave behind a song.”

Tomás nodded. He lifted the machete once more and, as he let it fall, the stroke carried the cadence of a farewell that was not yet goodbye. The harvest went on, but in Pedro and Tomás the next journey had already begun.

Cuba, with its searing heat, its sugar stuck to the tongue, its hurricane in the bones, would remain in them as a mark. And yet, the world was bigger than a cane field. There were letters still unwritten, seas still to cross, and the same clock Pedro kept wrapped in a blanket -when the day came-

would sound different if the two of them walked through the door together.

Chapter 4 – Mutiny on the Ship

Boarding at the pier was like passing once more through the same dream in a different skin. Where once there had been curiosity, now there was fatigue; where once there had been eagerness to tell everything, now they kept silence. The sea breathed deeply, and the ship answered with a wooden groan that sounded old even in its pauses. Pedro slipped his hand into the bundle to feel it: there it was, wrapped in a wool blanket, the clock. He pressed it for a second, like someone touching a door before leaving. Tomás looked at him without asking; he had learned that some things are not spoken aloud because they have their own noise.

They climbed into the belly of the ship by a gangway that smelled of salt and wet iron. The men filed in, carrying bundles of impossible sizes, folded letters in their pockets, and promises clenched between their teeth. Inside, the light turned dirty, clinging to smoke and breath. The hold where they were lodged was a tableau of shadows: ropes taut like veins, sad hammocks, wooden benches with splinters like teeth. The ship set itself in motion like one who accepts a sentence.

The first days were a new schooling of the body: eating at others' hours, sleeping against others' backs, urinating with borrowed modesty, enduring the sway that erased the floor. Water was rationed; so was bread. At night the air thickened, and that metallic bitterness no one knew

the source of stayed on the tongue.

Tomás, wedged into a creaking hammock, fell asleep in jolts, thinking of the cane fields he had left behind and of a country that was still only a great word. Pedro, lying lower, counted measures: how many days at sea, how many rations, how many ropes held a sail. The letters from Cuba traveled with them. Pedro kept them in the same bundle where the clock slept, wrapped in clean cloth. Many nights, when the murmur of the ship sounded like the prayer of someone weary, Tomás would ask: “Read them to me, uncle.” Pedro would draw them out carefully and decipher them in a half-voice: words from Indalecia written months before, Flora’s trembling hand, brief blessings.

Tomás gazed at the page as one gazes at a map he cannot read, and yet still finds a path. At times he asked to hear a line again as if it were a refrain. And Pedro, obedient, would say it once more, and again, until the ship itself seemed to nod.

The sea had its moods. There were days of almost calm blue, with fish insistently brushing the skin of the water, and others when the wind entered like a drunkard: stumbling, pushing, speaking too loudly. Then the ship grew ill-tempered, striking with its keel as if it wished to turn back. The ropes tensed; so did the men.

It was on one of those afternoons of disorderly wind that the thread broke. The mess line had slowed, the water had come lukewarm and short, and a man -nameless- said “enough” with a voice of iron. Another repeated the word from the back, then another; the murmur leapt from head to head like a spark seeking straw. Someone banged a pail with a spoon and it sounded like a bell. There was no leader; there was hunger and pride. “More water! More bread! Bastards!” The words ricocheted against the

wood like stones against the door of a locked house.

Pedro rose without haste and looked around. Tomás was already tense, his knuckles white. The ship listed, as if leaning in to listen. From the hatch appeared the shadow of those above: boots, trained voices, hands that knew the whip and the rifle butt. “Back. To your places.” An arm shoved another arm and throats turned to stone. Tomás stepped forward, and Pedro gripped his shoulder with a force that was both affection and command.

“Don’t be the fuse,” he murmured.

But the fire had already found its timber. Hands sought sticks, eyes sought allies. Someone tried to snatch a bucket; another pulled a rope that should not be touched. The ship cried out with a crack of ribs. A shove knocked Tomás from his place and flung him against a barrel; his back burned, and his pride even more. Blood, hot, forces its way in uninvited in such hours.

Tomás leapt -he did not think-, plunging into the whirl of men pushing and being pushed. He saw up close a stranger’s fist, an elbow, a tooth flashing for a second, the shadow of a raised stick.

Pedro forced his way through like a man through thicket: without asking leave of the stalks. “Tomás!” His voice came out deep. He reached his nephew just as a blow descended like a branch. He thrust both arms forward, felt the splintering in his left wrist, the dull thrum that is not pain but warning. The stick bounced off his forearm; a wave of foreign fury tried to enter his eyes, but he kept it out. He seized Tomás by the chest and dragged him toward the wall of the hold, where the wood had old nails and the shadow knew how to keep.

“Breathe,” he said. “Breathe now, strike later.”

Tomás panted, eyes wide as if seeing for the first time the world of

darkness. The ship went on throbbing with fight for minutes that were hours. Above, the voice of command sliced the air in layers: “Back! Silence! Still!” A few came down with real sticks and an authority that did not tremble; the air changed its face. The violence, which had burst forth like a beast off its leash, let itself be dragged reluctantly back into its cage. On the floor lay three men with blood at the brow, another with a cheek swollen like a poorly baked loaf, and a silence like that of a church after blasphemy.

Pedro released Tomás without releasing him completely. “In one piece?” Tomás nodded, biting back what he would have said. His eyes sought his uncle’s wrists. Pedro’s left arm was turning ugly.

“It’s nothing,” he lied, with the practice of one who has learned to lower the volume of pain.

Punishment was not long in coming. They formed all on deck, the wind plastering clothes to their bodies. An officer spoke like one reciting the psalm of discipline. “Whoever raises a hand against order will know the iron.” They chose two for the warning and tied them to the mast. The ropes were patient hands; the blows, sentences with no right of reply.

No one looked directly, for there are things one must not learn with the eyes. Tomás clenched his jaw until it hurt; Pedro counted boot heels on planks as if they were rosary beads. When the punished were untied, the ship went on its way with a different dignity: the sad dignity of things that cannot stop.

That night, the hold was a chapel without a saint. No one sang. The sounds were of bodies settling, coughs, the drip of a bucket. Tomás touched the bundle. “The clock?” Pedro nodded. He drew it out. Even wrapped, it seemed to give off light. He rested it on his thigh for a moment and closed

his eyes. They did not hang it -no wall deserved it-; it was enough to have it near to hear its patience.

Tomás, breathing more evenly, whispered:

“Don’t let go of me if I falter.”

The following days brought a calm of post-battle. Water rationing returned to its stingy measure, but without provocation. Bread was bread again, though hard. On deck, the horizon was a chalk line on the blackboard of the world; sometimes a fish broke the lesson and all looked on like children. Pedro’s arm healed with the sea’s slowness. Tomás helped him bandage it at night, and between turns of cloth he would ask him to repeat about Brazil:

“Is it really for everyone?”

“Nothing is,” Pedro answered. “But for those who persist, there is a table.”

When the ship announced land with a long bellow, no one cheered. There was a collective sigh, like when a funeral mass ends. The pier was neither beautiful nor ugly; it was an ending. The men descended cautiously: solid ground feels like betrayal after so much sway. Pedro carried the bundle with the letters; Tomás slung the rest of his life over his shoulder.

Before taking their first step on that new land, they exchanged a glance that would last forever. Pedro placed his good hand on Tomás’s nape, pressed just enough, and said:

“Let’s not break what we carry inside.”

They walked. The sun of Brazil was another sun; it did not burn the same. The city breathed differently, a larger animal, with more mouths. In the murmur of the street, the clock -wrapped and still- marked its tick-tock like a wooden heart that never tires. And though no one else heard it, they both knew that, in some room in São Paulo, someday, that same heartbeat

would hang on a wall and keep their shadows company. First, they had to live.

Chapter 5 – São Paulo, City of Iron and Dreams

The pier of Brazil was not a promise but a fact. The ship spat them out onto the street like seeds scattered on stone. Pedro carried the bundle with letters and worn clothes. Tomás breathed deeply: São Paulo began there, in a different air, denser, smelling of iron and smoke. The city rose before them like a gigantic animal. It had nothing to do with the barracks of Cuba nor the villages of Galicia. São Paulo was a swarm of noise: trams screeching on rails, church bells that never ceased, street cries in accents mixing as if to invent a new language.

Pedro and Tomás walked among the tide of people. Vendors offered fruits that seemed to burn from within, fabrics of unusual colors, knives shining like mirrors. The air smelled of coal and frying, and a metallic hum wrapped everything, as if each stone of the city worked without rest.

There was no silence. Not even at night. From their first lodging -a shared room with three iron beds, a small window opening onto a yard of chickens and smoke- they discovered that the city never slept, it only changed voices.

That was where María entered the scene. She had come from the south of Spain, with a Castilian different from Galicia's and a way of walking that always seemed in a hurry. She was not a woman of nostalgia, but of solving the day-to-day: she knew how to bargain in the market, sew a dress with

four stitches, and bring order into the disorder of the boarding house. Pedro, a man of silences, found in her an unexpected counterpoint, almost a compass. She spoke little of her past, but with her presence she began weaving a possible future in the middle of that swarm of noise and accents.

Work came quickly, because arms need no translation. A boiler factory hired them as laborers. There were no machetes or cane there: there were hammers, red-hot rivets, sheets trembling with every strike. At first Tomás was dazzled by the machinery, by the fire seemingly tamed inside enormous furnaces. But soon he understood it was another form of harvest: sweat, bent backs, a rhythm imposed by whistles and sirens.

Pedro did not speak much, but he observed. He watched the foremen, the supervisors who could read blueprints, the men who handled accounts and payrolls. He knew physical effort gave bread, but also scars. Brazil offered more than muscle, if one could endure and wait.

In their free hours they roamed streets that rose and fell as if the whole city were built on hills. There they found churches raised in haste, cafés with large mirrors where the Portuguese argued politics, and boarding houses crammed with Spaniards, Italians, Syrians, Japanese. Each group spoke loudly, as if to avoid losing their language amid foreign noise.

Tomás listened wide-eyed, with that mix of curiosity and fatigue that belongs to youth. Every night, before sleeping, he asked Pedro to repeat a new Portuguese word: *moço*, *saudade*. In his way, he was writing his own vocabulary of survival, while noticing how those words resisted María more than him. In his way, he was writing his own vocabulary of survival.

One Sunday they went down to Praça da Sé. The cathedral was still under construction, but it already imposed. Preachers, beggars, musicians filled

the square. Tomás stopped before an organ-grinder who made a monkey in a sailor suit dance. He smiled with a sadness he could not explain: life seemed a spectacle where some danced in costume and others with invisible chains.

Pedro pushed him gently on the back, just as in Havana:

“Go on, boy. Don’t just stand there. São Paulo doesn’t wait.”

The city was harsh, but also fertile. It offered them wounds and coins, exhaustion and promises. The clock had not arrived whole from Galicia: Pedro had brought wrapped in a rag the pendulum and iron entrails of that old guardian. In São Paulo, with the help of a neighborhood carpenter, he dressed it in new wood and fresh bell. It was not the same kitchen clock, but it beat with the same memory.

In the streets, workers spoke of strikes and rights, merchants of profits, newcomers of dreams. Tomás listened, Pedro nodded little. Brazil was not the goal yet; it was a bridge. But in that city of iron and smoke, both began to feel part of something larger than their bodies: a multitude that worked, dreamed, and multiplied in a common heartbeat.

At dusk, the city smelled of sweat and fresh bread. Tomás lifted his gaze to the cables crossing the sky like webs of iron. He thought of Galicia, of Cuba, of the ship that had nearly swallowed them. And he murmured, not knowing Pedro heard:

“May what we carry not break.”

Pedro barely smiled. The clock struck the hour, timidly. Life in São Paulo had begun, and with it also a home with María, from which would be born a family that would grow to fill entire generations.

Meanwhile, the boarding house was much more than a roof: it was a hive. Each bed had an accent, and each window kept a secret. María also lived

there, in the next room. She came from southern Spain, with a different Castilian and a way of walking that always seemed in a hurry. They shared the patio, the coal kitchen, and the smell of damp clothes hanging on the lines.

“And where are you from?” she asked the first night they all gathered at the long table.

“From Galicia,” answered Tomás, with his mouth still full of rice. “Ah… Gallegos,” said a mustached Portuguese, letting out a laugh that did not please.

“And what about Gallegos?” María shot back, without lifting her eyes from her plate.

The Portuguese shrugged, muttering something about “hard heads.”

Pedro, who rarely entered into quarrels, lifted his gaze:

“Hard head, yes… but steady arms. And here you need both.”

María glanced sideways at him with a half-smile. She said nothing more, but from that moment Pedro noticed her eyes lingered on him longer than necessary.

Over time, that common table became a stage of learning. The Italians brought pasta and sang songs loudly; the Japanese offered tea and curiously observed how Pedro never forgave a piece of bread from the market, however rough and hard. The Portuguese debated politics as if they were in Lisbon, and amid all that noise, each one found a way to hold on to his homeland without letting go of the new.

At the factory, adaptation was rougher. The heat of the furnaces burned the throat and the hammer blows resounded like an army of drums. One day, while adjusting a red-hot iron sheet, a Portuguese foreman shouted at them.

“Mais depressa!” he barked, pointing at Tomás.

The young man, drenched in sweat, looked at Pedro without fully understanding.

“What’s he saying?”

“That faster,” translated his uncle, holding the iron calmly.

The foreman clicked his tongue, impatient.

“Esses galegos, sempre lentos…”

Pedro laid the hammer on the ground and met his gaze without flinching.

“Slow, yes. But steady. If you want this to last, you’ll have to wait for it to cool as it should.”

A tense silence followed. The foreman muttered something under his breath and walked away, barking orders at another group. Tomás swallowed hard, still gripping the hammer.

“One of these days he’ll throw us out.”

“Or he’ll respect us,” replied Pedro, returning to work.

María heard the story that night at the boarding house while sewing.

“A loud Portuguese, that’s nothing new,” she said, without lifting her head from the fabric. “But careful, Pedro. Not all shut up so easily.”

He did not answer. He only settled in his chair, jaw clenched, and María watched him a moment longer than necessary before returning to her stitches.

Later, as the boarding house gradually quieted, the three went up to the rooftop. The city spread its yellow lights like an endless river. The trams glimmered in the distance, and the air carried a blend of coal, coffee, and fresh bread.

Tomás leaned on the railing, his face lit by the moon.

“Look, uncle. It seems it has no end.”

“Nor does it,” Pedro replied, serious, though with a glint in his eyes.

María sat on a step, her hands still smelling of thread and needle. “In my village, when you saw so many lights, it meant there was a festival. Here it must be a festival every day.”

Tomás laughed.

“A festival… or punishment.”

Pedro remained silent. The city challenged him and drew him in at the same time, as if each lamp were a promise to be paid in sweat. María glanced sideways at him; in that quiet gesture she sensed the stubbornness that had defended her at the common table and the firmness with which he had faced the foreman.

The rumble of the tram reached the rooftop like a reminder that São Paulo did not sleep. And yet, up there, for an instant, time seemed to stop. Three newcomers, united by necessity and by something else just beginning to sprout, gazed at the city as one gazes at a destiny not yet named.

Tomás sighed, letting the words slip out almost in a murmur:

“May we never lack a place in this world.”

María heard it, but said nothing. Pedro turned his head just enough for his nephew to know the phrase had been stored. And then, without another word, the three kept watching the tide of lights waiting below, with the certainty that there the true trial was just beginning.

Chapter 6 – Tomás and Esmeralda

São Paulo was a city that devoured days. Work gave no respite: hammers, fire, the whistle of sirens splitting the day into equal pieces. For Tomás, every dawn was a test of endurance. Yet, amid the noise and fatigue, something different began to grow: a desire to stay, to take root in that land that was no longer a promise but the present.

Esmeralda appeared in the midst of that whirlwind. She was a Black woman, with a steady gaze and confident stride, accustomed to never lowering her head. She was surrounded by neither luxuries nor favors, but her voice carried a force that filled the air. Tomás met her at a neighborhood party, with music rising from the courtyards and drums that seemed to speak in ancient tongues. It was not a storybook encounter, but something simpler and deeper: they looked at each other, and neither looked away.

The courtship was brief. Life allowed neither long waits nor solemn gestures. Tomás sought her after work; sometimes it was enough to walk a few streets together, other times to share a glass of strong coffee. They did not have much, but in those hours the city ceased to be an enemy. Pedro watched in silence: he knew something was changing, that the boy who had crossed the sea with him no longer dreamed only of Galicia, but of a future in Brazil.

The wedding was celebrated without adornment, in a modest church of the working-class neighborhood. There was no choir, no grand dresses; only the priest's words, the couple's "I do," and the curious gaze of a few neighbors. For Tomás and Esmeralda, it was enough. It was a pact of body and life, joining together to face the city side by side.

It wasn't long before a new cry filled the house. It was the first child of Tomás and Esmeralda, small as a promise, strong as the mix that had brought him into the world. It didn't matter if it was boy or girl: what mattered was that, with this child, the family anchored itself definitively in Brazil. They were no longer migrants passing through: they were roots.

The neighbors murmured. Some Galicians frowned at the sight of Tomás holding hands with a Black woman. But he never hid. He walked with Esmeralda through the streets of São Paulo with his head high, like someone declaring that the future is not borrowed, it is built.

In that gesture there was more than love; there was a declaration of mingled blood, an act of resistance against prejudice.

Pedro sometimes watched that small family with a mixture of worry and pride. He knew the world would not always be kind to them, but he also knew Esmeralda's strength was of another kind: the strength of women who do not yield.

In that house, with poor walls and great dreams, the Galician line mixed with Brazilian blood. There began a branch that no longer dreamed of returning, but of growing, of leaving behind children who would speak Portuguese, dance to the rhythm of other drums, and belong to an immense and demanding land.

Mestizaje was no longer a word, but flesh. And the family's story, from then on, would always carry a different accent, born from the meeting of

Tomás and Esmeralda in São Paulo.

From that point on, life was made of small scenes: Tomás arriving late from the workshop with his hands covered in dust, searching for Esmeralda in the dim light, where she rocked the baby with songs he did not understand but that filled him with calm. On Sunday afternoons in the neighborhood, they walked together without aim, as if sharing the street were enough to feel at home.

There were tense moments too. At a gathering of compatriots, someone let slip a biting remark about Tomás's choice. He set his glass down on the table and replied calmly:

"If life gets complicated, let it be for something worth it."

The phrase hung in the air, and no one insisted again.

That night they went out. The city smelled of coal and frying, a blend of weariness and festivity. They crossed paths with a group of Galicians who, upon seeing them, lowered their voices.

"That boy has forgotten where he comes from."

"No. I've only learned where I want to stay."

Esmeralda squeezed his hand. She walked a little taller, with that firmness that seemed to defy the whole world.

When they got home, she broke the silence:

"Does it hurt you, what they say?"

Tomás shook his head.

"What would hurt is not having the courage to walk with you."

She smiled, though a serious glint remained in her eyes.

"It won't be easy. People talk, and sometimes the tongue wounds more than the knife."

"Then let them talk," he answered. "I'd rather live out loud than hide in

silence."

The child stirred in the cradle. Esmeralda lifted him in her arms and began to sing a melody from her childhood. Tomás listened without understanding the words, but in that song there was a certainty: the mingling was no longer a risk, but a future.

A few days later, Pedro came to visit. He stood at the door, watching Esmeralda cradle the baby while Tomás looked at her as if nothing else mattered.

"This is a hard country," he said at last. "But if you resist together, nothing will bring you down."

He added nothing more. He left slowly, his face serious, though in his eyes there was a spark of pride.

Inside, the story had changed forever. And nothing -not the noise of the city, nor the voices of others- could ever erase it.

Chapter 7 – Pedro's Descendants

From Pedro there were no letters or diaries. He left no pages written in his hand, no phrases kept on scraps of paper. What remained were children, and from those children others, and from those others branches that multiplied until they seemed like an entire forest. His inheritance was not a testament of words, but a lineage that opened like an inexhaustible fan. That forest had two intertwined roots: Pedro and María. She came from the south of Spain, with a different accent and a practical gaze that knew how to turn poverty into home, disorder into a shared table, silence into shelter. Without María, Pedro's seed would have been fragile; with her, their offspring found fertile ground to grow without rest.

The poor houses of the early years soon filled with voices and footsteps. There was the noise of children, the smell of soup, songs improvised in patios where silence barely fit. Each generation added new chairs around the table: more mouths to feed, more hands to work, more stories told by the light of a lamp.

"María, is there bread left?" Pedro would ask after a long day.

"Little, but enough," she replied, breaking the crust into equal pieces that seemed to multiply between her hands.

And what began with a Galician who barely knew how to trace his name became, over the years, an immense choir of grandchildren and great-

grandchildren who already spoke Portuguese as their cradle tongue, who dreamed in Portuguese, but who did not forget that at the origin there was a different accent, carried from the mountains of Galicia and from the plains of southern Spain.

Some stayed near the neighborhood where Pedro had raised his first walls, in those dusty streets of São Paulo where the air smelled of coal, roasted coffee, and workers' sweat. Others moved into the great city as it spread with trams, factories, and rising towers.

And with time, certain branches stretched beyond Brazil, crossing borders and seas as if Pedro's journey had never ended, as if each child carried in their blood the need to keep walking. Iracema and Gilda were the first to leap: they left for the north, to the United States.

"Father, what if we don't come back?" Iracema asked before leaving.

Pedro lowered his gaze and said slowly:

"It doesn't matter. What matters is that you never forget where you came from."

Each branch carried a memory. Some preserved a Galician word, whispered like an inherited prayer. Others kept simple objects: a worn photograph, a rosary, a folded letter. In more than one house hung a clock, stubborn witness of the days. All remembered that Grandfather Pedro had crossed the ocean carrying the entrails of one wrapped in a blanket, and that in São Paulo he had revived it with new wood. That reconstructed heartbeat was the first, and from it were born other echoes on other walls.

At family tables, the same story was repeated: that of a Galician who worked the cane fields of Cuba before reaching São Paulo, of a man who gave his skin to the mills and never surrendered. And beside him, the discreet figure of María, the woman who held daily life together with her

hands so that memory could be passed on.

“Where did Grandpa come from?” a child would ask, bored of the tale.

“From far away,” the grandmother answered firmly. “So far he crossed an entire sea so you could be born here.”

The grandchildren grew up hearing those stories, even if they did not always listen. A boy might run through the patio and, without knowing it, imprint the phrase his grandmother repeated. A girl might fold freshly washed clothes and, unknowingly, recognize in her own hands the same gesture her great-grandmother once had. Memory was thus transmitted not only in words, but in gestures, in ways of looking, in how one worked the land or placed bread on the table.

Pedro and María’s tree was not uniform. It had thick branches that gave shade and thin branches that bent in the wind. It had leaves that gleamed under the sun and leaves that fell too soon. But all were united by the same sap: the blood of two emigrants who crossed seas, survived hurricanes, planted their feet in strange soil and made it their own. At times it seemed the story scattered too much, that the family drifted down different paths; but all it took was a gathering, a letter, or an unexpected visit for everyone to remember they were still part of the same trunk.

“Do you remember Pedro?” someone would ask at a meal.

“How could I not… if I still hear his voice when he chopped wood,” another replied.

As the decades passed, that lineage became uncountable. It no longer fit in a single photograph, nor at a single table, nor in a single house. It was a family that ceased to be small and became a constellation. Some studied and raised books as tools of the future, others worked new trades, in factories and shops; some traveled far, while others kept the memory at

home. Each traced their own path, but all carried, somewhere in their hearts, the mark of Pedro and María.

In São Paulo, neighborhoods knew their surname. In North America, Iracema and Gilda carried that memory to cities of wide rivers and towering buildings. In each place, the branch found its way to grow, to adapt, to flourish. The echo of Galicia and southern Spain, though distant, seeped into their accents and their family tables. It was an echo mingling with new languages, with new music, but it remained, like a discreet heartbeat.

Pedro and María left no written books nor great speeches. Their inheritance was not a monument of stone nor an estate raised with pride. What they left were children, grandchildren, and great-grandchildren. They left the certainty that life, however harsh, multiplies when one endures. Their offspring, the most numerous of all, is living proof that a single emigrant -and a woman at his side- can become the root of a forest that never stops growing.

And that forest still grows today. The branches stretch, intertwine, seek each other despite the distance. No ocean can truly separate those who share the same sap. In each generation, someone asks where we come from, and the answer spreads open like a fan: from a small village in Galicia, from a journey to Cuba, from a ship bound for São Paulo. And in the middle of it all, always, the figures of Pedro and María, who sowed without knowing their seed would become a forest. And while Pedro and María's branch multiplied in São Paulo like an uncontainable forest, across the ocean remained Flora's voice. In Barcelona, amid sirens, she kept letters and silences. While some opened paths in America, Flora wove in Europe the thread that would not allow the family to break entirely.

And that thread, woven between continents, still resonates today. Because as long as someone asks, as long as someone remembers, the voice of Pedro and María will go on beating in every branch, like an echo refusing to die.

Chapter 8 – Flora in Times of War

The mountain always seemed to remain, as if everything else were just passing through.

Flora learned there the language of slopes and of cold, the glimmer of frost on the meadows and the patience of animals. As a child, she kept secrets that could fit in no notebook, and far too early, she came to know loss. From then on, she understood that sometimes a woman's fate is not only to live, but to sustain.

In the village, days followed an ancient order. In winter, mornings smelled of smoke and broth; in summer, of cut grass and clean clothes crackling on the line. Flora went down to the river with a zinc bucket, rinsed the laundry in icy water until her fingers turned red, and learned to twist the sheets with a quick flick of the wrist. She knew where the shy mushrooms grew, when the sky held back snow, and how to read the flight of birds to guess the rain. On windy evenings, the valley filled with bells and voices. In autumn, the chestnut bonfire gathered hands around the flames, and on the longest nights, women spun and told stories to keep fear away. Flora listened more than she spoke, winding together a ball of names and customs she didn't want to lose.

She held on to names, dates, and paths. She didn't speak much: she took notes. She began with a cheap notebook, as one might light a small fire.

Her handwriting, trembling at first, grew steadier through repetition—addresses, errands, messages. In the kitchen, amid steam and stew, she heard names of faraway places no one had seen and news brought by a mule driver or written on a postcard. For Flora, the world began to be measured in papers: shopping lists, work notes, a short letter or two containing a whole universe in a few lines.

The village taught her skills, but the horizon was narrow. With a small suitcase and a scarf tied over her head, she began her inner migration. First came a city of shaded courtyards and cool corridors, where floors were scrubbed with care and the crockery was counted softly so not a single plate would be missing. Flora learned the language of well-off Catalan homes: the coal stove that blackened hands, the ember-heated iron that left a tense shine on starched collars, the water jugs changed at fixed hours, the beds made with a perfect crease. She discovered the silent hierarchy of the household—mistress, cook, maid—and its unwritten code: walk without noise, speak only when needed, announce yourself with a light knock on the doorframe.

That work was demanding and precise. Mornings began before daylight, with kitchen coffee; nights ended when the last glass stood aligned in the cupboard. Flora learned to carry a tray without the spoons clinking, to polish furniture until her finger slid on the surface, to mend a hem invisibly at the edge of an expensive skirt. There were winters of chilblains and summers of trapped heat in high courtyards. In return, a narrow but her own bed, a steady meal, and a wage counted in coins and reliability: that nothing break, nothing be missing, and everything be ready before being asked for.

In the rare free moments, Flora went out with a companion. They walked

unhurriedly, gazing at shop windows that reflected another life. Sometimes they sat by a public washhouse and talked about the usual things: the price of bread, whether the household was good to work for. Other times, with her pay in her pocket, she bought a new notebook and a pencil. That was all she needed to keep her small order: lists and errands.
In time, the city called louder. Barcelona**.** Trams, smoke, the port. Neighborhoods smelling of metal and bread; puddles reflecting a tired light. Flora arrived quietly, as do those who cannot afford to make mistakes. She found a room and a job. She learned the map on foot: from the market to the fountain, from the fountain to the shop, from the shop to a porter's lodge where another Galician girl pointed her to the corner of the errands.

The great city floated heavy words in the air, but Flora preferred the small acts: aligning glasses, bringing order to a cupboard, counting change without error. She could tell when a voice came from pride and when from hunger; and that words mattered only if held up by bread and hands. In a house of high ceilings and mosaic floors, the hallway clock measured the morning with a patience that reminded her of the valley. No one spoke to her of politics in the kitchen: they spoke of stains, of shine, of timetables. She nodded and complied.

The calendar began to weigh. News came in fits and starts, and each neighborhood made sense of it in its own way. Flora kept to her rhythm: work, fountain, market, notebook. On those pages she gathered crumbs of the world: a misheard name, a full address, a shopping list, the rushed note of a cousin's birth. Not to tell it later, but so it wouldn't crumble away.
In easy times, service followed an almost musical rhythm: the metal of cutlery, the hollow thud of bread on the board, the whisper of a feather

duster against a frame. In harder times, gestures changed. Windows grew heavier curtains, lamplights dimmed earlier, conversations were trimmed short on the stairway. Flora prepared a box of essentials: needle, thread, a piece of soap, short candles, the notebook. She didn't know what would be needed, but she sensed the city was going to demand care.

At times, the hill of Casteligo came back to her mind: the line of chestnut trees against the sky and the breath of animals at dusk. She thought of the women who sustain homes and names without ever appearing in the stories. In her quiet way, she was preparing to keep order and tend the small flame.

The port still smelled of salt, but the air carried something else. In the bread lines, eyes spoke without questions. Minimal normality became an act of will: washing by hand, scrubbing the floor, finishing a hem, dating a note to avoid getting lost in identical days. When dampness slipped through the cracks, Flora heated water in an old pot and, as the steam rose, reviewed her notes: who was waiting for a letter, who expected news, what new word she had learned that week.

She did not name fear: she placed it. Like folding a sheet and putting it back where it belongs. In another drawer — the one for things not to be lost — she left a word that served as her compass: family**.** That was enough not to lose the North. The house where she served had its rituals; she had hers: a candle kept aside, a piece of bread wrapped in a cloth, the notebook with a pencil worn down halfway. Small defenses against what cannot be controlled.

When the headlines hardened, the city crossed a threshold. Flora didn't leap it; she stepped over it consciously, knowing that from then on her task would be more needed than ever. She would not raise barricades or

make speeches. She would do what she knew: brace, care, remember what mattered. Sharpen routine as one sharpens a kitchen knife: for bread, not for harm.

One ordinary night, perhaps with a candle lit, she heard in the distance a crash and the tense silence of buildings holding their breath. She did not write what she felt: she noted a name and an address. The next day, market, fountain, room. Returning home, she folded a paper that had long awaited the right words. I'm here. I continue. She sealed it firmly.

The rest would come later. For now, the small flame she had learned in Galicia was enough: a modest warmth unseen from the street, yet keeping the house from growing cold. Outside, the city had begun to speak in blows. Inside, Flora reaffirmed her craft: to ensure nothing essential is lost when everything around begins to tremble.

Chapter 9 – The Leap

Pedro's tree, already leafy in São Paulo, did not stop growing. The branches, heavy with children and grandchildren, kept reaching for more space, as if the same need for movement that had once pushed their father across the seas was engraved in their sap. At first, they spread through the working-class neighborhoods of the city, but soon some branches stretched beyond Brazil, toward horizons that once seemed impossible.

It was then that part of the family looked north. The journey was no longer in ships packed with poor emigrants, but in trains and airplanes; yet the motivation was the same: to open paths. From São Paulo, some branches crossed the continent and reached the United States. There, in cities of skyscrapers and immense bridges, they found new roots.

"Doesn't all that noise scare you?" asked a sister, watching Iracema prepare her suitcase.

"Of course it does," she replied. "But I'm more afraid of being left without a horizon."

In New York, the leap became real. Among streets that never slept and buildings that seemed to brush the clouds, the family sought its place. In small apartments, with hard jobs and endless workdays, they started over. From their windows they could see the Hudson like an immense mirror,

reminding them there were still seas left to cross.

“Look at those lights,” someone said at a family meal. “They seem never to end.”

“That’s why we must light our own,” answered another, raising a glass. “So we don’t lose what we bring from home.”

Meanwhile, in São Paulo, other branches remained close to the root. They went on studying, working, building a future in the same soil where Pedro had planted his lineage. From there they kept in touch with those far away, like roots feeding the high branches. Thus, Pedro’s family became a weave that tied together two Americas: the South and the North. A tree growing in different directions, yet never forgetting the common trunk. Galicia lay far away, but still beat in memory; Cuba was a shared remembrance, and Brazil the solid ground; the United States, the unexpected leap that confirmed the strength of that lineage.

Today, looking back, one can grasp the magnitude of that journey: a Galician man who left poor and illiterate ended up planting a human forest that stretched from the favelas to the skyscrapers, from the murmur of cane fields to the hum of North American avenues.

Among the branches that dared the leap, the name of Iracema shone brightly, one of Pedro’s daughters. She was among the first to look beyond Brazil, opening the way toward the United States, where other family voices would later find their place.

Upon arriving in New York, the city engulfed them like a whirlwind. The port was a hive of different tongues, of suitcases tied with ropes, of faces looking upward, trying to take in skyscrapers that seemed never-ending. “It looks as if the houses touch the sky,” someone murmured, with awe that was part fear and part hope.

“Then we’ll have to learn to live that high,” another answered, trying to laugh.

The first days were a maze of directions, paperwork, doors that opened and others that shut. English came as an incomprehensible murmur in offices and shops, but the family managed with gestures and the will to push forward.

“Did you understand anything?” one asked, coming out of a window counter.

“Nothing. But I smiled and they pointed me to another room. I guess that’s the place.”

The first home was a narrow apartment, with windows onto a courtyard strung with clothes of a thousand colors. There was the noise of radios, of children running, of neighbors speaking Italian, Spanish, Polish. There, between thin walls and a shared kitchen, they began again.

“This isn’t São Paulo,” someone said, pouring coffee into mismatched cups.

“Nor does it need to be. We can make a home here too,” another answered, setting a photograph of Pedro on the shelf.

On Sundays they sought out places where their language was spoken, where a simple conversation with a compatriot reminded them they weren’t entirely alone. It wasn’t much, but it was enough to feel the distance shrink.

“Listen,” said one of the youngest. “They sound like home.”

“No, son, it’s not the same. But it reminds us we come from there,” answered the eldest, closing her eyes for a moment.

And so, amid long days and short nights, folded letters and improvised meals, the branches that had leapt to North America began to put down

roots. The city did not welcome them gently, but neither did it break them. Each gesture, each shared word, each memory crossing the ocean was a way of resisting, of continuing to grow.

And while in America the tree went on expanding, across the ocean remained Flora. She did not multiply descendants, but she multiplied memory. In Barcelona, after the war, she became the final guardian of letters, of memories, of the silences that held the family together. Her voice would close the circle that Pedro and Tomás had opened when they departed.

Chapter 10 – Flora's Voice

Flora was born among mountains that seemed eternal. In Casteligo, parish of Chandrexa de Queixa, before war and hunger filled her eyes, she was a shepherd girl. The mountain was her school: she learned to recognize the shadows of wolves, to listen to the river as if it spoke, to distinguish the wind that heralded storms. But she also came to know fear. One afternoon, high on the mountain, she found herself surrounded by solitude and danger, and suddenly understood that childhood could be broken in an instant. Years later she still remembered it as if it had been yesterday: the cold on her skin, the heavy silence, the sense that death was close by.

Her life changed forever when her mother, Indalecia, died in childbirth. She was far too young to bear such a grief. The muffled cry of her mother and the silence afterward pierced her chest like burning iron. From that day on, Flora understood that her destiny was not only to live, but to keep: to keep her own, to keep memory, to keep what time might insist on erasing.

Before the war, Flora had left Galicia. She worked for a time in a house in Lérida, where she learned that emigration does not always cross seas: sometimes it is enough to change land and language to feel foreign. When that service ended, she moved to Barcelona, seeking a life of her own in

the city that was beginning to grow and roar.

And there she met the man who would become her husband: a thin man, with rough hands and clear eyes, who spoke of justice as if it were bread to be shared among all. He did not wield a rifle at the front: he fought in another way, as a unionist. The Civil War reached them there, in the city, with its sirens and blackouts, with hunger that took no sides. Flora stood by him with the same steadfastness with which her mother had supported Pedro and Tomás when they departed: without tears, because tears are a luxury in times of war.

From that love a son was born: Luis, my father, in January 1938. Just weeks later, Barcelona began to shudder under air raids. Sirens howled over a city of basements and blackouts, and Flora understood that a newborn could not grow up that way. When in March 1938 the bombings became unbearable, she made the decision that would mark her forever: to send her son to Galicia, to the village she had left behind, to protect him from the war. Luis grew up safe among mountains, while Flora endured in Barcelona with her husband, sharing scarcity, fear, and silences.

When the war ended, he tried to flee to France, but was caught at the border and imprisoned in Melilla. For Flora, that absence was widowhood in advance. And when he returned, nothing was the same: fear, defeat, and dictatorship had raised invisible walls.

When the postwar years finally gave some respite, Luis returned to be reunited with his mother in Barcelona. Already an adolescent, he came back to the city where he had been born, and that return closed the circle: the child refugee returned as a young man, and with him resumed the life interrupted by the bombs. Flora, aged by loss, recovered the son she had protected at the cost of her own solitude.

On those nights, when she cradled Luis in memory and not in her arms, she swore silently that memory would not be lost. Not only the memory of Galicia and of Pedro and Tomás, but also that of the man who had gone away and returned changed.

The years passed, and Flora witnessed how the family grew across the ocean. She knew of the cane fields of Cuba, of the factories of São Paulo, of her uncle's children who had even reached New York. She did not see it with her own eyes, but she imagined it so vividly that it was as if she had traveled with them.

As she grew older, Flora did not become the matriarch of multitudes, but the guardian of silences. In her home were kept folded letters, photographs, scattered news. She did not have the voice of speeches, but she had the strength of one who ties together dispersed threads. Every word she received she repeated, memorized, made her own. If someone forgot, she remembered. If someone kept silent, she spoke the name.

Flora's voice was not loud. It was a constant murmur, like that of the swamps and rivers that run through Chandrexa. But thanks to that murmur, the family's memory was not lost. She knew that Pedro had raised a large family in Brazil, that Tomás had mingled his blood with Esmeralda's and that from that union a strong, mulatto branch had been born. She knew that in North America some had gone very far, and that in São Paulo others had made education their banner. Above all, she knew that in every branch the same pulse still beat.

When she looked back, Flora saw three landscapes: the Galician mountain, scarred by her mother's death; wartime Barcelona, with its sirens and its letters; and the American memory, made of stories carried on paper and by word of mouth. She was the thread that united those three worlds.

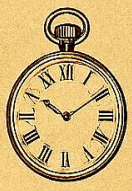
In her final years, she became the absolute guardian. There was no family gathering without her memories appearing. No letter passed without touching her hands. No silence remained without her filling it with memory. The clock of Chandrexa, that ancient tick-tock, she still heard within, as if time itself spoke only to her. Flora knew with certainty that not everything is lost. Her voice, humble and persistent, had tied Galicia, Cuba, Brazil, and the United States into the same weave. And though the house might fall silent, though the letters might yellow, the family would go on beating in every generation.

For Flora's voice, in the end, was more than a voice: it was memory, it was root, it was the pulse of the clock that never ceased to sound.

APÉNDICE

APÊNDICE

APPENDIX



NOTA DEL AUTOR

Nieto de Flora.
He querido reunir aquí lo que quedó de nuestra historia:
recuerdos, voces que cruzaron mares.
Para que la memoria siga su camino.

NOTA DO AUTOR

Neto de Flora.
Quis reunir aqui o que restou da nossa história:
lembranças, vozes que atravessaram mares.
Para que a memória siga o seu caminho.

AUTHOR'S NOTE

Flora's grandson.
I wanted to gather here what remained of our story:
memories, voices that crossed the seas.
So that memory may continue its journey.

Santiago González López

AGRADECIMIENTOS

Guardianas de la memoria

Este libro no habría sido posible sin las voces que todavía laten en la familia.

Arlete, con sus recuerdos vivos y su generosidad incansable, me abrió las puertas de un pasado que parecía perdido. Bete, Florisa, Nadir, Iracema, Gilda… cada una, con sus palabras, cartas o gestos, me entregó fragmentos que aquí se convierten en historia.

Ellas son las herederas de aquel viaje que comenzó en Galicia y se extendió hasta Brasil y más allá. No figuran como personajes en los capítulos, pero su presencia está en cada página, porque sin ellas la memoria se habría apagado.

A todas, gracias por custodiar la savia de este árbol y por compartirla conmigo.

AGRADECIMENTOS

Guardiãs da memória

Este livro não teria sido possível sem as vozes que ainda vibram na família.

Arlete, com suas lembranças vivas e sua generosidade incansável, abriu-me as portas de um passado que parecia perdido. Bete, Florisa, Nadir, Iracema, Gilda… cada uma, com suas palavras, cartas ou gestos, entregou-me fragmentos que aqui se tornam história.

Elas são as herdeiras daquela viagem que começou na Galícia e se estendeu até o Brasil e além. Não aparecem como personagens nos capítulos, mas a sua presença está em cada página, porque sem elas a memória teria se apagado.

A todas, obrigado por guardarem a seiva desta árvore e por a partilharem comigo.

ACKNOWLEDGEMENTS

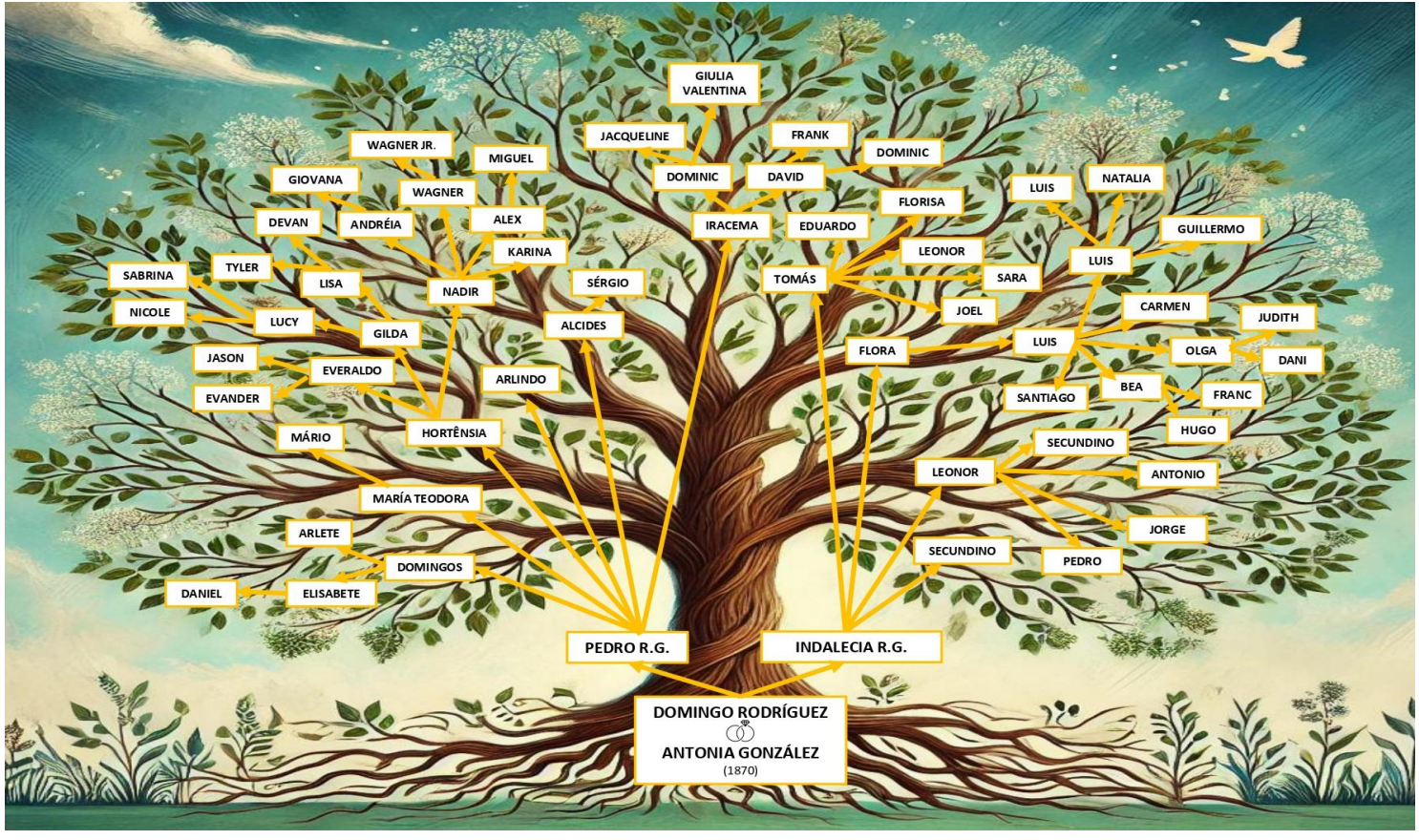
Keepers of Memory

This book would not have been possible without the voices that still echo within the family.

Arlete, with her vivid memories and tireless generosity, opened for me the doors of a past that seemed lost. Bete, Florisa, Nadir, Iracema, Gilda… each one, through her words, letters or gestures, gave me fragments that here become history.

They are the heirs of that journey which began in Galicia and stretched to Brazil and beyond. They do not appear as characters in the chapters, yet their presence lives in every page, for without them memory would have faded.

To all of them, thank you for guarding the lifeblood of this tree and for sharing it with me.


DOMINGO RODRÍGUEZ
ANTONIA GONZÁLEZ
(1870)
PEDRO R.G.
INDALECIA R.G.
GIULIA VALENTINA
JACQUELINE
FRANK
DOMINIC
DOMINIC
DAVID
IRACEMA
EDUARDO
WAGNER JR.
MIGUEL
GIOVANA
WAGNER
DEVAN
ANDRÉIA
ALEX
KARINA
SÉRGIO
NADIR
ALCIDES
TYLER
SABRINA
LISA
NICOLE
LUCY
GILDA
JASON
EVERALDO
EVANDER
ARLINDO
MÁRIO
HORTÊNSIA
MARÍA TEODORA
ARLETE
DOMINGOS
DANIEL
ELISABETE
FLORISA
TOMÁS
LEONOR
SARA
JOEL
FLORA
LUIS
NATALIA
LUIS
GUILLERMO
LUIS
CARMEN
JUDITH
OLGA
DANI
BEA
FRANC
SANTIAGO
HUGO
SECUNDINO
LEONOR
ANTONIO
JORGE
SECUNDINO
PEDRO

1850–65
Domingo y Antonia
1870s
Revolución Gloriosa
Familia en Casteligo
1880s
Indalecia y Pedro
Emigración a Cuba
1890s
Desastre del 98
Emigración a Brasil
1900s
Nace Tomás (1908)
Auge migratorio

Línea del tiempo

1850–1865

Probable nacimiento de Domingo Rodríguez (Manzaneda) y Antonia González (Casteligo).

Contexto: reinado de Isabel II, Guerras Carlistas.

Década de 1870

Domingo y Antonia ya son jóvenes adultos, probablemente casados y formando familia en Casteligo (Chandrexa de Queixa).

1868: Revolución Gloriosa → cae Isabel II.

Galicia: primera gran ola de emigración ultramarina hacia Cuba y Argentina.

Década de 1880

Nace Indalecia Rodríguez González (hacia 1887, pues tenía 21 años en 1908).

Nace también Pedro Rodríguez González, hermano de Indalecia (bisabuelo por línea colateral).

Galicia: crisis agraria, emigración creciente; miles de gallegos parten a Cuba.

Década de 1890

La familia Rodríguez González vive en Casteligo, con varios hijos (Indalecia, Pedro, etc.).

1898: Desastre del 98 → España pierde Cuba, Puerto Rico y Filipinas.

Galicia: el fin del imperio acelera aún más la emigración hacia Brasil y Argentina.

Década de 1900

Indalecia se casa con Ricardo Fernández Sabín.

1908: nace Tomás Fernández Rodríguez, hijo de Indalecia y hermano de Flora (según el Registro Civil de Chandrexa). Pedro comienza a plantearse la emigración.

Alfonso XIII en el trono (1886–1931).

Galicia: auge migratorio. Se calcula que entre 1880 y 1930 emigran más de un millón de gallegos.

1850–65
1870s
1880s
1890s
1900s
Domingo e Antonia
Revolução Gloriosa
Família em Casteligo
Indalecia e Pedro
Emigração a Cuba
Desastre de 1898
Emigração ao Brasil
Nasce Tomás (1908)
Grande emigração

Linha do tempo

1850–1865

Provável nascimento de Domingo Rodríguez (Manzaneda) e Antonia González (Casteligo).

Contexto: reinado de Isabel II, Guerras Carlistas.

Década de 1870

Domingo e Antonia já são jovens adultos, provavelmente casados e formando família em Casteligo (Chandrexa de Queixa).

1868: Revolução Gloriosa → queda de Isabel II.

Galícia: primeira grande vaga de emigração ultramarina para Cuba e Argentina.

Década de 1880

Nasce Indalecia Rodríguez González (c. 1887, pois tinha 21 anos em 1908).

Nasce também Pedro Rodríguez González, irmão de Indalecia (bisavô por linha colateral).

Galícia: crise agrária, emigração crescente; milhares de galegos partem para Cuba.

Década de 1890

A família Rodríguez González vive em Casteligo, com vários filhos (Indalecia, Pedro, etc.).

1898: Desastre do 98 → Espanha perde Cuba, Porto Rico e Filipinas.

Galícia: o fim do império acelera ainda mais a emigração para o Brasil e a Argentina.

Década de 1900

Indalecia casa-se com Ricardo Fernández Sabín.

1908: nasce Tomás Fernández Rodríguez, filho de Indalecia e irmão de Flora (segundo o Registo Civil de Chandrexa). Pedro começa a considerar a emigração.

Afonso XIII no trono (1886–1931).

Galícia: auge migratório. Calcula-se que entre 1880 e 1930 mais de um milhão de galegos emigraram.

1850–65
1870s
1880s
1890s
1900s
Domingo & Antonia
Glorious Revolution
Family in Casteligo
Indalecia & Pedro
Migration to Cuba
1898 Disaster
Migration to Brazil
Tomás born (1908)
Migration peak

Timeline

1850–1865

Probable birth of Domingo Rodríguez (Manzaneda) and Antonia González (Casteligo).

Context: reign of Isabel II, Carlist Wars.

1870s

Domingo and Antonia are now young adults, probably married and raising a family in Casteligo (Chandrexa de Queixa).

1868: Glorious Revolution → Isabel II falls.

Galicia: first major wave of overseas emigration to Cuba and Argentina.

1880s

Birth of Indalecia Rodríguez González (c. 1887, as she was 21 in 1908).

Also born: Pedro Rodríguez González, Indalecia's brother (great-grandfather on the collateral line).

Galicia: agrarian crisis, rising emigration; thousands of Galicians leave for Cuba.

1890s

The Rodríguez González family lives in Casteligo, with several children (Indalecia, Pedro, etc.).

1898: Disaster of 1898 → Spain loses Cuba, Puerto Rico and the Philippines.

Galicia: the end of the empire accelerates even more the emigration to Brazil and Argentina.

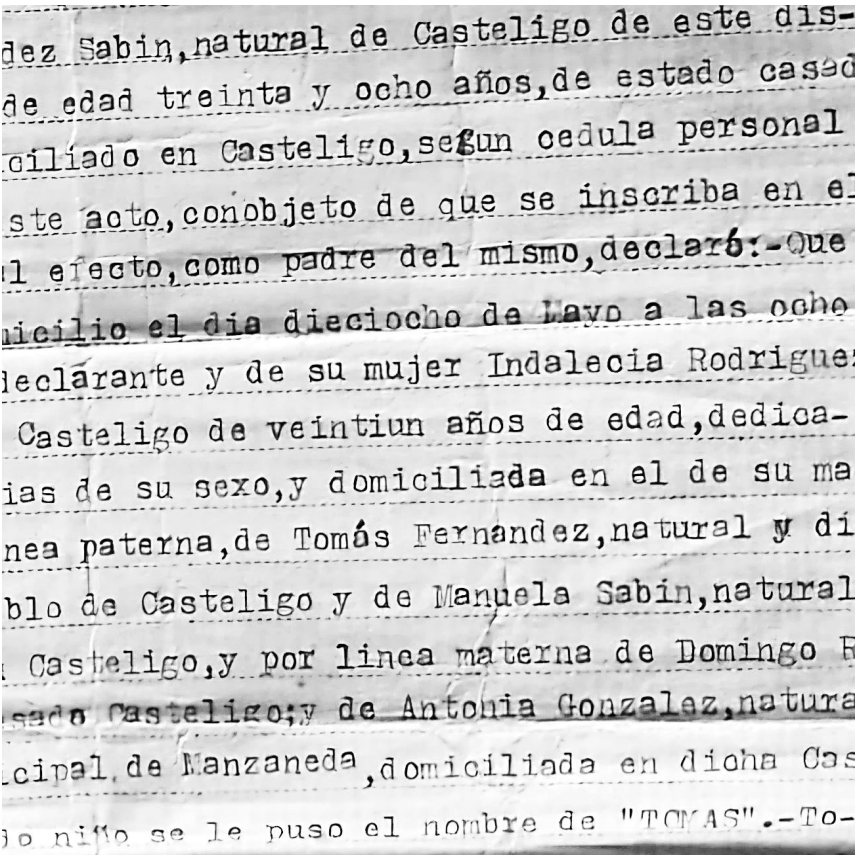
1900s

Indalecia marries Ricardo Fernández Sabín.

1908: birth of Tomás Fernández Rodríguez, son of Indalecia and brother of Flora (according to the Civil Registry of Chandrexa). Pedro begins to consider emigration.

Alfonso XIII on the throne (1886–1931).

Galicia: peak of migration. It is estimated that between 1880 and 1930 more than one million Galicians emigrated.


dez Sabin,natural de Casteligo de este dis-
de edad treinta y ocho años,de estado casad
ciliado en Casteligo,segun cedula personal
ste acto,conobjeto de que se inscriba en el
l efecto,como padre del mismo,declaró:-Que
nicilio el dia dieciocho de Mayo a las ocho
leclarante y de su mujer Indalecia Rodrigue
Casteligo de veintiun años de edad,dedica-
ias de su sexo,y domiciliada en el de su ma
nea paterna,de Tomás Fernandez,natural y di
blo de Casteligo y de Manuela Sabin,natural
Casteligo,y por linea materna de Domingo F
sado Casteligo;y de Antonia Gonzalez,natura
cipal de Manzaneda,domiciliada en dicha Cas
o niño se le puso el nombre de "TOMAS".-To-

Certificación literal de nacimiento de Tomás Fernández (Casteligo, 1908)

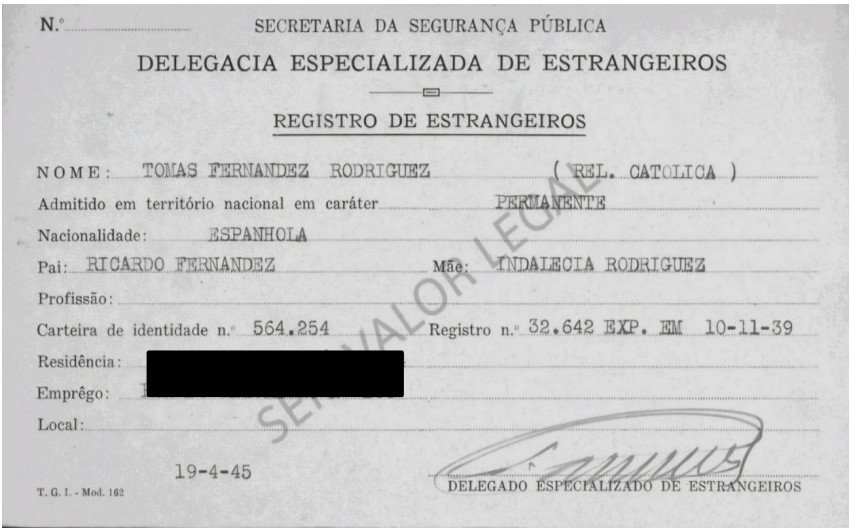
Documento oficial que acredita el nacimiento de Tomás.

Certidão literal de nascimento de Tomás Fernández (Casteligo, 1908)

Documento oficial que comprova o nascimento de Tomás.

Literal birth certificate of Tomás Fernández (Casteligo, 1908)

Official document certifying the birth of Tomás.



N.º .....

SECRETARIA DA SEGURANÇA PÚBLICA

DELEGACIA ESPECIALIZADA DE ESTRANGEIROS

REGISTRO DE ESTRANGEIROS

NOME: TOMAS FERNANDEZ RODRIGUEZ (REL. CATOLICA)

Admitido em território nacional em caráter PERMANENTE

Nacionalidade: ESPANHOLA

Pai: RICARDO FERNANDEZ Mãe: INDALECIA RODRIGUEZ

Profissão: .....

Carteira de identidade n.º 564.254 Registro n.º 32.642 EXP. EM 10-11-39

Residência: [redacted]

Emprêgo: .....

Local: .....

19-4-45

DELEGADO ESPECIALIZADO DE ESTRANGEIROS

T. G. I. - Mod. 162

SEM VALOR LEGAL

Registro de Extranjeros de Tomás Fernández Rodríguez (São Paulo, 1945).

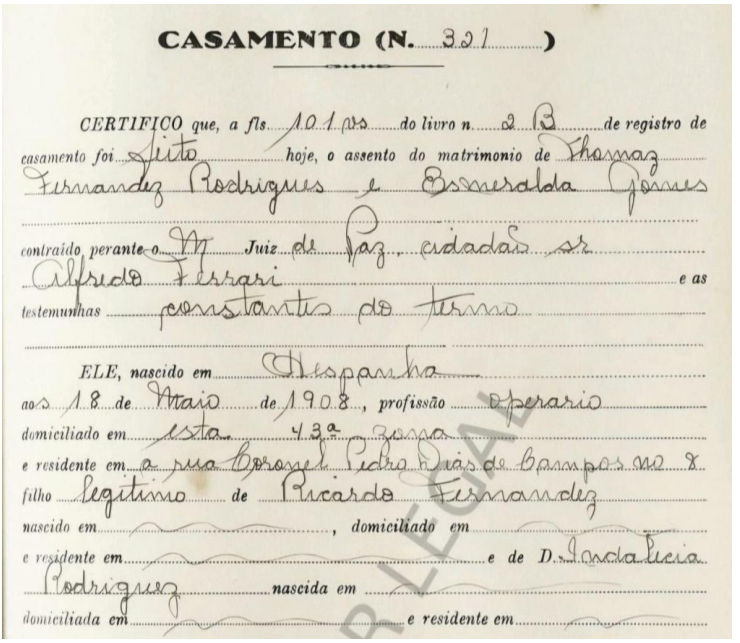
Documento emitido por la Delegacia Especializada de Estrangeiros que acredita su admisión en Brasil con carácter permanente. Indica su nacionalidad española, religión católica y los nombres de sus padres (Ricardo Fernández e Indalecia Rodríguez)

Registro de Estrangeiros de Tomás Fernández Rodríguez (São Paulo, 1945).

Documento emitido pela Delegacia Especializada de Estrangeiros que comprova a sua admissão no Brasil em caráter permanente. Indica a sua nacionalidade espanhola, religião católica, e os nomes dos seus pais (Ricardo Fernández e Indalecia Rodríguez)

Foreigners' Registration of Tomás Fernández Rodríguez (São Paulo, 1945).

Document issued by the Delegacia Especializada de Estrangeiros certifying his admission to Brazil as a permanent resident. It states his Spanish nationality, Catholic religion and the names of his parents (Ricardo Fernández and Indalecia Rodríguez)



CASAMENTO (N. 321)

CERTIFICO que, a fls. 101 vs. do livro n. 2 B de registro de casamento foi feito hoje, o assento do matrimonio de Thomaz Fernandez Rodrigues e Esmeralda Gomes contraido perante o M. Juiz de Paz, cidadão sr. Alfredo Ferrari e as testemunhas constantes do termo

ELE, nascido em Hespanha aos 18 de Maio de 1908, profissão operario domiciliado em esta 43ª Zona e residente em a rua Coronel Pedro Dias de Campos no 8 filho legitimo de Ricardo Fernandez nascido em , domiciliado em e residente em e de D. Andaluzia Rodriguez nascida em domiciliada em e residente em

Certificación de matrimonio de Tomás Fernandes Rodrigues y Esmeralda Gomes

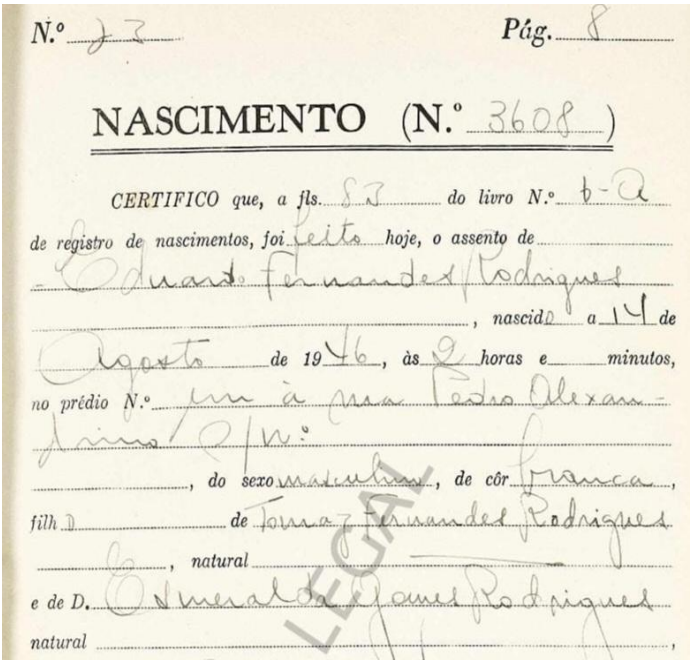
Documento oficial que acredita el matrimonio de Tomás, natural de Chandrexa de Queixa (Ourense), con Esmeralda, nacida en Taubaté (São Paulo).

Certidão de casamento de Tomás Fernandes Rodrigues e Esmeralda Gomes

Documento oficial que comprova o casamento de Tomás, natural de Chandrexa de Queixa (Ourense), com Esmeralda, nascida em Taubaté (São Paulo).

Marriage certificate of Tomás Fernandes Rodrigues and Esmeralda Gomes

Official document certifying the marriage of Tomás, born in Chandrexa de Queixa (Ourense), and Esmeralda, born in Taubaté (São Paulo).



N.º 32 Pág. 8

NASCIMENTO (N.º 3608)

CERTIFICO que, a fls. 53 do livro N.º b-a de registro de nascimentos, foi feito hoje, o assento de Eduardo Fernandes Rodrigues, nascido a 14 de Agosto de 1946, às 2 horas e minutos, no prédio N.º 1111 à rua Pedro Alexandrino N.º, do sexo masculino, de côr branca, filho de Tomaz Fernandes Rodrigues, natural, e de D. Esmeralda Gomes Rodrigues natural,

LEGAL

Certidão de nascimento de Eduardo Fernandes Rodrigues (São Paulo, 1946).

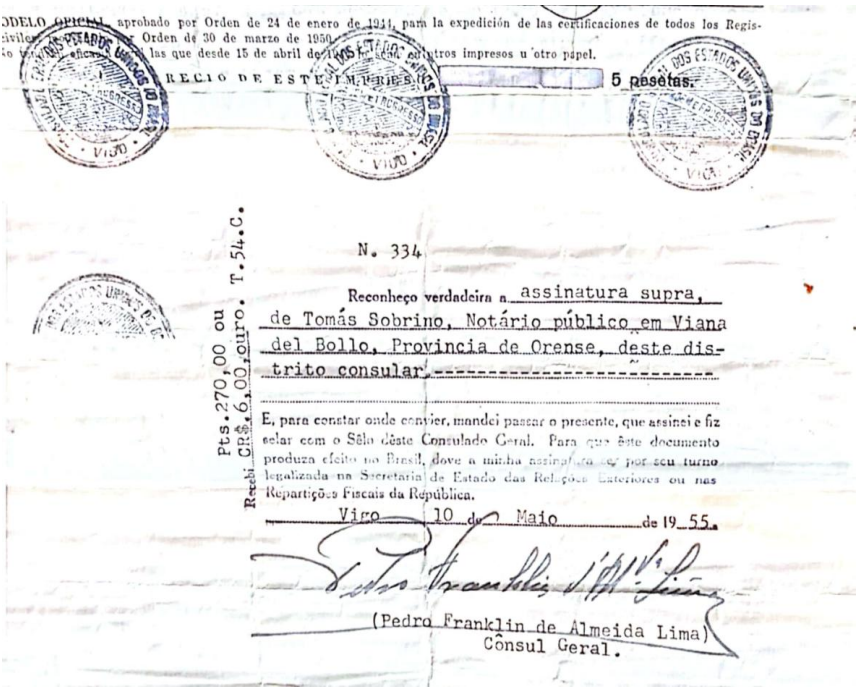
Documento que acredita el nacimiento de Eduardo, hijo de Tomás Fernandes Rodrigues y Esmeralda Gomes Rodrigues. El registro incluye los nombres de los abuelos paternos (Rosendo Fernandes e Indalecia Rodríguez)

Certidão de nascimento de Eduardo Fernandes Rodrigues (São Paulo, 1946).

Documento que comprova o nascimento de Eduardo, filho de Tomás Fernandes Rodrigues e Esmeralda Gomes Rodrigues. O registo inclui os nomes dos avós paternos (Rosendo Fernandes e Indalecia Rodríguez)

Birth certificate of Eduardo Fernandes Rodrigues (São Paulo, 1946).

Document certifying the birth of Eduardo, son of Tomás Fernandes Rodrigues and Esmeralda Gomes Rodrigues. The record lists the paternal grandparents (Rosendo Fernandes and Indalecia Rodríguez)



)DELO OFICIAL aprobado por Orden de 24 de enero de 1931, para la expedición de las certificaciones de todos los Regis-
civiles Orden de 30 de marzo de 1950
lo t las que desde 15 de abril de 1950 otros impresos u otro papel.
RECIO DE ESTE IMPRESO 5 pesetas.

Pts. 270,00 ou
Recebi CR$ 6,00 ouro. T.54.C.

N. 334

Reconheço verdadeira a assinatura supra, de Tomás Sobrino, Notário público em Viana del Bollo, Provincia de Orense, deste distrito consular.

E, para constar onde convier, mandei passar o presente, que assinei e fiz selar com o Sêlo dêste Consulado Geral. Para que êste documento produza efeito no Brasil, deve a minha assinatura ser por seu turno legalizada na Secretaria de Estado das Relações Exteriores ou nas Repartições Fiscais da República.

Vigo 10 de Maio de 19 55.

(Pedro Franklin de Almeida Lima)
Cônsul Geral.

Legalización consular de un documento de Chandrexa de Queixa (Vigo, 1955).

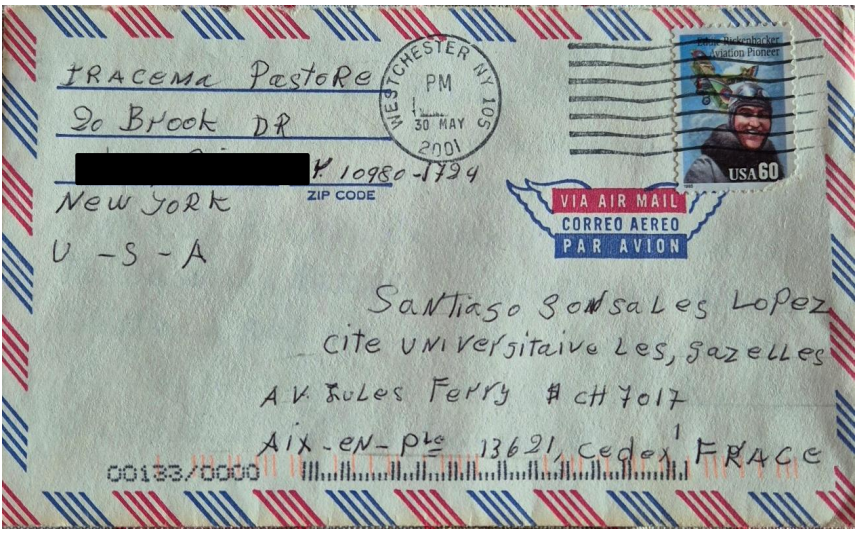
Certificación expedida por el Consulado General de Brasil en Vigo. Firmada por el cónsul Pedro Franklin de Almeida Lima, permitió validar en Brasil documentos civiles procedentes de Galicia.

Legalização consular de um documento de Chandrexa de Queixa (Vigo, 1955).

Certificação emitida pelo Consulado-Geral do Brasil em Vigo. Assinada pelo cônsul Pedro Franklin de Almeida Lima, possibilitou a validade no Brasil de documentos civis provenientes da Galícia.

Consular legalization of a document from Chandrexa de Queixa (Vigo, 1955).

Certification issued by the Consulate General of Brazil in Vigo. Signed by Consul Pedro Franklin de Almeida Lima, it enabled civil documents from Galicia to be legally recognized in Brazil.



Carta de Iracema Pastore (2001)

Carta enviada por Iracema desde Nueva York, a Santiago, en Aix-en-Provence (Francia)
Mayo de 2001.
Archivo familiar

Carta enviada por Iracema desde Nova Iorque, a Santiago, em Aix-en-Provence (França), em 30 de maio de 2001.
Arquivo familiar

Letter sent by Iracema from New York, to Santiago, in Aix-en-Provence (France)
May 30, 2001.
From the family archive

Carta de Esmeralda Gomes (2003)

Carta dirigida a Flora en Barcelona, enviada desde Brasil por Esmeralda.
Agosto de 2003.
Archivo familiar

Carta dirigida a Flora em Barcelona, enviada do Brasil por Esmeralda.
Agosto de 2003.
Arquivo familiar

Letter addressed to Flora in Barcelona, sent from Brazil by Esmeralda.
August 2003.
From the family archive

De pie en el centro, Tomás Fernández, hermano de Flora.

Sentado a la derecha, Pedro Rodríguez, tío de Flora.

Em pé, no centro, Tomás Fernández, irmão de Flora.

Sentado à direita, Pedro Rodríguez, tio de Flora.

Standing in the center, Tomás Fernández, Flora's brother.

Seated on the right, Pedro Rodríguez, Flora's uncle.

Reencuentro familiar en Barcelona, septiembre de 2025: Carmen y Beatriz con sus primas Arlete y Bete.

Reencontro familiar em Barcelona, setembro de 2025: Carmen e Beatriz com as suas primas Arlete e Bete.

Family reunion in Barcelona, September 2025: Carmen and Beatriz with their cousins Arlete and Bete.

Flora, de regreso aos campos da súa infancia,
xunto ao seu fillo Luís, meu pai.
Hoxe camiñan de novo por eses campos,
baixo o mesmo Ceo.

Arquivo familiar

INFO ABOUT RIGHTS

2510103281728

www.safecreative.org/work